Lunes de Revolución



LOS ESTUDIANTES del 71 y su EPOCA

director: guillermo cabrera infante
subdirector: pablo armando fernández
director artístico: raúl martínez
asistente artístico: miguel cutillas
número 84, 28 de noviembre de 1960
este número especial ha sido editado bajo la responsabilidad y coordinación de
lisandro otero



EDITORIAL

Este número de LUNES está dedicado al siglo XIX y a las luchas estudiantiles en Cuba que se remontan al sacrificio de los ocho estudiantes del 71. LUNES ha venido publicando números monográficos sobre distintos temas: algunos de vigilante actualidad que requirieron la prisa y el trabajo intenso; otros de investigación y de revisión cuya tarea incidía sobre planos diferentes. Este número parte de una profundización de nuestra historia gracias al estudio de los escritores, los artistas, la economía y la actividad política que recorre la gran unidad histórica de nuestra nación durante el siglo XIX.

El sacrificio de los estudiantes queda como uno de los momentos de infamia de nuestra historia: no es la única vez que los cubanos fueron colocados sobre la piedra del sacrificio por fuerzas opresoras extranjeras, y como en la historia más reciente sobre los estudiantes el crimen se hizo más patente. Los grandes esfuerzos del pueblo cubano por su liberación estuvieron unidos siempre a la lucha estudiantil. Esos estudiantes del 71 fueron víctimas como lo serían otros en el presente siglo. En la lucha estudiantil han participado hombres tan abnegados como Julio Antonio Mella y José Antonio Echeverría. Por eso en este número se unen los nombres de los que hicieron la cultura, la economía, la ciencia, la política, es decir, la historia del siglo XIX cubano con los estudiantes mártires de ese proceso histórico que culmina con la Revolución Cubana que arrancó de raiz las causas de tantos sacrificios y tan constantes desvelos políticos e intelectuales.

Siguiendo su línea de publicación de números monográficos sobre distintas etapas y actividades de la cultura, el pensamiento y la lucha del hombre por su liberación, LUNES publicará de ahora en adelante una serie de números, siempre que las condiciones objetivas lo permitan, sobre el desarrollo histórico de la nación cubana. Este esfuerzo por obtener lo más posible de nuestro variado, importante y conmovedor siglo XIX señala cómo serán esos números futuros enclavados en la realidad histórica. Este esfuerzo tiene un carácter informativo que sería base sólida para estudios más completos y para interpretaciones renovadoras.

LOS QUE HICIERON POSIBLE EL CAMINO

Nosotros hemos dicho muchas veces que no nos consideramos los forjadores de esta victoria; hemos repetido en varias ocasiones que el haber llegado a esta etapa actual es el resultado de una lucha que ha durado más de un siglo; que nosotros, en todo caso, hemos sido los afortunados que hemos tenido la oportunidad de ver triunfante, de ver enteramente libre y soberana a nuestra Patria, pero que ello no se debió ni mucho menos al esfuerzo de nuestra generación. Nosotros hemos recogido los frutos del esfuerzo que han realizado todas las generaciones anteriores, desde aquélla que a mediados del siglo pasado comenzó a luchar por un destino propio para nuestra tierra, desde los primeros que comenzaron a sembrar conciencia, desde los primeros que comenzaron a crear un espíritu nacional, a crear una tradición cultural. Me imagino lo que habrá sido aquella lucha, cuando realmente los que se preocupaban por tener una Patria libre, una nación con destino propio, eran una insignificante minoría y tenían que sacrificarse en medio de la indiferencia. Desde aquéllos, desde los primeros que tuvieron que morir ante los pelotones de fusilamiento de España, seguidos por los que iniciaron la primera lucha de la independencia en el año 68, por los que después continuaron y culminaron aquella tarea, seguidos por los que en los años de la República —si queremos llamar de algún modo aquella etapa que siguió al fin de la Guerra de Independencia y la intervención norteamericana— lucharon y se sacrificaron por culminar la obra que habían tratado de realizar durante un siglo las figuras cimeras y heroicas de nuestro pueblo. Hasta que, al fin, hemos logrado el objetivo de conquistar la soberanía plena del país, lo cual no quiere decir que la lucha haya concluído.

...Nosotros sabemos muy bien que todas las generaciones que nos precedieron hicieron un esfuerzo extraordinario. La del 68, por ejemplo, tuvo que luchar más que nosotros. Aquella generación tuvo que luchar durante diez años para arribar al Pacto del Zanjón, y tuvo que seguir luchando durante veinte años más para arribar a la Enmienda Platt, y tuvo que seguir luchando, en la República, para ver frustradas sus aspiraciones más caras... ...Nuestra generación es la que ha tenido que luchar menos y es por eso que debe sentirse más responsabilizada y estar decidida a seguir luchando para consolidar lo que hasta aquí hemos logrado. Esta es una creencia sincera por parte nuestra, que impide que nos sintamos envanecidos por los éxitos alcanzados, ya que sería disfrutar el mérito y la gloria que tienen los que hicieron posible el camino que condujo a nuestro país a est minuto.

FIDEL CASTRO RUZ



LOS ESTUDIANTES CUBANOS ANTE LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA

POR EUCLIDES VAZQUEZ CANDELA



Una de las cuestiones que más debe interesarle a la juventud de hoy, estudiosa del desarrollo histórico de la nación cubana, ha de ser la participación del incipiente estudiantado cubano en el proceso de treinta años que abarca la contienda armada de la independencia; hasta qué punto esa participación fue efectiva y generalizada y en qué medida los estudiantes del 68, del "reposo turbulento" que se extendió del Zanjón al Manifiesto de Montecristi y del 95, tuvieron una conciencia definida acerca de su papel como sector social de vanguardia en aquellos sucesos.

Está por hacer, sin duda alguna ,no sólo el análisis detallado de estas cuestiones, a la luz de la sociología beligerante de nuestra época, sino incluso, el más modesto y esquemático bosquejo de tan interesante acontecimiento. Sólo un hecho concreto, el fusilamiento de los estudiantes de Medicina, en 27 de noviembre de 1871, nos es familiar y arquetípico no ya de la actitud de aquéllos en relación con los feroces gobernantes de la colonia, sino más bien de la actitud de ésta para con una situación de vida que les era generalmente adversa.

Lo primero que tenemos que considerar acerca del tema propuesto por el título que delimita este trabajo, es quiénes y cuántos eran los estudiantes conscientes del período de nuestra gran contienda anticolonial. Teniendo en cuenta aquel tipo de sociedad con abismales diferencias económico-sociales, colonialista, semi-feudal ,y culturalmente pobre, no obstante los pequeños islotes de dignidad que para nuestra satisfacción en ella se destacaron, no cuesta ningún trabajo admitir que la enseñanza en general y sobre todo la de niveles secundario o superior, que son los que más interesan al propósito de este enfoque, era privilegio de pocos y contados miembros de aquélla. Estaba limitada a los hijos de terratenientes, comerciantes y funcionarios de la administración colonial, interesados en proveer a su descendencia de una educación más bien humanística que práctica. Esta última les estaba dada por la labor a desempeñar dentro de la esfera de producción, especulación o administración a heredar o incrementar.

Claro que muchos de los más ricos o presuntuosos preferían aún enviar sus hijos al extranjero, ya fuera la misma España o Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Es más, era signo de educación esmerada el contar con alguna estada de estudios en cualquiera de estos países, al principio, en medio o al final de cualquier carrera. Razones de orden económico, vinculadas a la aparición de varios magníficos colegios privados y al mejoramiento, dentro de las limitadas posibilidades del sistema y de la época, de los servicios académicos de la Universidad de La Habana, hacen que debamos considerar a la década que precedió el estallido de La Demajagua, como la Edad de Oro de la enseñanza dentro del restringido marco de la colonia.

La gran tradición científico-patriótica, entrevista por el Presbítero José Agustín Caballero a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, y elevada a categoría de definida corriente o escuela en sazón proselitista por Varela y Saco, tuvo en José de la Luz y Caballero su fijador exacto, no sólo a través de sus cátedras en el viejo Seminario de San Carlos y San Ambrosio, sino mediante la sucesiva fundación de dos grandes colegios, en muchos aspectos con presunción universitaria: "Carraguao" primero y "El Salvador" después.

A estas dos grandes empresas educativas de la mejor cepa pronacionalista, siguieron el "San Anacleto" de Don José Sixto Casado, que tuvo en sus aulas nada menos que a un imberbe soñador y resuelto llamado José Martí; el colegio "La Empresa" de Matanzas, dirigido sucesivamente por los hermanos Antonio y Eusebio Guiteras; el "San Francisco de Asís", del canario José Alonso Delgado, gran introductor de los idiomas modernos extranjeros en la secundaria habitual y por último el "Colegio de San Pablo", de Rafael María de Mendive, que no obstante sus nombres piadosos, especies de cortinas de humo o de "cebo" para los hijos de las casas religioso-burguesas, de las capitales de provincias, tendían en su enseñanza más bien hacia la secularización no sólo de ésta en cuanto a su organización, sino de sus conceptos, enraizados ya en las doctrinas demoliberales y laicizantes de la época.

A esta lista deberíamos añadir el "Colegio de Santiago", de Juan Bautista Sagarra, en el extremo oriental de la Isla; el de Betancourt en Camagüey y el de Carmita Gutiérrez en Santa Clara, en el cual profesara el ilustre patricio villaclareño y convencional de Guáimaro, Miguel Gerónimo Gutiérrez.

Si todo esto decimos es porque para ver quiénes fueron los estudiantes del 68, por ejemplo, y qué actitud asumieron durante la contienda doctrinal polarizada a la larga por el separatismo y el reformismo, con su corriente mixta, alimentada de las dos, el anexionismo, y luego, durante la lucha armada de la manigua redentora, conviene saber primero cuál era la educación, cuáles los colegios y quiénes los maestros.

Adelantamos, pues, que casi no existe nombre de intelectual, profesional, hombre de letras vinculado al esfuerzo del mejoramiento político, social y económico de la colonia, que no estuviese vinculado también a la enseñanza, sobre todo a la privada. Con tales maestros es fácil predecir cuál sería el común denominador en cuanto a inclinación sociopolítica se refiere, de la mayoría de los que de ellos recibieron el pan de la enseñanza. Pan esta vez sazonado con no pocas dosis de pólvora ideológica.

Veamos algunos nombres de maestros y de sus alumnos, y notaremos hasta qué punto se relacionó sobre todo con el esfuerzo separatista, el estudiante secundario y superior de aquella época, si no orga-

nizadamente, a través de instituciones estudiantiles que nos han sido ahora tan comunes, por lo menos en cuanto a disposición del ánimo, o mediante pequeños grupos de avanzada beligerante como los del "Diablo Cojuelo" o el "Galvanic", o de aportes individuales y cimeros como los de muchos protagonistas de la independencia armada. De ellos, los que no lograron alcanzar el grado de desarrollo mental superior de los que abrazaron la insurrección, la mayoría transitó por los esfuerzos del reformismo y su expresión liberal: el autonomismo, que era ya, dentro del cuadro de intransigencia de la metrópoli y sus paniaguados, una posición que en muchos alcanzó noble estatura y dignidad.

De las canteras de "El Salvador" y de Luz, por ejemplo, salieron Ignacio Agramonte y los hermanos Julio y Manuel Sanguily; rico el primero, humildes y esforzados los dos últimos, becarios casi de caridad de la institución, que años más tarde se abrazarían en el ideal, el plomo y el machete, a la altura de las llanadas insurgentes de Camagüey.

Cirilo Villaverde, José Joaquín Palma y los Guiteras, maestros de "La Empresa" matancera; Raimundo Cabrera, Enrique José Varona, Rafael Montoro, José Fornaris, Fernández de Castro y José de Armas y Cárdenas, alumnos del "San Francisco de Asís", recibieron de entre otros las clases de Antonio Zambrana, de Juan Clemente Zenea y de Felipe Poey.

Zambrana y Mendive, con Eduardo Tamayo, Anacleto Bermúdez, mártir de Medicina, los hermanos Sellén y José Martí en el 'Colegio San Pablo".

O más tarde el de María Luisa Dolz, en el interregno de las dos grandes guerras, con Varona, Montoro y Carlos de la Torre como sus mejores profesores. De aquella María Luisa Dolz que hablaba de la independencia de su patria a los propios españoles, "con la impunidad que le daba su sexo..." al decir de alguien de entonces.

De ahí que se atribuyera a la enseñanza privada no directamente controlada por la Iglesia, la categoría de "semillero de insurrectos", apenas comenzada la contienda encabezada por Céspedes, debido entre otras razones también a que todo hombre de pensamiento, imposibilitado de acumular riquezas por su propia vocación antiutilitaria, o de vincularse a la administración colonial por su repudio de ella, derivara necesariamente hacia la enseñanza privada, como único modo decoroso de ganar la vida, ya que en la oficial también serían señalados como desafectos y eliminados al primer conflicto con las autoridades de la Iglesia o de la metrópoli.

Pero paralelamente con este florecer de la enseñanza privada, bajo el signo positivo de la oposición al sistema colonial, se crearon, por el Plan General de Estudios para la isla de Cuba, de 15 de julio de 1863, dictado por el ministro de Ultramar, Gutiérrez de la Concha, y refrendado por Isabel II, cuatro Institutos de Enseñanza Secundaria: el de La Habana, el de Matanzas y los de Puerto Príncipe y Santiago de Cuba.

Corta y efímera vida tendrían tales planteles, abatidos por la represión de integristas, militares y voluntarios que sacudió la Isla durante la contienda de los 10 años. El propio año de 1868 se clausuró el de Puerto Príncipe, siguiéndole en el funesto 1871 los de Matanzas y Santiago de Cuba. El de La Habana se mantuvo abierto con personal docente totalmente adicto al integrismo, durante toda la guerra. No en vano un autor de la época exclamaba, que "el Plan de 1863 (era) culpable en gran parte del origen de la insurrección de Yara".

La misma suerte corrieron los colegios privados anteriormente señalados. Los que no murieron por razones económicas, al agravarse esta cuestión por la crisis bélica, fueron cerrados por las autoridades, que establecieron como única gente digna de impartir la enseñanza moral en aquellos momentos difíciles para el despotismo, a los padres Escolapios y Jesuitas y sus congéneres de las órdenes femeninas, como siempre del lado de la fusta, el oscurantismo y la opresión.

De corte público fue también la inolvidable Escuela Superior de Varones, sostenida por el Ayuntamiento de La Habana y dirigida en sus comienzos por Rafael María de Mendive, de la que fueran alumnos esclarecidos el joven José Martí y su gran amigo Fermín Valdés Domínguez.

Nada de esto sobrevivió a la furia homicida de los peninsulares y su falange armada: Los Voluntarios. Y fue así por una razón simple, fácil de comprender: el profesorado más influyente sobre el alumnado y la mayor parte de éste estaban de un modo o de otro contra el despotismo sostenido en Cuba por la metrópoli.

Bastan pocos ejemplos para ilustrar este aserto. El primero es el incidente que motivó la prisión y el destierro de José Martí. Se debió, como todo el mundo sabe, a una carta, firmada por éste y Fermín Valdés Domínguez y dirigida a un condiscípulo de la escuela de Rafael María de Mendive, Carlos de Castro y de Castro, que había participado en una demostración de fuerza militar de parte del ejército español y de los Voluntarios de La Habana.

El texto de la carta es más que elocuente. Demuestra un concensus general del estudiantado progresista en favor del separatismo. De lo contrario, de Castro no hubiese sido llamado "apóstata" por sus compañeros de aula:

"—Compañero: ¿Has soñado tú alguna vez con la gloria de los apóstatas? ¿Sabes tú cómo se castigaba en la antigüedad la apostasía? Esperamos que un discípulo del señor Rafael María de Mendive no ha de dejar sin contestación esta carta.- Habana.- Octubre cuatro de mil ochocientos sesenta y nueve. José Martí.- Fermín Valdés Domínguez".

La saña con que fueron castigados los dos adolescentes firmantes, demuestra de qué modo los estudiantes eran considerados por el régimen imperante sus mortales enemigos. Este odio creciente alcanzará su clímax en 1871, durante el proceso contra los estudiantes de Medicina. En él se evidencia que existía un generalizado sentimiento de desprecio contra aquéllos, por parte de la hez de la reacción habanera. Desde hacía largo tiempo buscaban el pretexto para descargar su rencor sobre las cabezas de quienes despuntaban juramentados de un modo o de otro contra sus intereses. La ocasión se presentó con la muchachada del Cementerio "España". Una simple hendidura en el cristal del nicho de un periodista furiosamente integrista la deparó. La desproporción de la pena con relación al supuesto delito, evidencia el punto a que había llegado la exaltación del despotismo contra quienes eran virtuales o potenciales enemigos del régimen, incluso por omisión.

Se buscó un grupo cualquiera de estudiantes, para descargar la ira de las bestias. Se eligió al azar una clase cualquiera y frente a la oposición de un digno profesor se buscó la de más allá. Un tribunal temeroso de sus propias conciencias impuso castigos inferiores. Otro se constituyó con el compromiso de derramar la sangre de los adolescentes. Se ofrecieron dos cabezas. No bastaron. Dos y una más hasta el número de ocho, y por sorteo las últimas. La represión era, pues, no contra individuos sino contra un sector social en sí. No contra el estudiante Alvarez de la Campa o Carlos Verdugo, sino contra el estudiantado en sí. Si rodaron unos cuerpos que correspondían a unos apellidos, en ellos rodaba, hostias macabras bañadas en vino rojo de legítima sangre varonil, la encarnación viva de Céspedes, de Agramonte, de Gómez, de García, de Sanguily. De toda la ilustración insurrecta. De todo el laborantismo intelectual y estudiantil. De Mendive desterrado. De Varela, de Agüero y de Luz muertos. De los hombres de letra o de machete golpeando las últimas columnas del imperio profítico para los bodegueros, los escribientes, los contrabandistas y los negreros españoles.

Nada mejor para apuntalar todo esto, que las propias palabras de uno de los verdugos de aquella tarde infausta, en carta a su hermano, Ministro de Madrid: "La Universidad de La Habana no ha sido más que un criadero de víboras, eternamente dispuestas a revolcarse contra sus mismos padres. En la Universidad de La Habana se presentó hace ya años como plano topográfico de la Península el bosquejo de un burro. En la Universidad de La Habana se han proferido, y corre la tradición estudiantil, máximas no ya depresivas, sino repugnantes para quien las profiere, contra la Nación Española.

Aquí podría citarse un célebre soneto, compendio de los más asquerosos insultos contra Durán y Cuervo, siendo rector de ella, nada más que porque no abjuró de sus sentimientos españoles. En la Universidad de La Habana se acribilló a puñaladas y se hizo pedazos, antes de Lersundi o en su mismo tiempo, el retrato de Isabel II... En la Universidad se han provocado motines en forma y colectivamente contra la asignatura de Historia de España, cuyas cátedras tienen ellos la gloria de mirar constantemente desiertas. De la Universidad salieron para los campos las primeras expediciones de jóvenes habaneros, los que de la noche a la mañana desaparecían de sus casas, donde sólo quedaban como memoria, groseros escritos que eran otros tantos sarcasmos contra sus propios familiares. Ultimamente de la Universidad han salido ya formados, todos o casi todos los cabecillas que hoy habitan las maniguas y roban y matan sin ley ni conciencia. Y ahora digo yo, si este plantel de víboras se pone a nuestros pies por medio de atentados tan escandalosos como el cometido en el cementerio a la luz del sol... ¿debemos o no debemos aplastarlo?"

Estos párrafos del hermano de Pérez Ayala, Ministro de Ultramar, oficial de Voluntarios que dirigió el pelotón que fusiló a los ocho mártires del 27 de Noviembre, no sólo retratan la actitud brutal de España contra Cuba, sino que son toda una enumeración de la beligerancia de la bicentenaria Universidad de La Habana en el proceso independentista.

Para terminar, podríamos añadir lo que cita Carlos M. Trelles en un estudio sobre la enseñanza primaria en la colonia, cuando aseguraba que "La metrópoli miró siempre con prevención a los maestros y alumnos, como lo prueba entre otros, los siguientes hechos: el haber tratado en diferentes ocasiones de suprimir la Universidad y los Institutos; las órdenes dadas en 1869 por los generales Dulce y Puello de que se ejecutase a los prisioneros, especialmente si eran maestros... y por último, la orden del general Weyler de mandar a cerrar todas las escuelas públicas de la siempre fiel Isla de Cuba".

Fiel a su tradición, a sus muertos y a sus héroes del siglo pasado, el estudiante de la República no ha cedido jamás en abnegación y esfuerzos patrios, a quienes le precedieron en la lucha contra el vasallaje extranjero y despotismo doméstico.



R

De pronto vino, pálido el semblante,
Con la tremenda palidez sombría
Del que ha aprendido a odiar en un instante.
Un amigo leal, antes partido
A buscar nuevas vuestras decidido.
La expresión de la faz callada y dura,
Los negros ojos al mirar inciertos,
Algo como de horror y de pavura,
La boca contraída de amargura,
Los surcos de dolor recién abiertos,
Mi afán y mi ansiedad precipitaron,
—¿Y ellos? ¿Y ellos? mis labios preguntaron;
—¡Muertos! me dijo: ¡muertos!
Y en llanto amargo prorrumpió mi hermano.
Y se abrazó llorando con mi amigo,
Y yo mi cuerpo alcé sobre una mano,
Viví en infierno bárbaro un instante,
Y amé, y enloquecí, y os vi, y deshecho
En iras y en dolor, odié al tirano,
Y sentí tal poder y fuerza tanta,
Que el corazón se me salió del pecho,
Y lo exhalé en un ¡ay! por la garganta.

José Martí

LOS ESTUDIANTES: UNA AVANZADA EN LA LUCHA POR LA LIBERACION

POR HUMBERTO HERNANDEZ



LOS ESTUDIANTES

Una monografía del movimiento estudiantil en la que se ha dado en denominar nuestra "era republicana", resultaría una abstracción, una superficialidad pueril.

En la época "plattista" la actividad que le interesaba destacar a los representantes de la nueva metrópoli era, precisamente, la de las generalidades históricas y evitar de esa manera que se tocara el fondo sangrante de la frustración de la lucha independentista bajo el peso de la intervención yanqui.

En lo que se refiere al movimiento estudiantil, los historiadores dominados por la cautela se encargaron de ofrecer una versión muy comedida del drama del 71. Se aislaba el hecho de la lucha por la liberación de la patria, para limitarlo a una ligera acción juvenil cruelmente reprimida por el régimen colonial.

Para ese tipo de historiador la rebeldía de la juventud estudiantil en el año 1871 no tenía ninguna relación con la heroica lucha que libraban los mambises frente a los ejércitos de la metrópoli española, nada tenía que ver con el ideal de libertad que encendía en ansias a los mejores hijos de nuestra tierra.

En aquellos años tristes de la denominada "era republicana" lo que interesaba era estimular la puja aldeana de liberales y conservadores. La puja electorera que cuando derivaba en violencia siempre era solucionada por el gendarme norteamericano de acorazados y marines en zafarrancho.

El ideario de Martí señalando al "norte revuelto y brutal que nos desprecia"; las firmes declaraciones de Maceo contra el "compromiso con vecinos poderosos"; la decisión combatiente de Calixto García; la actitud de los opositores a la Enmienda Platt en la Asamblea Constituyente, eran temas que no debían mencionarse en los años de la república "plattista".

Y a los intelectuales honestos se les pidió silencio, y a los obreros se les pidió silencio, y a los campesinos que veían cómo el monopolio insaciable caía sobre sus tierras se les pidió silencio, y a los que ansiaban una patria digna y libre se les pidió silencio...

Y a la juventud rebelde, a los estudiantes, se les pidió que, cuando más, recordaran cada 27 de Noviembre a sus compañeros inmolados en el 71 postulando que habían sido inocentes, que nada tenían que ver con la guerra que se libraba en esos mismos años por la independencia de la patria.

Esa actitud de silencio y resignación no habría de mantenerse, claro está, todo el tiempo y por todos los cubanos.

En el momento mismo de la gestación de la Enmienda Platt hubo cubanos que se irguieron para denunciar el despojo de la soberanía de la patria; hubo voces que se alzaron para denunciar la toma de nuestras mejores tierras por las corporaciones extranjeras; hubo constante movimiento de los trabajadores defendiendo su pan y sus derechos frente a los ensoberbecidos empresarios nacionales y foráneos; hubo juventud ansiosa de culminar la obra que iniciaron los mambises.

Así transcurrían los primeros años de la "era republicana", pero también transcurría la historia en otros pueblos del mundo. Cuba y su nueva metrópoli no eran algo aislado en el globo terráqueo; Cuba y su nueva metrópoli no estaban al margen de la historia.

PROFUNDOS CAMBIOS

Junto a las peripecias de las pugnas electoreras de liberales y conservadores; junto a las rivalidades caudillísticas de José Miguel Gómez y Menocal y el procónsul yanqui de turno, se estaban debatiendo en nuestra patria problemas de más hondura.

En la base del rejuego politiquero estaba la penetración imperialista que iba despojándonos de nuestras riquezas; que se enseñoreaba en la tierra cubana; que cerraba toda posibilidad de tránsito independiente; que expoliaba al trabajador; que extendía su latifundio infinito echando de los campos a la familia cubana; que ensombrecía toda visión de un futuro mejor a la juventud, a los patriotas.

Pero Cuba y su metrópoli, reiteramos, no estaban en un desierto. El mismo fenómeno se estaba presentando en otros puntos del planeta. Los grandes imperios en la segunda década del siglo se alistaban para chocar violentamente como continuación de la lucha por mayor dominio, por más poder, por someter a su influencia económica y política a otras zonas del mundo.

La puja imperialista desembocó en la guerra mundial de 1914, la denominada primera guerra mundial. Y nuestra nueva metrópoli participó en el conflicto y con ello apretó sus tentáculos sobre Cuba.

Los cuatro años de la guerra significaron una conmoción para todos los pueblos. Se vio claramente cómo se inmolaban millones de seres humanos para decidir el poder imperial, para determinar qué consorcios tendrían más fuentes de materias primas, más petróleo, más hombres sometidos a la opresión.

La guerra imperialista operaba sobre conciencia de los pueblos, operaba en dolor y en miseria, pero también estimulaba la rebeldía para librar la lucha contra la injusticia, contra los privilegios, contra la opresión.

Los grandes señores de los trusts habían desatado las fuerzas de la guerra, y los pueblos les dieron una respuesta ejemplar. En octubre de 1917 se originaba la revolución socialista en Rusia, la revolución de los obreros y de los campesinos, la revolución más profunda de los nuevos tiempos.

La Revolución de Octubre habría de tener pareja repercusión mundial que la gran Revolución

Francesa. Los Soviets estimulaban a la lucha por su liberación a todos los pueblos del mundo.

Más cerca todavía, en el propio Continente de América, se estaba desarrollando el acontecer de la Revolución Mejicana. Después de la recaída huertista, los elementos más conscientes, más combativos orientados por Carranza llevaban a culminación un movimiento con definidas características antiimperialistas y agraristas. Los revolucionarios mejicanos se enfrentaban firmemente al imperialismo norteamericano, llevaban a hechos los postulados agraristas de Zapata y reconocían en la Constitución de 1917 fundamentales reivindicaciones de la clase obrera.

La Revolución Socialista de Octubre en Rusia, la cercana Revolución en Méjico inevitablemente habrían de influír en Cuba. En las proximidades de los años 20 en nuestra patria se observaba ya algo más que la puja electorera de liberales y conservadores; se notaba algo más que la actividad de los monopolios yanquis y su procónsul.

En mayo de 1919 Menocal se vió obligado a enviar un mensaje al Congreso pidiendo la suspensión de las garantías constitucionales ante el auge de las huelgas, ante el creciente movimiento de los trabajadores. En los primeros meses de 1920 se reunió en La Habana el Primer Congreso Nacional Obrero y acordó enviar un saludo a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Poco tiempo después se fundaba la Unión Nacional del Trabajo.

En tanto se sucedían estos acontecimientos los poderes imperiales se aprestaban a fortalecer las cadenas. En la oportunidad de los comicios de 1920 el procónsul norteamericano se constituyó en gran elector. Fue la época del Código Electoral Crowder.

Pero ante estos sucesos ya el pueblo no quedaba resignado, ya no quedaba en silencio. Los obreros intensificaban sus huelgas, iniciaban su organización, se enfrentaban a los empresarios nacionales y extranjeros.

En los sectores de la intelectualidad cubana también se levantaban voces de protesta, voces que denunciaban el bochornoso sometimiento de la patria.

En la juventud, los estudiantes universitarios daban evidentes muestras de inquietud. Querían hacer algo más que conmemorar cada 27 de Noviembre la inmolación de sus compañeros del 71...

La muchachada universitaria sabía que en el mundo estaba pasando algo más; sabía que se estaban operando transformaciones profundas; observaba cómo en nuestra propia tierra crecía el movimiento de los trabajadores, la rebeldía del pueblo que estimaba que se podía ser algo más que liberal o conservador.

REFORMA UNIVERSITARIA

Los estudiantes estaban comprobando en los hechos toda la significación de la rebeldía de sus compañeros del 71; estaban comprendiendo la influencia del acontecer mundial; estaban comprendiendo que su lucha y su destino eran la lucha y el destino de los trabajadores, de los campesinos, de los patriotas.

En la Universidad de Córdoba, en Argentina, la juventud estudiantil había coronado en 1918 la lucha por la Reforma Universitaria. Una completa transformación se había logrado en aquel centro de estudio. Los procedimientos colonialistas, anquilosados, burocráticos habían sido eliminados a impulsos de un enérgico movimiento de los estudiantes.

Los estudiantes cubanos conocieron muy pronto la excelente noticia. Todos los factores en juego indicaban que también ellos podían desarrollar un movimiento para limpiar de lacras coloniales la centenaria Universidad de La Habana.

En el mundo soplaban vientos revolucionarios, en Cuba se producían importantes hechos indicativos de un despertar de las fuerzas más conscientes y combativas del pueblo: la intelectualidad honesta, los trabajadores, los estudiantes, los patriotas.

Ese fue el escenario que tenían Julio Antonio Mella y sus compañeros de generación en los años 20. De acuerdo con esas condiciones es que se desarrolló el poderoso movimiento estudiantil que no se limitaba al recinto de estudios, sino que se engranaba y fortalecía con la lucha de los trabajadores, del pueblo.

En la gran batalla de los estudiantes, que era la batalla del pueblo cubano, pronto encontró Mella el medio de fustigar duramente al procónsul yanqui y a sus servidores nacionales. En una de sus encendidas intervenciones en asambleas universitarias Mella clavó al procónsul Enoch Crowder con una vigorosa calificación: embajador del Ku-Klux-Klan.

Desde ese momento el gran líder estudiantil no habría de desviar su rumbo. La juventud universitaria no habría de tener ya temores para llamar a las cosas por su verdadero nombre. Los trabajadores en sus huelgas, los estudiantes en su rebeldía estaban reanudando la obra que le habían frustrado a los mambises.

La Reforma Universitaria estaba en marcha porque también estaba en marcha el movimiento del pueblo.

Los estudiantes levantaban su movimiento pro Reforma Universitaria en el ansia de que su casa de estudio fuera en verdad útil a la nación. Y no podía ser de utilidad el centro donde medraban los profesores incapaces, donde se castraban el desarrollo cultural y científico, donde imperaban la politiquería y el compadrazgo, donde se le cerraba todo acceso a los trabajadores, a los hombres y las mujeres humildes.

Con esas divisas se hizo tan poderoso el movimiento estudiantil en 1923, que al Gobierno de Zayas no le quedó otro remedio que acceder a algunas de las justas demandas que se levantaban. En el esfuerzo se unió la Federación de Estudiantes de la Universidad de La Habana a un grupo de profesores que repudiaban las lacras del colonialismo.

Logradas las primeras victorias el movimiento estudiantil se hizo cada vez más potente. En el mismo año 1923 se celebró el Primer Congreso Nacional de Estudiantes organizado y orientado por Julio Antonio Mella y los sectores más combativos de la juventud estudiantil.

En dicha reunión verdaderamente revolucionaria de los estudiantes cubanos se probó el alto grado de conciencia de nuestra juventud; la clara visión de los problemas que aquejaban a los pueblos en su lucha por la liberación del yugo imperialista.

El Congreso de Estudiantes aprobó un saludo al Comisario de Instrucción Pública de la Unión Soviética; condenó el imperialismo yanqui; fustigó la intromisión religiosa en la enseñanza y acordó crear la Universidad Popular "José Martí" que franqueaba las aulas universitarias a más de 500 obreros.

Brillante jornada estaba coronando la juventud estudiantil; brillante jornada que dejaba en el pasado el silencio, la resignación de la flamante "era republicana" de los procónsules yanquis.

En el taller y en la fábrica también los trabajadores impulsaban su movimiento. Durante los años 23, 24 y 25 era cada vez mayor el número de huelgas a lo largo y lo ancho de toda la Isla. Los grupos de trabajadores con más alto grado de conciencia política organizaron en 1925 el Partido Comunista. En el mismo año se celebró el Tercer Congreso Obrero Nacional y se creó la Confederación Nacional Obrera de Cuba.

En toda esta etapa cada vez eran más estrechos los vínculos del movimiento estudiantil con la actividad de los trabajadores. En algunas ocasiones estudiantes y obreros desarrollaban movimientos conjuntos. Los sectores más progresivos del pueblo se unían en estas luchas. Los intelectuales de avanzada respondían igualmente.

Pero al tiempo que se desarrollaba la movilización popular, los poderes imperiales también ponían en juego sus resortes, sus fuertes resortes. En las elecciones de 1924 obtuvo la Presidencia de la República, Gerardo Machado, agente del monopolio eléctrico y otros consorcios norteamericanos. Todos los síntomas indicaban que se preparaba una violenta reacción.

LA REACCION

El destino unido de los movimientos estudiantil y obrero estaba marcado; la clara definición de la lucha anti-imperialista también. Pero desde los primeros pasos de Machado en el gobierno se observaba igualmente que una cruel represión se planeaba por los monopolios yanquis y la oligarquía nacional.

Pocos meses después de asumir el poder, Machado cayó sobre el movimiento estudiantil decidido a aplastarlo. En noviembre de 1925 dictó un decreto disolviendo la Federación de Estudiantes de la Universidad. Al mismo tiempo dispuso la reposición de los profesores que habían sido depurados con motivo de la Reforma Revolucionaria. En plano de fuerza el Tirano rodeó con sus fuerzas policíacas el recinto universitario con la finalidad de detener a Julio Antonio Mella, que presidía una asamblea estudiantil. Ante la firmeza de la masa de estudiantes no pudo efectuarse el arresto, pero días después Mella era arrestado en el Círculo Obrero de la calle de Zulueta.

El gran líder se declaró en huelga de hambre que mantuvo durante once días, y con ese motivo se desarrolló un potente movimiento de los estudiantes y los obreros que contó con la solidaridad de los trabajadores de toda la América. Ante la fortaleza del movimiento Machado dispuso la libertad de Mella, que poco tiempo después abandonaba el territorio nacional rumbo a México.

La gran batalla estaba planteada ya entre los estudiantes y los trabajadores unidos frente a la satrapía machadista; frente a la conjunción de las fuerzas del imperialismo y la oligarquía nacional.

En el camino de la represión el Tirano no se detuvo. En 1926 impidió por la fuerza la organización de los obreros azucareros. En Camagüey fue asesinado el líder obrero Enrique Varona, y en La Habana caían abatidos por las balas de los esbirros José Cuxart y Alfredo López, uno de los fundadores de la Confederación Nacional Obrera. Las detenciones de líderes obreros se repetían en todo el país.

Como premio a su política de "mano dura" los poderes imperiales autorizaron a Machado para preparar un plan para prolongar su estancia en el poder: la prórroga de poderes y la reelección. A tal efecto se procedería a la Reforma de la Constitución.

La represión brutal y la burla política hicieron que se encendiera nuevamente la protesta popular. Algunos elementos de los viejos partidos políticos comenzaron a mostrar su oposición a Machado. En la Universidad se levantó la protesta estudiantil, pero el tirano dispuso la expulsión de los líderes en 1927 al mismo tiempo que clausuraba la Universidad.

En 1928 Machado impuso la prórroga de poderes y su burla a la voluntad popular recibía el espaldarazo de la Sexta Conferencia Panamericana que se celebraba ese mismo año en La Habana, con la asistencia del Presidente Coolidge.

Con esta ratificación el terror machadista se hizo ya brutal. A fines de 1928 aparecieron flotando en las aguas de la bahía habanera los cadáveres de los obreros Claudio Bruzón y Nuske Yalob. El Tirano mandó sus sicarios hasta México y allá era asesinado el 10 de enero de 1929 Julio Antonio Mella.

LUCHA HEROICA

De ahora en adelante no quedaba a los luchadores de los movimientos estudiantil y obrero otro







Rubiera

camino que el combate sin tregua. El régimen de la tiranía también sufría una aguda crisis debido a la estruendosa caída de los precios del azúcar. Ante el acrecentamiento de sus dificultades la tiranía arreciaba sus acometidas contra el pueblo. La miseria y el hambre cundían en todo el país. La lucha se hacía heroica.

En los primeros meses de 1930 los obreros organizan un paro general como protesta contra la miseria y la falta de trabajo, y ante ese movimiento crece la represión.

En la colina universitaria también se intensifica la agitación entre los estudiantes. El 30 de septiembre los estudiantes se lanzan a la calle en vigorosa manifestación de protesta contra la tiranía. Grupos de trabajadores secundan el acto estudiantil. Machado moviliza todas sus fuerzas en la capital y la manifestación de los estudiantes es disuelta a tiros, cayendo Rafael Trejo. También resultaron gravemente heridos Pablo de la Torriente Brau y el dirigente obrero Isidro Figueroa

Desde ese momento no hubo tregua en la lucha. En todo el país creció la protesta estudiantil y obrera. Nuevos sectores de la población se sumaron a la lucha anti-machadista. Los miembros del Directorio Estudiantil Universitario sufrieron prisiones y exilio, junto con los dirigentes obreros y combatientes de las organizaciones revolucionarias.

El poderoso movimiento popular no era contenido por la represión. Los poderes imperiales comprendieron a principios del año 33 que su títere se derrumbaba. Inmediatamente comenzaron las maniobras mediacionistas, la actuación del entonces embajador Summer Welles. Los estudiantes y los obreros se oponían a la mediación imperialista, se inició una potente huelga general que daría el golpe de muerte a la Tiranía. Sin embargo, en el momento preciso el imperialismo dominó la situación, utilizando a oficiales del aparato castrense hicieron renunciar a Machado y lo sustituyeron con un Gobierno mediatizado.

OTRO TIRANO

El movimiento estudiantil, los trabajadores, los representativos de los sectores revolucionarios no aceptaron la solución mediacionista. En esta situación, en los primeros días del mes de septiembre, se produjo otro golpe de origen militar que trató de encubrirse con el apoyo popular de las organizaciones estudiantiles, de los trabajadores y revolucionarias.

En este momento quizás se cometió el error de confiar demasiado en el aparato castrense. El golpe de los sargentos había significado posiblemente la salida de muchos oficiales, pero el organismo no se había modificado raigalmente, la estructura quedaba intacta, los antiguos oficiales habían sido sustituídos por sargentos con la misma mentalidad de casta militarista.

En poco más de cuatro meses se lograron las primeras leyes revolucionarias. Guiteras intervino la Compañía de Electricidad. Se dictaron algunas legislaciones con sentido nacionalista.

Sin embargo, el aparato militar estaba ahí, los factores de la oligarquía estaban alerta y el imperialismo por medio de su procónsul de turno actuó oportunamente. El sargento Batista conver-



La muerte de Trejo es presagio...



...del triunfo de una generación...



contra el absolutismo imperialista

tido en coronel fue el instrumento utilizado para detener violentamente el avance popular.

A poco más de seis meses de la caída de Machado, a Cuba le nacía un nuevo Tirano. Soberbio, cruel, sanguinario como el anterior. También como el anterior completa criatura del maridaje del imperialismo yanqui con la oligarquía nacional.

Tan pronto dio sus primeros pasos con sus gobiernos títeres, Batista encontró un potente movimiento popular que denunciaba sus actuaciones criminales. Tampoco este tirano se detuvo a pensar. En el año 34 fueron muchos los estudiantes y trabajadores detenidos. En marzo del 35 desató una ola de represión brutal, con un crecido balance de muertos. En mayo del mismo año asesinó a Antonio Guiteras.

Ahora tampoco hubo tregua en la lucha contra la satrapía batistiana La Universidad de La Habana y todos los demás centros docentes fueron cerrados. El estudiantado y la clase obrera siguiendo sus mejores tradiciones combatientes se enfrentaron a los sicarios de Batista.

Presionado por el movimiento popular el Tirano se vió obligado a mediados de 1936 a dictar una Ley Docente que permitió el reinicio de las actividades en la Universidad y demás centros de enseñanza. Posteriormente convocó a unas elecciones que facilitaron la aprobación de la Constitución de 1940.

En todos los momentos el estudiantado ha mantenido su firme actitud de defensa de los principios del patriotismo, de la lucha contra el imperialismo y sus agentes nacionales. El movimiento estudiantil se caracterizó por su enfrentamiento a todas las lacras de la politiquería, de la corrupción, del entreguismo al extranjero.

UNA LUCHA MAS ALTA

El movimiento estudiantil no habría de tener una sola oportunidad de enfrentarse con Batista. A la nueva generación estudiantil, a la actual, le cabe el honor, el orgullo de haber librado la más heroica batalla, junto a todo el pueblo, para derrocar en nuestra Patria al imperialismo opresor y sus instrumentos de sometimiento.

Esta parte de la historia es demasiado reciente y colma el heroismo de una generación, de una generación que está coronando la obra que le frustraron a los mambises.

Frente al golpe traidor que entronizó nuevamente a Batista en el Gobierno el 10 de marzo de 1952, se puede decir que fueron los estudiantes los primeros en responder a la hora de la lucha. En los días mismos de la asonada militar los estudiantes orientados por su Federación estuvieron en las primeras filas del combate y del heroismo.

El máximo líder de nuestra Revolución, Fidel Castro, procedente de las filas estudiantiles tuvo en sus compañeros los principales colaboradores en la epopeya del combate contra la tiranía de Batista.

En el heroico ataque al Cuartel Moncada el 26 de Julio de 1953 se reunen estudiantes y trabajadores orientados por Fidel para dar la gran señal de lucha a todo el pueblo en la batalla contra Batista.

Desde el mismo 10 de marzo el estudiantado comenzó su lucha heroica. El 15 de enero de 1953 una manifestación que había salido de la Universidad es ferozmente disuelta por los sicarios, cayendo mortalmente herido el joven Rubén Batista.

La sangre estudiantil comenzaría desde entonces a derramarse a raudales, pero la juventud seguía firme su gran batalla, la batalla de Cuba.

En seis años de tiranía no cesa un instante el combate estudiantil. José Antonio Echeverría, Frank País, Fructuoso Rodríguez y otros encabezan el heroico movimiento.

Desde agosto de 1955 José Antonio Echeverría se vincula con otros grupos para producir un levantamiento popular en La Habana

En Santiago de Cuba, mientras tanto, Frank País, también desarrolla una incansable labor revolucionaria, movilizando a los estudiantes, a los trabajadores, al pueblo.

Día a día son disueltas violentamente las manifestaciones estudiantiles. Todos los días los estudiantes que luchan junto a su pueblo por la libertad son perseguidos, torturados, asesinados.

Pero frente a la represión policíaca el movimiento de los estudiantes junto al pueblo marcha incontenible. Los planes de lucha se desarrollan a costa de todos los sacrificios. Los estudiantes no cesan en sus manifestaciones públicas, en sus choques constantes con las fuerzas represivas de la tiranía.

En diciembre de 1955 los trabajadores azucareros desarrollan una potente huelga contra la tiranía, y junto a ellos están los estudiantes, están dirigentes como Fructuoso Rodríguez y otros.

Mientras la lucha estudiantil se mantenía encendida en Cuba, en agosto del 56 Echeverría, en su condición de presidente de la FEU, se reunía en México con Fidel Castro, en representación del Movimiento 26 de Julio, y ambos firman el histórico Pacto de México.

En lo que resta del año 56 ya no hay un instante de sosiego para los dirigentes del movimiento estudiantil.

En La Habana, los dirigentes de la FEU, con José Antonio Echeverría a la cabeza tienen que enfrentar las embestidas de la tiranía.

En Santiago de Cuba, en la provincia de Oriente, Frank País orienta firmemente la lucha de los estudiantes y del pueblo. El 30 de noviembre se produce en Santiago el formidable levantamiento encabezado por Frank, y dos días después llegan a las costas de Playa Colorada los heroicos combatientes del "Granma" encabezados por Fidel.

Por su parte, en La Habana la FEU acuerda suspender indefinidamente las actividades docentes. El libro se cambia por el fusil liberador. El estu-



José Antonio

R



Cubela



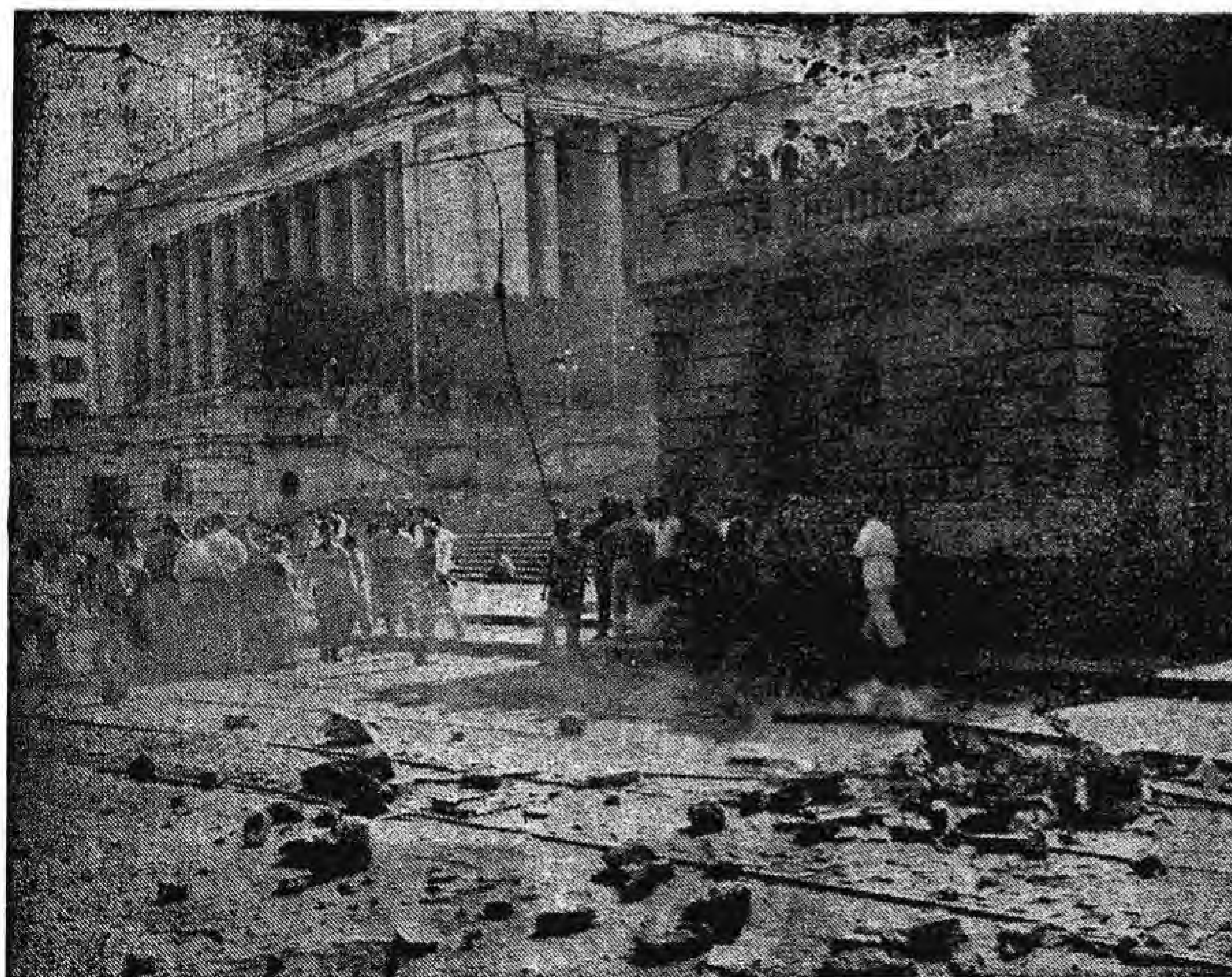
Fidel



Chaumont



Los estudiantes nunca permitieron...



...que la conciencia cubana durmiera...



...ni aceptara la regla del juego de la burguesía.

diantado junto a los trabajadores, a los campesinos, a los patriotas se lanza a la insurrección liberadora frente a la tiranía.

Mientras en la Sierra Maestra los corajudos combatientes libran las duras batallas contra las bien armadas fuerzas de la tiranía, apoyadas por el imperialismo, en las ciudades crece la lucha clandestina de los estudiantes, junto a los trabajadores, a los hombres y las mujeres del pueblo.

En Santiago, Frank no descansa un instante organizando las milicias, recolectando armas y avituallamiento para los luchadores de la Sierra.

En Camagüey, en Las Villas, en Matanzas, en Pinar del Rio, los estudiantes desarrollan su fuerte lucha contra el tirano, el movimiento de resistencia crece inconteniblemente.

En La Habana, mientras tanto, José Antonio, los muchachos de la FEU, del Directorio, planean y realizan el heroico ataque a Palacio. En la acción cae Echeverría, cerca de la Universidad, después de haber anunciado al pueblo por radio la batalla que se estaba iniciando en la propia madriguera del tirano. Era el 13 de Marzo de 1957.

Luego del ataque a Palacio los sicarios de Batista elevaron al máximo su ferocidad. Las torturas y el crimen fueron actuación de cada día. En las ciudades aparecían diariamente jóvenes, líderes obreros, líderes de organizaciones revolucionaras asesinados por los esbirros.

En abril del 57 fueron asesinados en La Habana Fructuoso Rodriguez, presidente de la FEU, junto con Juan Pedro Carbó Servià, José Machado y José Westbrook.

En Santiago de Cuba en el corto intervalo de un mes eran abatidos por las balas de los esbirros Josué y Frank País. La siega de vidas continuaba, pero la lucha del pueblo avanzaba.

También en la Sierra Maestra, en el Escambray había estudiantes peleando por la causa de Cuba, por la causa de la plena independencia nacional, por culminar la obra que iniciaron los mambises y continuaron otras generaciones de cubanos heroicos.

Al fin el tirano fue derrocado, al fin de siete años heroicos junto con la oligarquía nativa nuestro pueblo le asestó un rudo golpe de derrota a los amos imperialistas.

Ahora no es el momento ya del silencio, ahora los estudiantes no tienen que limitarse al recuerdo simplista de sus compañeros mártires del 71. Saben que aquellos mártires cayeron por algo; saben que estuvieron en el centro de la lucha por la libertad.

Ahora, como lo quisiera Mella, en verdad los estudiantes, junto a los obreros, a los campesinos, a los intelectuales honestos, a los patriotas, están construyendo la Cuba verdaderamente libre e independiente, dueña de sus propios destinos que le frustraron a los mambises.

Ahora, como lo quisieron todos los mártires, obreros, campesinos, estudiantes, patriotas tienen el poder en su Gobierno Revolucionario, en la Cuba liberada de la opresión imperialista, en la Cuba Revolucionaria que es ejemplo para los pueblos de América, del mundo, que luchan por su liberación.



EL CRIMEN DEL 71 Y LA TRAYECTORIA DE MARTI

POR JOSE BARBEITO

—I—

Si fuera dable afirmar con absoluta legitimidad que el hombre está hecho por los acontecimientos —la circunstancia que diría Ortega—, yo no vacilaría en declarar que José Martí, en la medida en que un hombre puede ser sustituído por su expresión, es en cierto sentido la ecuación final de dos hechos de similar factura.

Si un dolor dio el toque final a su alma, otro dolor habría de definir los cauces de su acción política. Si un dolor habría de crear en el adolescente imberbe al hombre maduro para la lucha y ávido de ella (en 1873 ofrecía a la Junta Revolucionaria de Nueva York "toda la pobreza de mis esfuerzos y toda la energía de mi voluntad, triste por no tener esfera real en que moverse"), otro dolor habría de decirle a ese hombre la dirección y el sentido de esa lucha.

Si el dolor del presidio político ("el más devastador de los dolores —decía él—, el que mata la inteligencia, y seca el alma, y deja en ella huellas que no se borrarán jamás"), si ese dolor dio a su espíritu la temperatura en que habrían de caldearse para siempre los moldes de su personalidad, otro dolor, el dolor de sus hermanos asesinados el 27 de Noviembre de 1871, el dolor de la Patria prisionera y envilecida y ultrajada en la persona de sus mejores hijos habría de devolver a su inteligencia el pleno dominio de una voluntad de lucha que la lealtad mal entendida acercaba peligrosamente al reformismo.

Es a partir de la vergüenza y la ira y la indignación y el insulto imborrables del presidio politico que Martí encuentra la expresión de su singular solidaridad con la miseria y el dolor y la injusticia que sufren los demás hombres. Era preciso este dolor, la comunidad en este dolor por otra parte absurdamente personal e intransferible, para que tomara viva conciencia de los otros dolores, para que comprendiera la estupidez innoble de todo dolor estéril, la insania incalificable de todo dolor no concebido como un sacrificio; es a través de la inmediatez de una miseria que de modo arbitrario le humilla y le ofende y le rebaja de su condición de ser humano que la arbitrariedad de toda miseria será en él una realidad viva y militante; es por la injusticia irredimible que le ultraja y ha marcado sus carnes que la monstruosidad existente en toda injusticia adquirirá ante sus ojos rasgos abominables.

Es bajo el impacto tremendo de esta realidad durísima del presidio político que la realidad de los que comparten con él idéntico destino encuentra una resonancia extraordinaria en su corazón:

"Hasta allí yo lo había comprendido todo, yo me lo había explicado todo, yo había llegado a explicarme el absurdo de mí mismo; pero ante aquel rostro inocente, y aquella figura delicada, y aquellos ojos serenísimos y puros, la razón se me extraviaba, yo no encontraba mi razón, y era que se me había ido despavorida a los pies de Dios. ¡Pobre razón mía! Y ¡cuántas veces la han hecho llorar así por los demás!

"Las horas pasaban; la fatiga se pintaba en aquel rostro; los pequeños brazos se movían pesadamente; la rosa suave de las mejillas desaparecía; la vida de los ojos se escapaba; la fuerza de los miembros debilísimos huía. Y mi pobre corazón lloraba".

Estos párrafos habían sido escritos por Martí sólo unos meses antes del fusilamiento de los ocho estudiantes de Medicina, en 1871.

Era que en el niño Lino Figueredo encontraba el casi niño que era José Martí la expresión exacerbada de sus propias miserias, de sus dolores absurdos, de la injusticia que igualaba sus carnes a las de las bestias. Era horrible condenar a presidio político y a trabajos forzados al niño de 17 años endebles que era Martí, pero resistía todo calificativo aplicar igual condena al niño Lino Figueredo, que sólo contaba doce años.

El estúpido crimen del 27 de Noviembre habría de desnudar ante sus ojos, ya para siempre, la política artera que en Es-

paña alentaba libertades retóricas y en Cuba ejercía el terror para que nadie pudiera reclamarlas, que allí hablaba de justicia y cultivaba aquí la arbitrariedad y el abuso; el crimen cobarde habría de mostrarle en vivo la inconsecuencia histórica de todo imperialismo; pero sobre todo haría consciente en él la inutilidad de toda gestión pacífica y reformadora, la esterilidad de toda demanda que no estuviera respaldada por la fuerza y la decisión inquebrantable de luchar por ella

"los derechos se toman, no se piden; se arrancan, no se mendigan", dirá más tarde.

—II—

Hace unos meses que Martí está en Madrid.

Todavía los acentos dramáticos del "Presidio Político en Cuba" encuentran fórmulas de ceremoniosa y circunstancial simpatía en los republicanos, más de panfleto que de práctica leal. Será por poco tiempo. En unos años, muy pocos, estos mismos declamadores de la democracia se declararán "primero españoles que republicanos" y negarán lo que antes afirmaron y se volverán contra ellos mismos negando a otros pueblos la libertad que reclamaron para sí y es la causa profunda de su existencia. Martí les lanzará al rostro esta inconsecuencia.

"Y si Cuba proclama su independencia por el mismo derecho que se proclama la República, ¿cómo ha de negar la República a Cuba su derecho de ser libre, que es el mismo que ella usó para serlo? ¿Cómo ha de negarse a sí misma la República? ¿Cómo ha de disponer de la suerte de un pueblo imponiéndole una vida en la que no entra su completa y libre y evidentísima voluntad?"

Pero el momento no ha llegado aún.

"Cuba llora" ha unido a los cubanos deportados, pero lo ha hecho en el sentimiento, en la conciencia lacerante de una injusticia estrictamente personal. La Patria es todavía el paisaje y la costumbre, la mano amiga, el recuerdo que cada hombre tiene de sí mismo y un tiempo y un ritmo individuales; deberá ser aún una entidad política, una comunidad de ambición y de destino, una Patria.

Martí convalece. Los males adquiridos en el presidio han vuelto a postrarle. Algunos amigos acortan las horas y entretienen el sufrimiento.

Hace días que las noticias de Cuba son alarmantes. Se habla de tumbas profanadas, de voluntarios enardecidos, de estudiantes presos. A partir del día 28 no hay noticias. Martí, misteriosamente lúcido, teme lo peor. El conoce el monstruo, ha sentido en su carne y en su alma la mordida feroz. El sabe de la soldadesca innoble que nada respeta salvo sus odios animales, sabe del egoísmo de los privilegios y de la insidia de los cómplices; y sabe también del temple de los suyos, y de su amor y su desinterés, y de la inerme belleza de su valor ante el sable español, sabe de su generación que espera graduarse en la manigua.

Además, ¿no está allí Fermín? ¿Fermín, que disputó con él, ante el inicuo tribunal militar que los juzgaba, el honor tremendo de la culpa y la condena? ¿Fermín, condenado también, víctima también, hermano una vez más en el dolor como lo había sido en la alegría?

Y, por fin, la noticia.

—¡Fermín! —profiere.

Y en su corazón se rompe todo escrúpulo. No merece respeto quien prodiga el crimen, no es digno de gobernar quien siembra la injusticia y no gobierna, él mismo, sus instintos. Frente al zarpazo de la iniquidad la decisión inquebrantable de "¡independencia o muerte!"

—III—

Todo conspiró para que el crimen del 71 operara en Martí, en la conciencia política en formación de José Martí, una influencia determinante. ¿No era él un miembro de la generación que los voluntarios sacrificaban estúpidamente en La Habana? ¿No era él también, como ellos, como los que fueron a la muerte y al presidio y a los trabajos forzados, un estudiante? ¿No había sido él, no lo era aún, una víctima de los privilegios insulares y sus cómplices de Ultramar? ¿No era él, como ellos, objeto del ultraje que aquellos procedimientos odiosos e inhumanos ensayaban contra su generación y lo que ésta representaba, como si la libertad pudiera ser dominada con el crimen y la justicia satisfecha con la iniquidad? ¿Como ellos, no había sido él juzgado por un arbitrario tribunal militar y como muchos de ellos condenado a presidio y a destierro? Por último, ¿no era una sola la Patria de destino para los que habían muerto y para los que, alucinados aún, les sobrevivían?

Antes del fusilamiento y el proceso indigno intentaba comprender la aspiración de España a mantener la posesión de la Isla:

"Yo no os pido que os apartéis de la senda de la Patria; que seríais infames si os apartárais.

"Yo no os pido que firméis la independencia de un país que necesitáis conservar y que os hiere perder; que sería torpe si os lo pidiera.

"Yo no os pido para mi Patria concesiones que no podéis darla, porque, o no las tenéis, o si las tenéis, os espantan; que sería necedad pedíroslas".

Dos años, sólo dos años más tarde, en 1873, dirá en párrafos que anuncian la temprana madurez de su pensamiento político y la dirección invariable de su acción:

"La independencia es necesaria —no pasan en vano las revoluciones por los pueblos—, no puede un pueblo enérgico ser igual a un pueblo al que falta la energía— no puede ser el mismo el estado de un país devorado en silencio por la sinrazón, al país potente y vigoroso que se ha lanzado a las armas, y las ha sostenido, y las ha arrancado para pelear de las manos de sus enemigos —y fue generoso con ellos, y vió que eran crueles para él— y dio libertad a los prisioneros y vio que mataban a los suyos y vio que le devolvían cadáver a aquél que había mandado como mensajero de paz, y supo luego que habían violado sus mujeres y asesinado a sus hijos, y matado a sus ancianos y henchido de espanto todo aquello que había sido para él felicidad y respeto y alegría.

"Pues si las revoluciones no pasan en vano por los pueblos, si un pueblo antes de la revolución no puede ser después de ella como era, si no puede olvidarse jamás una revolución ensangrentada. —¿cómo ha de ser ahora lógica —en situación distinta— la solución que lo era entonces? ¿Cómo, si las reformas eran entonces necesarias, han de ser bastante ahora?

"Pasarían entonces en vano las revoluciones para los pueblos".

Pero la sangre derramada provoca en él, en su espíritu enamorado de lo trascendente, una segunda y no esperada cosecha. Y se hace carne en él la seguridad de que el hombre excede sus actos, que el efecto de las acciones humanas desborda siempre la causa que aparentemente les da origen.

Es al pensamiento de esta muerte inocente y en apariencia estéril que brota en Martí la convicción de que la muerte es como una siembra, como la savia que nutre segura la planta

"Los muertos son las raíces de los pueblos, y abonada con ellos la tierra, el aire nos los devuelve y se nutre de ellos"

como la inmolación, que justifica al hombre y lo hace avanzar

"Otros lamenten la muerte necesaria: yo creo en ella como la almohada, y la levadura, y el triunfo de la vida"

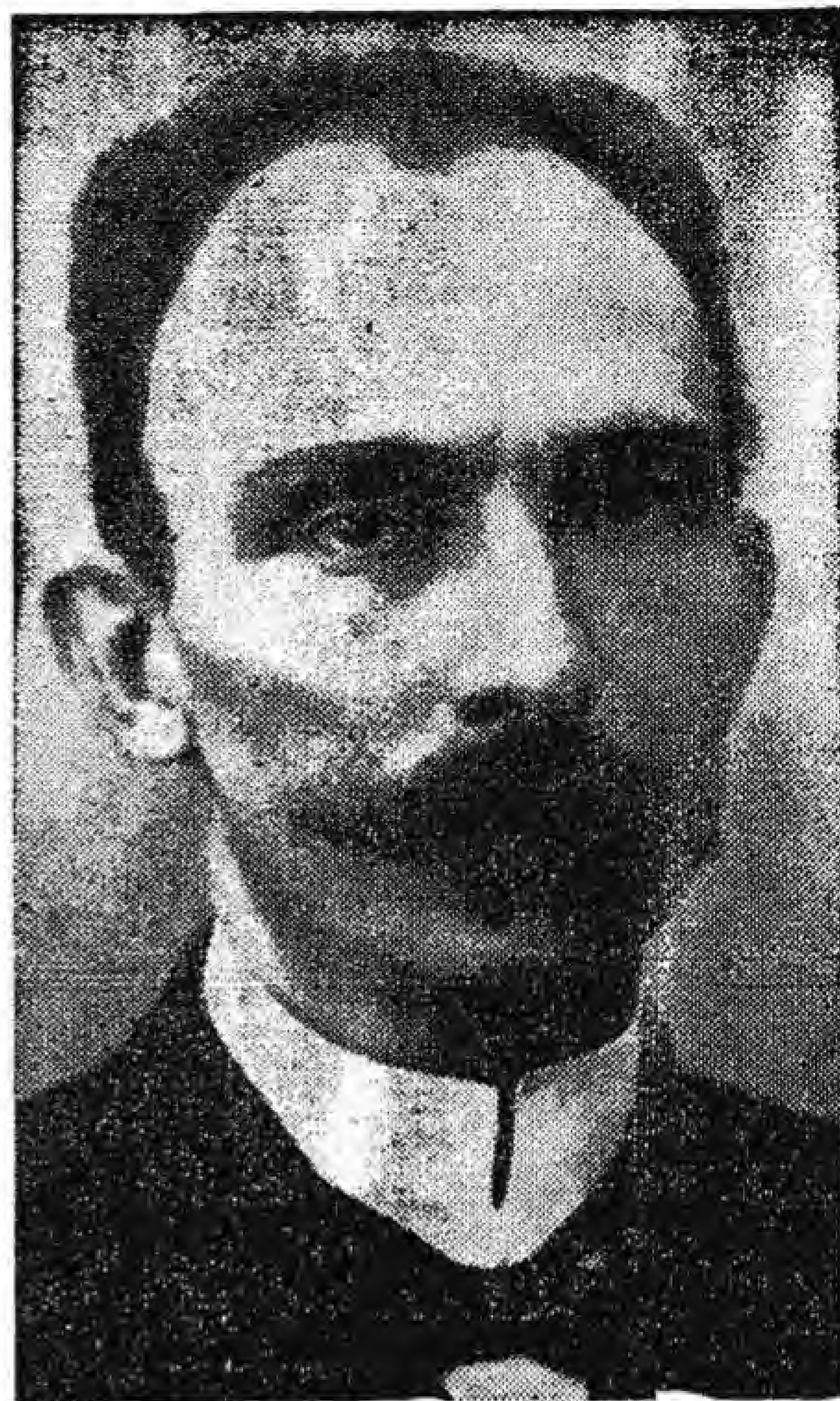
como el abono que enriquece la tierra y hace florecer la simiente y germinar la existencia

"La amapola más roja y más leve crece sobre las tumbas desatendidas"

Es desde los límites de esta muerte útil ("Los pueblos viven de la levadura heroica. El mucho heroísmo ha de sanear el mucho crimen") y, consecuentemente, de la vida entendida como deber y como servicio, que la acción de Martí cobra su más profundo sentido. Estos límites nacieron con el ajusticiamiento de 1871.

Podría decirse, con la natural reserva, que la detonación que en La Habana dió sentido a la vida y a la muerte de ocho jóvenes estudiantes, hizo brotar en Madrid el sentimiento de la entrega necesaria y útil que Martí habría de concretar, muchos años más tarde, en la metáfora cargada de responsabilidad de "los pinos nuevos".

La "muerte necesaria" del 71 alumbra y anticipa el "para mí ya es hora" de 1895.







VARONA
De pie sobre ambos siglos



VARELA
La verdadera enseñanza filosófica

LOS PENSADORES

BOSQUEJO DE UN NACIMIENTO CULTURAL

POR AMBROSIO FORNET

En 1819 publica el Padre Varela un tomito titulado **Miscelánea Filosófica** y en 1888 se edita el último volumen de las **Conferencias Filosóficas** de Enrique José Varona; el lapso que separa estas dos fechas —tomadas al azar— está saturado de lo que podríamos llamar "pensamiento cubano"; éste informa, define y fundamenta de tal modo el sigo XIX en Cuba que lo hace penetrar como una puñalada en nuestro siglo, donde se aloja y señorea —si se exceptúa la etapa del treinta— por más de cincuenta años. El siglo XIX cubano alcanza, como un patriarca bíblico —si se me permite decirlo así— la venerable edad de siglo y medio.

Quienes saben que la continuidad, si no la altura, del pensamiento discursivo del siglo XIX en Cuba es un ejemplo único en Hispanoamérica, comprenderán la índole dramática del aserto anterior. El pensamiento es un motor cuya propia energía genera nuevas energías, con la particularidad de no estar sujeto a desgaste: el siglo XIX pues, debió de ser el punto de arrancada de nuestro siglo y no su cinturón.

Sabemos, no obstante, que si bien hubo una variación nominal en los planteamientos que hasta ayer nos hicimos, la substancia de los mismos era en gran medida idéntica a la de los que se hizo, más lúcida y enérgicamente por otra parte, nuestro siglo XIX.

No vamos a afirmar que nuestro pensamiento —sigámoslo llamando así— republicano fuera en todos sus aspectos décimonónico; lo que sí parece indudable es que la actitud hacia la cultura y nuestra posición ante los problemas nacionales fue no ya décimonónica sino, incluso, más atrasada vitalmente que la de los cubanos del siglo pasado. Estos, tropezando a lo largo de casi todo el siglo lo recorrieron, sin embargo, con una efectiva disposición de avance; no sólo fueron hombres de su tiempo, sino hombres decididos a configurar ese tiempo —en el estrecho marco insular— con sus propias manos, vale decir, con sus respectivos criterios sobre la problemática cubana.

Ante este siglo en que se inicia propiamente nuestra nacionalidad y en que se esbozan sus primeros soportes culturales, hemos tomado por regla general dos actitudes que son, en parte, responsables de nuestro estarcamiento cultural en casi toda la primera mitad del siglo XX: hemos sido devotos o nihilistas. O la adoración ciega, con una falta de sentido crítico muy a tono con nuestra inmadurez intelectual, o la negación categórica con una falta de sentido crítico muy a tono, por cierto, con nuestra inmadurez intelectual. En ambos casos, de él apenas nos quedaban como herencia cultural algunas poesías y varias frases patrióticas que los niños recitaban dócilmente en las escuelas tan conscientes de su contenido, por otra parte, como los políticos que las citaban impunemente en las tribunas.

Esta situación, como es lógico, unida a la intromisión de una cultura más avanzada, pero ajena por completo a nosotros —la norteamericana— nos impedía alimentarnos de nuestro siglo XIX, apoyarnos en los peldaños más o menos firmes que él había construido. Nos era imprescindible superar el siglo XIX y para ello se requería una previa negación consciente; pero sólo podía llegarse a su negación y superación tras una profunda asimilación que nos diera conciencia de él y nos colocara en situación de mirarlo como lo que era, como **pasado**.

Es natural que para ello se necesita un serio trabajo de crítica que nos es imposible acometer aquí. En 1938 —según cita de Soto Paz— el entonces joven intelectual Sánchez Bustamante **sugería** que se hiciera una inmediata y cuidadosa revisión de nuestro "profundo y complejo siglo XIX a la luz de un criticismo implacable". Es obvio que, con un atraso de veinte años, es cierto, ha sonado la hora. No es sólo que el pasado, precisamente por ser pasado, no puede de ningún modo ser "intocable"; es también que si para nosotros hay algo que vale la pena de tocarse —y hasta de apretarse en busca del zumo que pudiera ofrecer— es precisamente y sin lugar a dudas nuestro siglo XIX.

II

Algunos estudiosos dan las **Lecciones de Filosofía Ecléctica** (1796) como la primera obra de filosofía escrita en Cuba. De su autor —el Padre José Agustín Caballero— dice su sobrino José de la Luz que hizo "resonar en nuestras aulas las doctrinas de los Locke y los Condillac, de los Verulamio y de los Newton". No vamos a discutírselo. Sin embargo, es cosa sabida que la verdadera enseñanza filosófica en Cuba comienza con el presbítero Félix Varela (1788-1853) y en especial a partir de las reformas efectuadas, gracias a su iniciativa, en el Seminario de San Carlos. Fundado en 1773 —casi medio siglo después que la Universidad de La Habana— el **Real Colegio de San Carlos y San Ambrosio** se adelantó a ésta, culturalmente, en más de un siglo.

La filosofía en España y, por consiguiente, en Cuba, estaba bajo el aplastante dominio aristotélico-tomista. España se saltaba graciosamente el Renacimiento y con él a Descartes y lo que éste significaba. **Credo ut intelligam** —creo para entender— era el lema escolástico; el cartesianismo había modificado los términos: **Dubito ut intelligam** —dudo para entender— iniciando así la filosofía moderna.

Hacer que el Seminario de San Carlos tocara y

en lo posible incidiera en esta perspectiva ilimitada que se le abría al pensamiento, y hacer llegar a la juventud cubana el ímpetu intelectual y humano de la Ilustración, fue uno de los propósitos más audaces y notables de Varela.

Todavía en 1795 José Agustín Caballero se refería a la triste situación del maestro que debía "enseñar la latinidad por un escrito del siglo de hierro" y "jurar ciegamente por Aristóteles".

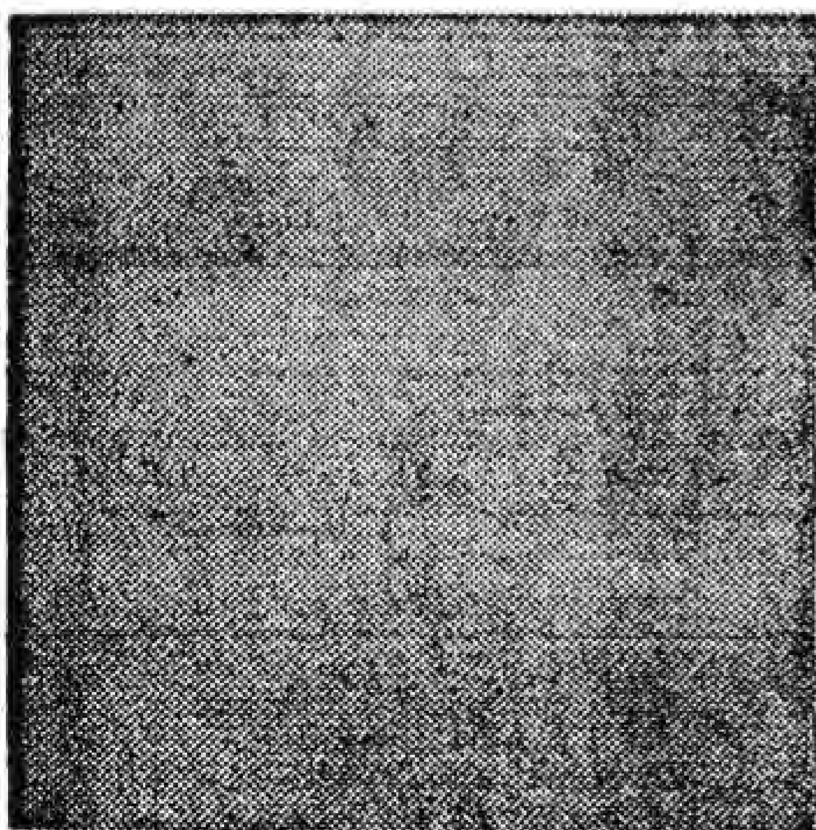
Varela se permite arremeter contra la infalible autoridad del tomismo: "Los Santos Padres —dice— no tienen autoridad alguna en materias filosóficas; y así debe atenderse únicamente a las razones en que se fundan".

Semejante osadía intelectual —en aquella época, aquel medio y dada su condición de eclesiástico— no hace más que prefigurar el carácter de quien, ya un poco viejo y fatigado, tendría que marchar al exilio. En el prólogo de sus **Cartas a Elpidio** afirmaba: "...Hace tiempo que estoy como el yunque, siempre bajo el martillo". En 1812, sin embargo, coincidiendo con el establecimiento de las Cortes de Cádiz en la metrópoli, Varela era el martillo que caía sobre el apolillado tabique cultural de la isla. Explica en el Seminario de San Carlos una cátedra que equivale nada menos que a la de Derecho Político; lleva a cabo una reforma que según Medardo Vitier —cuya valiosa obra "Las Ideas en Cuba", recomendamos— se fundamenta sobre estos principios: supresión del método escolático, deductivo, sumiso a la autoridad; empleo del español —es decir, eliminación del latín como lengua obligada— en la cátedra; introducción de la filosofía moderna, de Descartes a Condillac y, por último, implantación de la enseñanza científica, mediante cursos de Química y Física.

Pero esto no es todo: al afirmar el derecho del raciocinio a discutir "la autoridad" afirma, de hecho, la libertad de conciencia, el principio de autodeterminación, todo aquello que en lo individual y colectivo caracterizó el ideario de la Revolución Francesa. Así, pues, en él está como en embrión el proceso de libre análisis, de observación científica, de método inductivo, de libertad intelectual en fin, que irá desarrollándose, más o menos afortunadamente, durante todo ese "profundo y complejo" agregado de factores que constituyen nuestro siglo XIX.



LUZ
Pensamiento y status político...



III

Hemos querido destacar a Varela no sólo como la primera piedra de nuestro patrimonio intelectual, sino como un arquetipo de lo que fue el intelectual cubano del pasado siglo. Los límites de este trabajo nos impiden hacer labor de recuento que, por otra parte, no añadiría nada a lo que de sobra conocemos. Sin embargo, hay que señalar que el discípulo de Varela, José de la Luz y Caballero fue, desde 1848 —fecha en que fundó el **Colegio El Salvador** —hasta 1862, fecha en que muere, el intelectual y pedagogo que más reconocida influencia ejerció sobre la juventud cubana de la época. Pero no sólo esto: fue asimismo, sin llegar a la altura de Varela, el cubano que más se aproximó al arquetipo ideal de "pensador".

No nos corresponde en este trabajo referirnos a Martí —que en sentido recto y figurado desbordaría, por otra parte, la capacidad de este artículo— y Varona está, como un coloso en miniatura, de pie entre el siglo pasado y el presente.

Con los enumerados terminaría, a nuestro juicio, el alcance del término "Pensadores" que un poco arbitrariamente regula nuestra labor. No obstante, el siglo XIX está constituido, en buena medida, y más propiamente quizá, por aquéllos que sin llegar a la categoría de "pensadores" —si hemos de aplicar el término con cierto rigor— lo son en la medida en que son, sin lugar a dudas, verdaderos "intelectuales".

Saco (1797-1879), el Conde de Pozos Dulces (1809-1877), Domingo del Monte (1804-1853), Enrique Piñeyro (1839-1911), Aurelio Mitjans, Manuel de la Cruz, José de Armas, José del Perojo son intelectuales, magníficos periodistas, eruditos, críticos y, en general, humanistas de una formación intelectual en ocasiones asombrosa. A alguno de ellos no lo llamamos "pensador" porque el término ha sido aplicado indistintamente a Pascal, Nietzche u Ortega y Gasset, por ejemplo, y sería deslizarnos en una confusión: ninguno es, naturalmente un Nietzche o un Pascal. Pero Saco es de un saber enciclopédico y maneja una lógica que resulta realmente abrumadora; la formación humanista de Del Monte es, por decirlo así, casi erasmiana: estaba familiarizado con las literaturas antiguas y modernas y hablaba, aparte el español, latín, italiano, portugués, francés, inglés y alemán. Un hombre de la pétrea benevolencia de Menéndez y Pelayo consideraba a Piñeyro "crítico insigne"; la primera traducción, y hasta la fecha, hasta donde alcanzó a saber, la mejor hecha al castellano de la **Crítica de la Razón Pura** se debe a José del Perojo, que además publicó, en 1876, **Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania**, que dio a conocer en España el pensamiento germano de la época y permitió la creación en Madrid de una escuela neokantiana. No es preciso recordar, porque es casi historia de ayer, que en el momento de publicarse las **Conferencias Filosóficas** (1880-1888) de Varona, en sus tres tomos, se consideró unánimemente, tanto en América como en Europa, la mejor obra de filosofía escrita en lengua española.

No obstante, esto no debe llevarnos al espejismo de suponer que había "un gran pensamiento" recorriendo la Isla. Había, sí, pensamiento, y en ocasiones más moderno de lo que pudiéramos suponer; había un sobrio y preciso manejo del idioma, conocimiento de las materias tratadas y suficiente sentido crítico para hacer las obras dignas de una lectura amable. Pero carecían de la vitalidad de las grandes ideas, capaces de autogenerarse y prolongarse mucho más allá de su momento histórico, capaces de apasionar un siglo o veinte siglos después de haber sido expuestas. Estos intelectuales descubrieron, en suma, muchas verdades parciales, a veces muy substanciosas; pero nada que hoy podamos considerar, filosóficamente hablando, una verdad profunda.

Con todo, el lector que se sumerja en la labor de esta intelligentsia cubana se siente frecuentemente tentado a repetir las palabras que la **Lógica** de Varela le arrancaron a Enrique José Varona: "Confieso que siempre me ha maravillado esta solidísima manera de filosofar en nuestro país y en semejante época".

IV

Podríamos preguntarnos a qué se debe que hombres de tan vastos conocimientos y una inteligencia no común fueran incapaces de crear pensamientos verdaderamente originales y transformadores y que ninguno alcanzara, por ejemplo, la talla intelectual de Martí en lo que ésta tiene de "cosa viva". Cabría preguntarse, por ejemplo, si el estímulo del medio, o la carencia de un ideal elevado, les impidieron las grandes reacciones intelectuales. Eran, sin duda alguna, intelectuales y hombres de su tiempo. ¿Cómo es posible, entonces, que no supieran calar más hondamente su tiempo? ¿Cómo es posible que la llegada de Martí cogiera a muchos de ellos, por decirlo así, en un rincón de la historia?

Podríamos aventurar, en principio, alguna hipótesis. Pero antes debemos preguntarnos qué significa para un intelectual, para un pensador, "ser hombre de su tiempo". Significa, por una parte, ser consciente de una tradición cultural donde afirmar los pies confiada y firmemente y desde donde poder saltar hacia adelante; por la otra, asumir hacia los problemas de su tiempo una actitud que podríamos llamar de responsabilidad y, si se prefiere, una actitud "comprometida". Estar inmerso, en suma, en el pasado cultural que le sirve de punto de partida y en el presente histórico que aparece como "problema", como su problema, cuya explicación no puede posponer so peña de no llegar nunca a tomarse a sí mismo la estatura.

Si revisamos la **Revista de Cuba** y su sucesora la **Revista Cubana**, por ejemplo, veremos que aparecen artículos, ensayos, traducciones, de lo más nuevo y estimable del pensamiento y la literatura de la época que podía serles asequible. No obstante, no puede decirse que ninguno de ellos superara originalmente estas corrientes.

Me parece ver en la **élite** del pensamiento cubano una profunda escisión. Por una parte, pertenecen a una cultura —la española— o aún más ampliamente, a una gran tradición cultural —la europea. Pero, por otra parte, ellos no son europeos: son cubanos; y el mundo es, para ellos, un gran mapa cruzado por una línea que lo divide en dos: Cuba y todo el resto.

Del Monte, al citar a Zorrilla, lo llama: "el más eminente de **nuestros** jóvenes poetas líricos"; al hablar, sin embargo, de las mejoras que pueden hacerse en **nuestro** sistema de enseñanza, se pregunta si serán hacederas o si serán sólo "dorado ensueño de una imaginación **tropical**". (Los subrayados son míos).

Del señor Cousin, profesor de Historia de la Filosofía, así como de sus colegas de la Sorbona, hoy podría decirse en Cuba lo que Heredia de algunos reyes y pueblos del Anáhuac: "Fueron: de ellos no resta ni memoria". Sin embargo, el señor Cousin mereció de Luz Caballero una obra de casi doscientas páginas: **"Impugnación a las doctrinas filosóficas de Víctor Cousin"**. ¿Eran estas "doctrinas filosóficas" tan profundas, interesantes y decisivas en el pensamiento universal para que Luz le dedicara tanto tiempo y trabajo? En modo alguno. Pero sucedía que Cousin —lo señala Vitier— preconizaba la doctrina llamada "optimismo histórico" que era nada menos que una justificación del hecho consumado, del **status** político. Y aunque a Luz no debió interesarle el pensamiento "puro" de Cousin como, por otra parte, no le interesó nunca el "pensamiento puro", sí le importaba, y mucho, refutar la doctrina que, sin proponérselo justificaba el **status** colonial de la Isla.

Si a esto se añade la formación "científica" —Varela y Luz, por ejemplo, odiaron cordialmente todo tipo de metafísica— y sus intereses constantemente amenazados por un siglo lleno de conatos de rebelión, tanto de los criollos contra España como de los esclavos contra sus amos o contra la esclavitud misma, podríamos empezar a explicarnos su incapacidad, su imposibilidad, de entregarse al juego de las puras ideas: para ellos las ideas eran valores operantes que tocaban de modo dramático su propia realidad, su propia situación en el mundo.

La élite, la intelectualidad cubana, vivía bajo la presión de una circunstancia demasiado apremiante y puntiaguda. Sus actitudes de reformistas, autonomistas, etc., fueron el reflejo y el desafortunado intento de resolver sus propias contradicciones —las contradicciones de ese "ser-y-no-ser" que ellos a un tiempo eran, como hombres y como intelectuales.

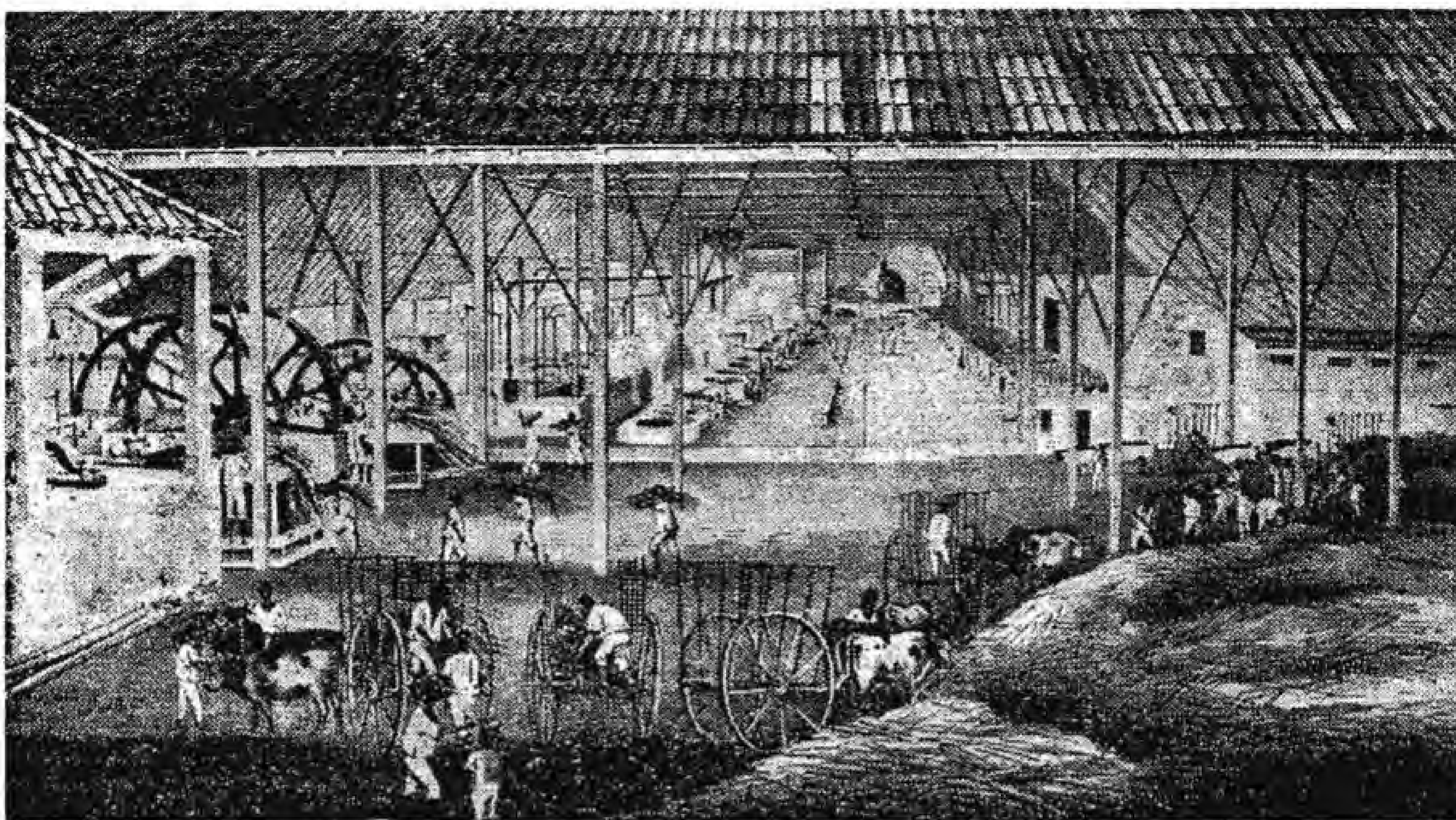
A partir del Grito de Yara —por no mencionar fechas que van de 1812 con Aponte a 1851 con Narciso López— la **intelligentzia** desfallecía en su propia impotencia para detener lo inevitable o variar la trayectoria de los sucesos. Sus juicios, sus ideas, sus opiniones, se deshacían al choque de la realidad. Sin proponérselo, Heredia había cantado el ocaso de la **élite** intelectual indecisa, negándola en su razón de ser y en su momento histórico:

> **¡Plugiese al cielo, desdichada Cuba,**
> **que tu suelo tan sólo produjese**
> **hierro y soldados!**

Pero no basta con aventurar estos juicios, sin más detenido análisis, y por otra parte los fenómenos son siempre más complejos de lo que quisiéramos. Ni toda la intelectualidad cubana rechazó totalmente la guerra como único medio para un cambio efectivo del **status** político —para una verdadera independencia política— ni aquellos que se decidieron por fórmulas moderadas inoperantes dejaban de creerse justificados por motivos más o menos patrióticos.

En otras palabras, los intelectuales y pensadores de nuestro siglo XIX siguen esperando una crítica amplia, rigurosa, objetiva y sistemática.

PROCESO POLITICO



EL MOVIMIENTO REFORMISTA

POR CARLOS RAFAEL RODRIGUEZ

Cuando se habla entre nosotros del movimiento reformista, se quiere aludir a ese período preciso de la historia cubana que, iniciado en 1862, culminará con la Junta de Información de 1867, viniendo a ser el preámbulo y la justificación de la insurgencia del 68.

Sin embargo, en el reformismo cubano esos cinco años, con todo y su importancia constituyen un incidente. Formada ya desde mucho antes, la actitud reformista persistió hasta los mismos instantes de la guerra por la independencia. Los sustentadores de la autonomía política que España nos ofreciera en 1899 con el propósito de aislar al pueblo de los revolucionarios y contener la victoria ya cercana, eran, en efecto, reformistas rezagados y a destiempo.

Pero no se crea, a pesar de ello, que quienes reclamaban reformas para Cuba tuvieron siempre la misma disposición colaboracionista hacia el régimen español, que demostró ese reducido grupo del 99. En la historia cubana, el reformismo, hemos de reconocerlo, adquiere, en la primera mitad del siglo, honda significación y en determinadas circunstancias sus actores asumieron admirable defensa del interés nacional.

Puede asegurarse que el doble antagonismo entre los idearios de la reforma y la revolución aparece en los años que clausuraron el siglo XVIII. Ya entonces, cubanos de ciencia y riqueza, como Francisco Arango y Parreño, demandaban la alteración del status colonial, argüían la necesidad de que se nos concediera libertad en el comercio y procuraban aprovechar los acontecimientos españoles de 1808 para recibir las ventajas económicas y políticas que le eran a Cuba imprescindibles. En los mismos años, el Padre Caballero formula por primera vez entre nosotros el programa de reformistas y autonomistas: pide que nuestra Isla sea gobernada, no por las Cortes hispanas, sino por un cuerpo electo entre sus habitantes, según el modelo autonómico que disfrutaban algunas colonias inglesas.

Así, a la Actuación conspirativa y revolucionaria, se contrapone desde aquellos días una política menos resuelta, cuyos propugnadores se dirigían hacia objetivos más cercanos y asequibles que el de la independencia, deteniéndose en las simples reformas a la economía y al sistema de gobierno. Pero no conviene, sin embargo, considerar a los ideólogos del reformismo en aquella época como traidores al sentimiento de libertad nacional. Es lícito enjuiciar severamente a los que, no obstante haberse demostrado una y otra vez que España no otorgaría las reformas y que, además, ya la simple autonomía ya ayudaba a resolver el cúmulo de los problemas cubanos, obstaculizaron la Revolución y sirvieron a los españoles. Sería en cambio, una injusticia histórica desconocer los intereses económicos y espirituales que engendran los movimientos separatistas de todo el mundo y anatematizar a quienes, con su actividad preparatoria y ceñida a su deber en el tiempo que les tocó vivir, son acreedores a nuestro respeto. Lo que después del 68 fue transacción con el adversario, constituía en los primeros quince años del siglo y en el intermedio del 62 al 67, que vamos a describir, el único modo posible y sagaz de lograr los propósitos que se anhelaban.

Apenas nos introducimos en la historia del vasallaje colonial, que aún continúa comprendemos las razones que producen y mantienen el reformismo cubano. Hay un documento de inestimable valor interpretativo, y que resulta aun poco conocido, la carta que el gobierno metropolitano dirigiera al gobernador general Concha en 2 de julio de 1851, explicando el estado de la opinión pública cubana. En ella, Concha divide a los nativos de esta isla según categorías económicas. Hay —dice— un número considerable de grandes y pequeños propietarios, pocos comerciantes y mercaderes y algunos industriales. Existe una abundante clase media constituida por profesionales y empleados subalternos. Por último, el campesino, el guajiro.

Examinando la situación de los diversos grupos, Concha aseguraba —sin duda exageradamente— que en su totalidad eran separatistas. No obstante ello establecía diferencias de actuación. Los propietarios y capitalistas resultan —según su informe— cautelosos; temen los peligros de un levantamiento armado y, sobre todo, se mantienen en perpetua zozobra ante los riesgos de una insurrección de sus esclavos. Los profesionales y empleados —añade— son resueltos y se hallan dispuestos a provocar la guerra con España. El guajiro, en su mayoría, permanece un tanto al margen de la inquietud política.

Pocos instrumentos tan útiles, tan decisivos, como esa carta confidencial y temerosa, para comprender la realidad soterrada de aquellos días coloniales. El caso cubano no era más —desde luego— que una repetición de lo que en todas las luchas de liberación nacional había ocurrido. En Europa y América, las primeras batallas por la independencia no las libran las mayorías populares. Es una minoría de propietarios y capitalistas la que dirige el movimiento rebelde. Dueña del poder económico y sintiéndose apta para gobernarse a sí misma, advierte, sin embargo, que el dominio extranjero coarta su libertad y grava con impuestos y exacciones su riqueza. La independencia surge entonces como el sólo remedio valedero.

Pero si —como sucedió en el caso cubano— esa libertad política sólo puede alcanzarse a costa de sacrificar la riqueza y además; interviene el temor a medio millón de esclavos cruelmente oprimidos, las clases propietarias dudan siempre y sólo adoptan el método revolucionario al final de una serie de tanteos cautelosos y de desoída apelación de reformas. Así, el juicio de Concha sobre la realidad cubana resulta parcialmente certero. Los guajiros, los artesanos, los obreros, la mayoría cubana, aspiraba desde luego a su liberación pero aún no se había integrado en ella la conciencia nacional, ni operaban las causas económicas que iban a convertir la revolución aristocrática del 68 en rebelión democrática, irresistiblemente popular en el 95, con la participación conjunta de todas las capas sociales de la Isla.

Nuestra clase media poco podía perder en las contingencias de una guerra, y fungió entonces y después, como impulsora de los levantamientos.

Los propietarios rurales y dueños de ingenios tenían, en cambio, cuantiosos intereses que preservar. Eran ellos, desde luego, los promotores de la independencia, los que habían de usufructuarla, sustituyendo a España en el poder político y desembarazándose de trabas económicas. Pero necesitaban precaverse de un desastre, y pretendían aliar sus intereses y los ideales que los expresaban.

Esa fue, no hay duda de ello, la trama histórica de nuestras luchas separatistas. Podría decirse que el mayor número de los reformistas y autonomistas ansiaba la independencia cubana, vacilando sin embargo ante los graves obstáculos que realmente la acompañaban. En sus escritos contra la anexión, José A. Saco llega a hacer profesión de independentismo, que le parecía sin embargo ideal inasequible. Portell Vilá ha llamado anexionistas "por motivos patrióticos" a los que, como Gaspar Betancourt y Joaquín de Agüero, sólo aceptaban la anexión como mal menor e inevitable. Las razones de este grupo están contenidas ejemplarmente en las cartas de Betancourt y Victoriano Arrieta a Saco. Desesperaban de que España concediese reformas; y de ello, Saco mismo podía tener la prueba en su exclusión de las Cortes en 1837. Temían que los levantamientos armados tuviesen por efecto —aun en caso de triunfo— una insurrección de esclavos semejante a la de Haití y Santo Domingo. Les parecía ver a Cuba convertida en república negra. Además, los desalentaba el ejemplo visible de los países hispano-americanos, en los que, según ellos, la escasa preparación popular convertía la democracia en un régimen de caudillismo y desasosiego continuo. De ahí que vieran en los E. U. nuestra salvación, por ser ése el mercado natural de la industria cubana, y porque sus instituciones democráticas estaban ya firmemente establecidas. No ahondemos desde luego, en esos argumentos, ni aludamos tampoco a las razones menos limpias, de simple interés esclavista, de los otros partidarios de la anexión. Basta apuntar ahora lo que inclinaba a nuestros hombres mejores a no lanzarse, en determinadas circunstancias, a una lucha final por la independencia.

Después de 1860, no sólo permanecía inalcanzable esa independencia sino que también se diluye la corriente anexionista. Vencidos los sucesivos intentos de Narciso López; sufriendo la emigración disenciones internas y, fracasado el proyecto invasor de Quitman, la guerra civil americana decapita, al fin, las últimas esperanzas criollas, al abolirse la esclavitud, que era el punto de encuentro entre los que en Cuba y en Norteamérica propugnaban la anexión.

En esa coyuntura de derrota, resulta inexplicable que los cubanos se refugiaran transitoriamente en el reformismo. No era un abandono de la lucha, sino la utilización de las menores posibilidades, para franquear al paso hacia el propósito final. Conciliadores y revolucionarios conciden así momentáneamente. Los unos, fieles a su doctrina; los otros, comprendiendo con perspicacia que si las reformas nada solucionaban, en cambio, exponiendo su necesidad ante el pueblo en persistente campaña, revivirían los ánimos decaídos, fomentándose el sentimiento nacional. Y si España desdichadamente se negaba a acceder, se situaría por sí misma frente a las aspiraciones cubanas, provocando con ello la revolución.

Nada más favorable a esa tendencia que el arri-

ba a Cuba del general Serrano que inaugura un período de "armonía", según la frase de José I. Rodríguez. A su vera se realizan las actividades iniciales: y cuando lo sustituye en el mando Domingo Dulce, encuentra ya fraguándose lo que iba a ser el partido reformista cubano.

Como hemos dicho, en él concurren hombres de las disímiles ideologías, Revolucionarias fieles y revolucionarios domesticados; reformistas sinceros y anexionistas de todo matiz. El punto inicial de su política se lo ofrece precisamente uno de los actos más injustos del gobierno español: "la exclusión de los diputados cubanos de 1837, amparada en el pretexto de que las "provincias de Ultramar debían regirse por leyes especiales", Esas leyes especiales, que nunca se acordaron, eran las que ahora reclamaban los cubanos.

Desde Madrid, a donde se ha trasladado con ese especial objeto, José Antonio Echeverría emplea toda su diligencia y talento en suprimir obstáculos. Mucho le auxilia el efecto causado por las magistrales cartas que Saco dirigiera al anti-reformista ministro de Ultramar, Seijas Lozano, con el título de la Política absolutista en las provincias ultramarinas, y en las que demuestra lo ponderado y legítimo de las peticiones cubanas. La Revista Hispano Americana de Angulo y Heredia, y La América de Eduardo Asquerino, disponen sus páginas al reformismo. Españoles como Félix Bona se declaran a favor de un gobierno representativo popular para Cuba y Puerto Rico. Echeverría y sus amigos de Madrid remueven hábilmente la opinión iberal.

En Cuba, los criterios disidentes van concertándose, y pronto Pozos Dulces, antiguo miembro de la Junta Revolucionaria en la emigración, Morales Lemus, Mestre y otros transforman el periódico El Siglo, fundado por el Sr. José Quintín Suzarte, en órgano del reformismo creciente. A los ataques del Diario de la Marina replica Pozos Dulces, como director, en el notable artículo de 25 de marzo de 1865, aprobado por el comité que Morales Lemus presidía. Con esa declaración doctrinal nació, según Enrique Piñeyro, el partido reformista.

La ocasión favorable que los cubanos necesitaban la ofreció el mismo general Serrano, entonces senador, con un discurso en las Cortes, señalando la urgencia de reformas políticas de Ultramar. Con motivo de esas palabras, y teniendo previamente la anuencia de Dulce, los reformistas dirigen a Serrano una carta que firman 24 mil cubanos. Más tarde, en la misma Junta de Información, uno de los irreductibles opositores (Alarcón) iba a decir que el documento estaba suscrito por "infinidad de mulatos, proletarios y gente de todas condiciones". Pero eso que en nada le hubiera privado de su fuerza no era cierto. Quienes se dirigían a la Reina por intermedio de Serrano eran los marqueses de Duquesne y Montelo, los condes de Casa Bayona, Cañongo y Santovenia, Domingo y Miguel de Aldama, Pozos Dulces y Miguel Zambrana. Y su solicitud se ceñía a "Reformas económicas, abolición de la trata y representación en la Cortes". Puntos los tres que "comprenden y señalan las más urgente necesidades que aquejan a este país".

La respuesta levantada y cordial de Serrano excita la ira de los españolistas intransigentes. El 28 de julio de 1865 se dirigen a la Reina, oponiéndose a la petición cubana. La trata, según ellos, ha concluído desde hace largo tiempo. Los criollos son incapaces para gobernarse. Toda reforma haría necesario equiparar a blancos y negros libres, promoviendo el consiguiente problema social. La esclavitud, aducen por último, hace imposible cualquier cambio en el sistema político. Esa carta permite a los cubanos dirigirse a la Reina y recordarle sus promesas. Atacan con vehemencia a los anti-reformistas "que sólo buscan la saciedad de sus designios". Y al expresarle a la soberana que las nuevas leyes especiales que Cuba requiere "no pueden estar reñidas con el espíritu liberal del siglo", aseguran que la esclavitud no es obstáculo alguno "porque ya pasó el tiempo en que Cuba y Puerto Rico temblaban ante la idea de llegar a ser africanas".

Será oportuno interrumpir aquí el curso cronológico, para explicar el sentido de esta última frase. Hasta ahora ha parecido, en efecto, incomprensible que los propietarios cubanos que, por conservar sus esclavos accedían al anexionismo, se dispusieran súbitamente a perderlos, sosteniendo la abolición en la Junta del 67, y dándoles luego libertad en la Guerra de los Diez Años. Pero aunque hay en esos gestos mucho de noble ideal, intervienen en ellos sutiles motivaciones económicas. Carlos Sedano, en su documentadísimo libro Cuba desde 1850, reconoce que ya a mediados del siglo se considera por todos la extinción de la esclavitud como "cosa de tiempo y de medios". Al decretar la libertad de sus negros, los E. U. definían también el porvenir de los esclavos criollos. Pero no es eso todo: el informe de nuestros comisionados en la Junta y los datos de Don Juan Poey, rico hacendado, nos demuestran que ya entonces la esclavitud resultaba, como forma económica, opuesta al desarrollo de la agricultura, ocasionando una inversión escesiva del capital. Los abolicionistas del 67 y 68 en lo adelante no hicieron más que reconocer un hecho histórico ineludible.

La campaña reiterada en pro de las reformas produjo al fin, el 25 de noviembre de 1865, un Decreto Real ordenando que se abriese en Madrid una información sobre las modificaciones que debían adoptarse en la política y la economía de Cuba y Puerto Rico en el preámbulo a ese decreto, Cánovas reconoce que la unidad nacional no excluye las diferencias naturales ni la diversidad de estado económico y social. Señala el avance científico y literario que se hace notar en las Antillas y sus riqueza actuales. Todo esto — concluye— hace necesario que los hombres más entendidos de España y las Antillas aconsejen las reformas que, dejando intacta la unidad nacional, la unidad de la corona y la unidad religiosa, sienten de modo definitivo: 1) los principios que deben regular las leyes especiales para el gobierno de Cuba y Puerto Rico. 2) la reglamentación del trabajo de la población de color y la asiática y de los medios de facilitar la inmigración más propia al clima. 3) los tratados de navegación y comercio que conviene realizar con otros países, y reformas que deben adoptarse en el régimen aduanal y de impuestos.

Los medios de llevar a cabo esa información eran, en verdad, los más opuestos al interés verdadero de las Antillas. Junto a veintidós comisionados insulares. 16 por los ayuntamientos cubanos y 6 por los de Puerto Rico —el gobierno nombraría otros veintidós hombres de representación, elegidos entre los antiguos gobernadores y funcionarios de la Isla. Es decir, entre aquellos que más habían contribuido a oprimirnos. Esta unión —dice Porfirio Valiente— constituía una "amalgama que destruyó por su base el carácter de la delegación cubana y puertoriqueña".

Aunque en su carta privada al general Dulce, Cánovas habla de la dificultades que había encontrado en los conservadores para aprobar aun tan deficiente decreto, su actitud posterior en las guerras de Cuba nos hace sospechar que parte de la política antirreformista que aquel contenía fue sin duda obra suya.

Los cubanos, nada remisos a evitar cualquier actitud discordante, no pudieron sin embargo. acallar su protesta. Saco, que acababa de rehusar el puesto que a nombre del gobierno le ofreciera Serrano, entre los comisionados de nombramiento real, anuncia a sus amigos de Cuba que no aceptará el cargo aunque los ayuntamientos cubanos lo designen. El partido reformista entero oscila entre el retraimiento y la lucha; pero al fin— como José Manuel Mestre lo comunica al bayamés—, no obstante considerar el decreto "un subterfugio para ganar tiempo sin resolver nada", opinan que les da oportunidad siquiera para exponer ante el mundo las legítimas quejas de la nación cubana.

Un nuevo elemento vino a aumentar aquellas. No contento con anular la verdadera representación popular, añadiendo los comisionados de nombramiento real el Gobierno altera las bases de elección en los ayuntamientos. Hasta entonces, los electores estaban divididos en cuatro grupos, que en La Habana se repartían en 112 puestos:

38 por la riqueza rústica y urbana
37 por la industria y comercio
37 por las profesiones y capacidades.

El nuevo decreto distribuye los 112 electores concediendo:

28 a la riqueza rústica y urbana
28 a la industria
28 al comercio
28 a las profesiones y capacidades.

La intención era simpre y fácilmente perceptible. Los cubanos, como ya hemos visto, se agrupaban en propietarios —rústicos y urbanos— y profesionales. Al privar de 19 electores a ambos grupos se reforzaba a los intrasigentes españoles reclutados entre la nueva clase de electores comerciantes que se creaba. Esto lo puso de relieve la mayoría cubana del ayuntamiento habanero en la moción presentada por el conde de Pozos Dulces. Al jefe reformista, el decreto le parecía de una injusticia evidente, al equiparar en derechos a factores tan distintos en la riqueza del país como la agricultura y el comercio. La riqueza territorial —dice— es el ancho y robusto cimiento de nuestra constitución económica... El comercio en Cuba no se dilata sino en dependencia y con proporción al cultivo de la tierra.

Pero todo argumento carecía de validez ante la obstinación peninsular. Y los cubanos tuvieron que concurrir a las elecciones en condiciones notoriamente desventajosas. A pesar de ello y tal vez por ello —ya que la agresión agrupó apretadamente a todos los inconformes— su triunfo fue decisivo. Más de la mitad de los 16 elegidos pertenecían al reformismo, entre otros Morales Lemus, Pozos Dulces, Echeverría, Caso y Calixto Bernal.

Las conferencias de la Junta de Información, abierta el 30 de octubre de 1866, confirman desde su inicio la deserperanza de cubanos y puertorriqueños. A los comisionados se les entrega el cuestionario sobre la esclavitud e inmigración. Violando el decreto de convocatoria, se aplaza el cuestionario político. No importa Morales Lemus apunte, en protesta, que para resolver el problema de la esclavitud era necesario previamente determinar el régimen político que las islas iban a tener, ya que ambos estaban jerárquicamente determinados. A pesar de que la incongruencia resaltaba, nuestros representantes se vieron obligados a dictaminar primero sobre la cuestión esclavista.

Desde ese instante se produce en la Junta la escisión inevitable, entre abogados de la reforma y centralistas cerriles dirigidos por el desdichadamente conocido Vázquez Queipo. Como el cuestionario presentado se encaminaba, todo él, a la preservación de la esclavitud y a favorecer su incremento, tres de los cuatro puertorriqueños declararon sin miedo que: los delegados de Puerto Rico demandan hoy como siempre la abolición de la esclavitud, con o sin indemnización, si no puede hacerse de otro modo. A ese voto se adhirieron los cubanos en lo que a Puerto Rico se refería, haciendo la salvedad de que en Cuba la libertad no podía venir súbitamente, debido a condiciones sociales específicas, pero prometiendo presentar un plan de abolición gradual, que en efecto, sometieron a una de las juntas finales.

Ante esa conducta se indignaron Vázquez Queipo y los suyos, así como algunos de los representantes de las islas: Zeno, puertorriqueño y Armas, que a pesar de ser cubano, era visto con recelo por sus compatriotas antes de la elección. Unos y otros pretendieron que mencionar la abolición era ya provocar levantamientos en las Antillas; trataron de aducir en su favor el testimonio de los propietarios de los esclavos, pero les salió al paso el hecho de que quienes pedían esa libertad eran hombres que poseían gran número de ellos y a quienes respaldaban previas deliberaciones de un grupo de propietarios cubanos. Ese encuentro preliminar continuó en las 34 conferencias celebradas. Con motivo de un voto particular sobre inmigración, redactado por Azcárate —uno de los pocos reformistas de la Junta que jamás fue partidario de la independencia— se quiso ver agresividad de los cubanos hacia el gobierno constituído de la Metrópoli. Podría decirse que sólo la actuación del señor Oliván que presidía las deliberaciones, evitó un rompimiento entre ambos grupos.

El interrogatorio económico no suscitó muchas discrepancias. Todos estuvieron conformes en que los impuestos y cargas de Cuba y Puerto Rico estaban desigualmente distribuídos y que, además, España tenía que alterar un sistema encaminado hasta entonces, no a favorecer el desarrollo industrial y mercantil de las islas, sino a nutrir el tesoro madrileño. El escaso tiempo de que disponemos impide examinar el verdadero sentido de las modificaciones que se propusieron; pero habrá que decir tangencialmente que se dirigían a librar a los propietarios criollos —dueños de la riqueza agrícola— de los gravámenes que los ahogaban, trasladando a la industria y al comercio la parte proporcional de los impuestos que legítimamente debían compartir.

Ya se sabe que se recomendaron dos sistemas como alternativas: bien el libre comercio, la supresión de aduanas, del impuesto de exportación —tan lesivo a los azucareros—, y del monopolio de harinas ,estableciendo para sustituirlo un impuesto uniforme de 6% sobre la renta líquida de los habitantes de las islas. O bien, si no se adoptaba esta fórmula era precisa la disminución de todos los impuestos y aranceles.

Tres días después de aprobadas dichas conclusiones y sin que por consiguiente pudiera haberlas estudiado el gobierno español, aparece un decreto en que se demuestra ya a qué burla iban a ser sometidos los representantes de Cuba y Puerto Rico, y de qué modo se defraudarían los anhelos insulares. En vez de elegir entre uno de los términos de aquella alternativa, se ponen en vigor, con sus previsibles consecuencias, ambos métodos. Consérvanse las aduanas y apruébase a la vez, un impuesto del 10% sobre la renta líquida del país.

No sin contener su ira, los reformistas en una moción de Morales Lemus, protestan de atropello semejante. El decreto —manifiestan— contradice el sentido mismo de aquellas conferencias. Si va a alterar el sistema político; si en lo adelante, como se pide justamente, los propietarios de las Antillas, a quienes toca pagar los impuestos, van a tener derecho de votar y acordar por sí mismos los presupuesto y las cargas, no es posible admitir que continúe el viejo y fatal método de obligarles a contribuir en gravámenes cuya injusticia ya ellos han señalado. La Isla va a pagar más, según ese decreto, —dice Morales Lemus— y demuestra estadísticamente que los agricultores y azucareros se verán arruinados, y que el único fin de las nuevas cuotas es el de recaudar para España once millones de pesos fuertes más que con las antiguas. Pide en suma, que se suspenda la publicación del decreto en las Antillas, porque va a producir un profundo descontento, si no se le acompaña de las otras reducciones de impuestos que se promete, pero que no se ponen en vigor al mismo tiempo. Además, exije que se publiquen los dictámenes de los comisionados, porque del texto del decreto se deduce que el nuevo 10% obedece a sugerencia de la Junta, cuando en realidad se impone contra su parecer. Sólo esa publicación puede proclamar la defensa que de sus representados han hecho los reformistas de Cuba y Puerto Rico.

A esa mesurada protesta, respondió el Ministro de Ultramar, el conservador Castro —por medio de su secretario, advirtiendo que los nuevos impuestos eran sólo el preliminar de una reforma tributaria que se realizaría según las normas pedidas por la Junta; modificación que, desde luego, no se efectuó jamás.

Análoga suerte correspondió a las recomendaciones sobre reformas políticas. Cubanos y puertorriqueños pidieron que se respetara en las islas el disfrute de los derechos individuales vigentes en España, que se fortaleciera la autonomía municipal, que se establecieran Diputaciones Provinciales, dividiendo la Isla en 6 provincias; y sobre todo, que se reintegraran los representantes antillanos a las Cortes Españolas, de las que habían sido apartados y se instaurara una diputación, como órgano legislativo especial de ambas islas, con facultades para determinar todo lo relativo a impuestos, instrucción pública, libertad de prensa, tribunales, tratados comerciales, comunicaciones, etc. Es decir, una cámara insular de tipo moderadamente autonómico.

Frente a ese programa alzó el suyo Vázquez Queipo. Recomendaba la persistencia en el centralismo, añadiendo sólo la constitución de un cuerpo consultivo de Ultramar que residiría en la Península y del que formarían parte algunos representantes antillanos.

No hay que añadir que en la sesión de la clausura de la Junta, el 28 de abril de 1867, el Ministro de Ultramar se pronunció por la fórmula de Vázquez Queipo.

De lo expuesto, bien podrá colegirse el efecto político que en Cuba hubo de producir el fracaso de la Junta de Información y la actitud aviesa de los gobernantes españoles. Como apuntaba al comienzo y Enrique Piñeyro lo ha confirmado —el reformismo no fue un movimiento popular, sino de las capas sociales más interesadas en lograr mejoras inmediatas en lo político y en lo económico. Pero el comportamiento de los delegados cubanos, su defensa magnífica de nuestros intereseses, la propaganda que se hizo necesario realizar por las reformas y en contraste, la decisión española de no transigir, hicieron que cundiera en la Isla el ánimo separatista y que el grupo de cubanos que de tal modo había demostrado ser leal a su tierra se convitierse, en su mayor parte, en fomentador de la guerra del 68. El movimiento reformista fue, pues —es válido decirlo— un fermento revolucionario, y sus hombres nos dieron una enseñanza política muy aprovechable, de cómo sirve la legalidad para convencer a los pueblos de la idea revolucionaria, cuando la paz se hace imposible.

EL ANEXIONISMO ANTES DE 1868

POR SERGIO AGUIRRE

Los anexionistas perseguían la finalidad de poner fin en Cuba a la dominación española para lograr que la Isla fuera incorporada a los Estados Unidos como un Estado más. Hubo también, en algún momento histórico, anexionistas que abrigaron la intención de que nuestro país, tras romper sus lazos tradicionales con España, entrase a formar parte de Colombia, o quizás de México; pero tal aspiración fue circunstancial y duró muy breve tiempo. Lo que sí constituyó una corriente permanente en el pensamiento anexionista fue el propósito de que Cuba entrase a formar parte de los Estados Unidos. Y como este criterio de ciertos cubanos coincidió con la aspiración de los políticos norteamericanos del siglo XIX a adueñarse de la Isla, no es raro que a lo largo de la citada centuria tuvieran lugar en Cuba diversas actividades favorables a la anexión. Ellas partieron a veces de los anexionistas cubano, mas otras veces tuvieron su origen en la ambición de los anexionistas norteamericanos. Vamos a estudiar tales actividades, tratando de ordenarlas lo mejor posible.

Ya en 1805 hizo Jefferson manifestaciones que indicaban el propósito norteamericano de adueñarse de Cuba. Y cuatro años más tarde, en 1809, llevó a cabo la primera intentona concreta. Aprovechando que el pueblo español estaba en guerra con los franceses desde el año anterior para evitar que le impusiesen como rey a José Bonaparte, el Presidente de los Estados Unidos envió extraoficialmente a Cuba un agente suyo, James Wilkinson. Wilkinson propuso a Someruelos, Gobernador de Cuba, que facilitase el traspaso de la Isla de la soberanía española a la norteamericana. Tiene que haber existido en esto, sin duda, una tentativa de soborno. Someruelos rechazó indignado la proposición e informó de ella a la Junta Central, que dirigía en España la lucha popular contra los franceses. El asunto se supo en todas las esferas internacionales. Y se dio el caso de que las dos naciones europeas que mantenían entre sí una lucha encarnizada —Inglaterra y la Francia de Napoleón— presentasen simultáneamente protestas diplomáticas ante el Gobierno norteamericano. El Presidente Madison, que había sustituido a Jefferson en 1809, respondió que Wilkinson carecía de facultades para hacer tal proposición a Someruelos y que había actuado por su propia cuenta. El asunto quedó ahí. No obstante, los políticos nortemericanos comprendieron que la actitud de Inglaterra y de Francia —sobre todo de la primera— iba a ser el principal obstáculo para que Cuba pasara a manos de los Estados Unidos.

A pesar de ello, dos años después, en 1811, fue enviado a la Isla otro agente norteamericano: William Shaler. Shaler trabó contacto con elementos anexionistas de Cuba y comenzó a conspirar en favor de la anexión, mientras simulaba estar dedicado a labores de comercio. Mas, Someruelos tuvo noticias de esto y expulsó a Shaler del país. Así, con Wilkinson primero y con Shaler después, se iniciaron en Cuba las actividades anexionistas.

En el período de 1820 a 1830, de gran fuerza independentista en la Historia de Cuba, se produjeron algunos hechos de finalidad anexionista. En 1822, a la vez que se extendía por gran parte de la Isla la conspiración independentista de "Soles y Rayos de Bolívar", un grupo de anexionistas cubanos trató de conseguir respaldo activo del Gobierno de los Estados Unidos. Para ello fue enviado a Norteamerica un emisario, que actuó en la Unión bajo el seudónimo de "Mr. Sánchez" pero cuya verdadera identidad se desconoce aún. "Mr. Sánchez" hizo llegar al Presidente Monroe, que había sustituido a Madison en 1817, la petición de ayuda que le hacían los anexionistas cubanos. El asunto fue discutido con mucho detenimiento, poniéndose de relieve con ello el fuerte interés de los políticos norteamericanos por quitarle la Isla a España. Sin embargo, en el Gobierno estadounidense prevaleció el criterio de que cualquier intento de apoderarse de Cuba daría lugar a una guerra con Inglaterra, cuya ambición sobre la Isla era bien conocida. Había que esperar una oportunidad más propicia: había que esperar, según se dijo algún tiempo después, a que la "fruta estuviese madura". "Mr. Sánchez", por tanto, no tuvo éxito en sus gestiones. Mas, a partir de entonces se hizo patente que Cuba era una presa posible, codiciada simultáneamente por Inglaterra y Estados Unidos.

Los anexionistas cubanos de 1822 abandonaron su intento. Al año siguiente, en 1823, tuvo lugar la célebre declaración de política exterior hecha por el Presidente Monroe y que ha sido conocida por el nombre de Doctrina de Monroe. Ella vino a demostrar que ya los Estados Unidos empezaban a considerar al continente americano como una esfera de influencia que les pertenecía y que no debía serles disputada por las potencias europeas.

Esas eran las razones en favor de la anexión que pudiéramos llamar comunes, por ser gratas a todos los anexionistas. Existían razones profundamente contradictorias entre sí, que hacían posible que cubanos de intención progresiva simpatizaran con la anexión, mientras otros de pensamiento reaccionario también simpatizaban con ella. A los cubanos blancos amantes del progreso, les resultaba muy satisfactorio el clima de libertades democráticas que caracterizaba por entonces la vida de Norteamérica, en lo que se refiere a la población blanca. Los negros, evidentemente, no disfrutaban semejante clima en los Estados Unidos. Pero sí gozaba de él la población blanca, lo cual constituía un contraste muy fuerte con el régimen opresivo de "facultades omnímodas" que en Cuba tenían que soportar hasta los blancos más ricos y prominentes. A ciertos cubanos de intención progresiva les lucía indiscutible que Cuba gozaría como Estado de la Unión de un clima de libertades para su población blanca al cual era inútil aspirar mientras la Isla fuese una colonia de España. En cambio, muchos cubanos de pensamiento reaccionario tenían otra razón bien diferente para simpatizar con la anexión. Para ellos lo fundamental era que la esclavitud quedaría mucho mejor garantizada en nuestro país si la Isla se convertía en un Estado de Norteamérica.

Los hacendados cubanos no vinieron a ser partidarios de la abolición sino después de 1860 y aún entonces reclamaron que la abolición se hiciese gradualmente y mediante indemnización a los propietarios de esclavos. Recuérdese, asimismo, que la esclavitud no fue abolida en los Estados Unidos sino hacia el final de la Guerra de Secesión que allá se desarrolló de 1861 a 1865. De modo que hacia 1845 los productores cubanos, en su conjunto, recibían con indignación la idea de que la esclavitud cesara. Y, desgraciadamente para ellos, la poderosísima Inglaterra, iba acorralando a la débil España del siglo XIX con exigencias encaminadas a lograr que la esclavitud fuera liquidada en Cuba. Los productores cubanos temían que en cualquier momento el Gobierno de Madrid cediera a las exigencias inglesas y decretara la abolición.

Si esto llegaba a suceder, se derrumbaría de golpe toda la riqueza de los hacendados cubanos, cimentada en el trabajo esclavo. Tal peligro desaparecía, en cambio, si Cuba cortaba sus lazos políticos con la Península y entraba a formar parte de los Estados Unidos, que no eran, como España, un país débil, obligado a hacerle concesiones a Inglaterra, sino, por el contrario, una nación cada vez más fuerte, en la cual la esclavitud parecía destinada a existir eternamente. En los estados del Norte de la Unión no había esclavos, prácticamente, mas sí existían y habían existido siempre en los estados del Sur, que eran los más próximos a la Isla. Los cubanos esclavistas, y hasta muchos españoles esclavistas vieron, pues, la incorporación de Cuba a los Estados Unidos como el único medio de evitar la ruina.

En realidad, éste fue el más poderoso de todos los motivos que impulsaron al anexionismo en la Isla durante estos años. Fue el motor que arrastró a muchos cubanos acaudalados, y hasta a españoles, a conspirar en favor de la anexión, aunque para ello tuvieran que arriesgarse a las persecuciones de la dominación española.

EL CLUB DE LA HABANA

Hacia 1847 se integró en La Habana una sociedad secreta de fines anexionistas, controlada por cubanos muy ricos, que se mantuvo activa en tareas conspirativas durante estos años que estamos estudiando: se llamó el Club de La Habana. Primero el Club trató de obtener que España cediera pacíficamente su soberanía en la Isla a cambio de varios millones de pesos que el Club le daría como indemnización. Luego, cuando los integrantes del Club de La Habana perdieron tal esperanza, trataron de conseguir, mediante dinero, que algún general norteamericano organizase una expedición en el extranjero y viniese con ella a echar a los españoles de Cuba. Les fracasó esta combinación hacia 1848, después que habían contratado los servicios del general norteamericano Worth. Digamos de paso que idéntica frustración se repitió en 1854, tras haber contratado los servicios del general norteamericano Quitman. No podemos extendernos en detalles de estas negociaciones, ni en la referencia pormenorizada de los distintos movimientos anexionistas que por entonces se produjeron. Pero vamos a mencionar los hechos principales en que se tradujo la agitación anexionista de estos años.

En 1848 fue descubierta en Las Villas una conspiración que mantenía conexiones con el Club de La Habana. Se le ha llamado conspiración de Manicaragua o de la Mina de La Rosa Blanca. Tenía como jefe a Narciso López, ex general y ex mariscal de campo del ejército español, venezolano de nacimiento, quien pudo escapar a los Estados Unidos. En Norteamérica se editó durante varios años, en español, el periódico anexionista "La Verdad" que tenía como principal ideólogo al camagüeyano Gaspar Betancourt Cisneros "El Lugareño". Dicho periódico era introducido y distribuido en Cuba clandestinamente. Los anexionistas obtuvieron un gran respaldo en los estados esclavistas del Sur de los Estados Unidos, pero no obtuvieron el menor apoyo en los del Norte. Desde la ciudad sureña de Nueva Orleans trajo Narciso López, en 1850, una expedición integrada casi exclusivamente por norteamericanos a sueldo. Esa expedición desembarcó en Cárdenas el 19 de mayo de 1850 y tomó por unas horas la ciudad, haciendo ondear en ella la bandera que López traía, que hoy es la bandera nacional. Mas, López tuvo que reembarcar a su gente y huir a los Estados Unidos tras haber apreciado que los cubanos no se mostraban dispuestos a sumársele.

En 1851 se produjeron casi simultáneamente dos alzamientos anexionistas en la Isla. Uno tuvo lugar en el Camagüey, relativamente cerca de la ciudad de Puerto Príncipe (hoy Camagüey), capitaneado por Joaquín de Agüero, que era quizás el menos esclavistas de los anexionistas; surgió este brote el 4 de julio. El otro alzamiento se efectuó en Las Villas, cerca de la ciudad de Trinidad, encabezado por Isidoro Armenteros, el 24 del propio mes. Ambas intentonas terminaron desastrosamente, después de chocar los alzados en uno y otro lugar con tropas españolas. Joaquín de Agüero y tres de sus compañeros fueron ejecutados en Puerto Príncipe en agosto de 1851, mes en que fueron ejecutados también, en la jurisdicción de Trinidad, Isidoro Armenteros y dos de sus compañeros. Simultáneamente con las ejecuciones de Agüero y Armenteros se producía en la actual provincia de Pinar del Río el desembarco de una segunda expedición de Narciso López, integrada principalmente, como la anterior a Cárdenas, por soldados mercenarios, por norteamericanos a sueldo. Batida encarnizadamente por tropas españolas, la expedición de López se desintegró y su propio jefe cayó en manos del enemigo. Antes de ejecutar a Narciso López, los españoles fusilaron cincuenta expedicionarios extranjeros que habían capturado; entre ellos al segundo jefe de la expedición, coronel William L. Critteden, miembro de una rica familia del Sur estadounidense. A Narciso López le dieron garrote en La Habana el primero de septiembre de 1851.

En 1852 fue descubierta otra conspiración anexionista: la llamada conspiración de Vuelta Abajo, que intentaba producir un alzamiento en la zona de Candelaria, en la actual provincia de Pinar del Río. La dirigían el Conde de Pozos Dulces —más tarde director del periódico reformista "El Siglo"— y el abogado Anacleto Bermúdez. Y se produjo otro hecho muy relacionado con la conspiración de Vuelta Abajo: el descubrimiento del lugar donde se editaba clandestinamente, en La Habana, el periódico de los conspiradores "La Voz del Pueblo Cubano". Ello costó caro a un joven tipógrafo detenido en la imprenta clandestina: Eduardo Facciolo. Fue condenado a muerte y ejecutado.

Dos medidas dictadas por Pezuela atemorizaron y excitaron de nuevo a los anexionistas. Consistió una de ellas en facilitar ciertas investigaciones encaminadas a saber qué esclavos habían sido introducidos en la Isla después de 1820, o sea, clandestinamente. El pánico entre los esclavistas fue enorme, pues hacia 1854 casi no quedaban esclavos en Cuba que hubieran sido introducidos antes de 1820. Y la otra medida de Pezuela consistió en anunciar que iban a reclutarse batallones de "pardos y morenos" —mulatos y negros libres— en número que excedía de siete mil hombres. Los esclavistas no dudaron que Pezuela proyectaba apoyarse en esa tropa para proclamar más adelante la abolición de la esclavitud. Todos los espíritus conservadores, en consecuencia, vieron las actividades anexionistas como la única tabla de salvación para la esclavitud y el "orden", en tanto que Pezuela aparecía a sus ojos como una expresión de radicalismo desenfrenado que pretendía desembocar en la abolición.

En buena parte eran infundados tales temores; y exageradas las esperanzas que se ponían en la ayuda de Pierce. Ello no fue obstáculo para que se organizara en la Isla, hacia 1854, una nueva y recia conspiración anexionista. Tenía como jefe al español Ramón Pintó y debía actuar en coordinación con una expedición invasora, de soldados mercenarios, que iba a ser traída a Cuba por el general norteamericano Quitman. Sin embargo, todo fracasó. Las pugnas internas de la Unión, entre el Norte y el Sur, obligaron a Pierce a prohibir la salida de la expedición de Quitman, quien abandonó la empresa. En la Isla fue descubierta la conspiración por el capitán general Concha, que había sustituido a Pezuela. Ramón Pintó fue ejecutado en La Habana, en 1855, lo mismo que Narciso López en 1851: murió en el garrote. Todavía se produjo una nueva intentona anexionista cuando el joven matancero Francisco Estrampes introdujo por Baracoa, en ese propio año, un cargamento de armas. Fue descubierto y ejecutado.

LAS DESVENTURAS DEL AUTONOMISMO

POR JAIME SARUSKI

Esta agrupación (el Partido Autonomista), *que durante mucho tiempo gravitó sobre el espíritu cubano, hubo de amasar con las cenizas de la guerra un ideal hermafrodita...*"

Nicolás Heredia (1896)

Como los cuervos, el Partido Liberal Autonomista hizo su entrada en la Historia alimentándose con los despojos de la Guerra de los Diez Años. Por más de tres lustros, la presencia de los autonomistas en la vida pública cubana, representó la estampa descolorida de la ambigüedad. Hijo de la guerra, el autonomismo fallecería al iniciarse una nueva guerra. Producto de la agudización de las contradicciones entre la burguesía azucarera criolla y la dominación española, los autonomistas se moverán en espiral, sin lograr salir jamás del propio círculo negativo en que se han encerrado.

Tal parece que la realidad no existía para los autonomistas. En Cuba, en 1878 y en los años posteriores, parecía, según la visión política de los autonomistas, que todo estaba quieto. Diríase que ellos veían a los esclavos, los libertos, los artesanos y obreros como una gigantesca estatua de mármol negriblanco. En su imprevisión y estrechez de miras, estaban construyendo, deliberadamente o no, la magna apología de la inmovilidad.

"Ni en la Naturaleza ni en la Historia son posibles esas apariciones fantasmagóricas, esas transformaciones milagrosas con que sueñan algunos", afirmó Rafael Montoro, una de las cabezas pensantes del Autonomismo. Y sin embargo, fue posible una "aparición fantasmagórica", la "transformación milagrosa" con que soñaban muchos, la Guerra de Independencia, y el autonomismo feneció.

El Autonomismo coincide, al surgir, con un impulso en el crecimiento y mecanización de la industria azucarera. La producción se duplicó —de medio millón a un millón de toneladas—, entre el fin de la Guerra de los Diez Años y el inicio de la Guerra de Independencia, precisamente, el lapso que duró el autonomismo. Fue de este modo cómo los capitalistas cubanos, especialmente los hacendados, al aumentar el volumen de la producción, fueron aumentando también su dependencia del mercado norteamericano. No en balde entre otros puntos del programa autonomista aparecía "la reforma de los aranceles, con desaparición de los derechos diferenciales", además de plantear "la supresión del derecho de exportación de todos los productos cubanos; la rebaja de los derechos que pagaban en las Aduanas españolas los azúcares y mieles de Cuba y la celebración del tratado de comercio entre España y las naciones extranjeras, particularmente con los Estados Unidos, basados en una completa reciprocidad arancelaria entre aquélla y ésta".

O sea, que los autonomistas —casi todos intelectuales que asumían actitudes aristocratizantes—, recogían la plataforma de los azucareros y la integraban en su programa.

La rebeldía cubana no había desaparecido con el Pacto del Zanjón, pero los autonomistas se aferraban a él como la sanguijuela salvadora. Sin embargo, se atribuían éxitos —conquista de ciertas libertades y derechos—, que ya se habían obtenido previamente porque eran algunos de los "logros" del Zanjón.

Se decían **autónomos**, pero dentro del sistema español. La autonomía entrañaba hostigar al opresor, pero sin abandonar su condición de oprimido. Su oposición al régimen era decente, cortés —único modo admitido de "oponerse"—. Es sorprendente el apego de los autonomistas a las palabras tranquilizadoras.

"...esos partidos (los partidos conservadores), en suma tienen la alta misión de unir el hoy al ayer, el presente al pasado para que las transiciones nunca sean violentas ni inseguras", dijo Montoro. Como se ve, eran indispensables la quietud y la seguridad... dentro del colonialismo español. O Fernández de Castro, otro destacado autonomista, que afirmaba: "...nuestra salvación está en consolidar el orden dentro de nuestras poblaciones". Hacía falta orden de modo que el hierro colonial debía permanecer intacto sobre la Isla que aspiraban a autonomizar.

Los términos Autonomía y Revolución eran irreductibles. Por eso los que abogaban por la obtención de la primera tenían como único aliado el tiempo y la concepción inmutable de la Historia. No podían pensar de otra manera. La Revolución era la "violencia", el "desorden", la "inconstitucionalidad", la "inseguridad". Ellos se adherían a los principios acordados en el Zanjón —la paz en la claudicación. Y como el único terreno en que el autonomismo suponía que podía germinar era el de la paz, pues hacían suyas las concesiones coloniales ignorando que el Zanjón conllevaba en su propio seno, junto con la paz, el embrión de la insurrección independentista.

El Autonomismo, a pesar del vuelo que quisieran imprimirle sus orientadores, estaba predestinado a una vida breve desde su propia aparición. Aspiraban a reformas aritméticas en un pueblo que tenía necesidades geométricas. Lo peor era que los autonomistas siempre fueron renuentes a interpretar con objetividad las ciencias exactas, y las ciencias sociales también.

Pretendían arrogarse la representación de un pueblo en el cual veían carencia de educación y disciplina, virtudes que estimaban necesarias en una comunidad que, según su modo de observación estático, carecía por completo de tradiciones y costumbres. Como si toda la primera mitad del siglo XIX erizada de sobresaltos de independencia y la Guerra de los Diez Años, no fueran la prueba rotunda de la disciplina y la toma de conciencia que plasmaban toda una sucesión de tradiciones y costumbres ya arraigadas.

Tal vez de esa concepción distante de la realidad cubana de su época venga la anglomanía quisquillosa de los autonomistas. "En ellas —dice Montoro acerca del régimen de autonomía colonial inspirado en las instituciones políticas inglesas—, admiramos algunas de las más brillantes realizaciones de nuestro programa..." Pero a esta afirmación responde Nicolás Heredia cuando dice: "**La Historia ha dicho siempre de un modo terminante que, en materia colonial, para convencer a esa nación es preciso intimidarla**", y luego añade: "Una oposición ceremoniosa y circunspecta al estilo británico le importa tanto (a esa nación), como a un chino un trozo de la Iliada".

Con una visión restringida, pétrea, de su propia realidad, los autonomistas alzaban las pupilas buscando un asidero exterior donde poder sostener el armazón frágil de las contradicciones en que se debatían. Pretendían emplear en Cuba el esquema utilizado por los ingleses en Canadá sin que existiera en nuestro país razón histórica, política o económica alguna para que el ensayo anglosajón en su dominio tuviera el mismo éxito aquí.

Detrás de la aparente coherencia teórica del Autonomismo se mueve un grupo de hombres de los más diversos orígenes y del más heterogéneo pensamiento. "Reformistas ortodoxos —dice Nicolás Heredia—, que tomaron la guerra como un paréntesis terrible; muchos hombres también procedentes de contrarias escuelas y campos bien lejanos; el español de piel morena —ejemplo bastante raro en la colonia; el caudillo insurrecto que aún llevaba en la cintura el machete ensangrentado, el anglómano que ideaba hacer de Cuba un Canadá cuando antes se imponía hacer de España una Inglaterra; el joven educado en la península; el patriota ferviente, pero cauto; el frustrado anexionista; los indefinidos y los neutros". Todo este disímil elenco se había unido de pronto al conjuro optimista de la paz.

Muertos o ausentes muchos de los principales jefes de la Guerra de los Diez Años; extenuada y arruinada la burguesía azucarera de las provincias orientales, el Partido Autonomista surge precisamente el 10 de febrero de 1878, con el Zanjón, como origen y programa de un partido político cubano. En 1881 el Partido, además del apelativo Liberal, añade el de Autonomista. Originalmente consideraban al Padre José Agustín Caballero como su inspirador y precursor intelectual. Fue éste quien redactó y envió a las Cortes de Cádiz, en 1811, un proyecto de Autonomía Colonial.

En el programa original, los Autonomistas plantean la cuestión social limitando su aspiración —las aspiraciones autonomistas siempre fueron muy limitadas—, a que el gobierno presentara a las Cortes un proyecto de ley de emancipación indemnizada de los que quedaran en servidumbre después del planteamiento de dicha ley; a la reglamentación simultánea del trabajo de color libre y educación moral e intelectual del liberto; y al fomento de la inmigración blanca exclusivamente, dándole preferencia a la que se hiciera por familias.

Es evidente que el cordón umbilical que ata a los autonomistas a la metrópoli estaba mucho más apretado de lo que ellos mismos —y aún a pesar de ellos—, suponían. Requerían en su propio programa una Cuba **blanqueada** —aunque fuera de colonos peninsulares... a los cuales pedían la autonomía. Detrás de esta actitud se esconde un temor patológico a las transformaciones, puesto que el negro de aquel momento de entre dos guerras —ya fuera esclavo, liberto, libre o discriminado—, era por esencia y llevaba consigo la semilla revolucionaria. La sola presencia del negro en aquella sociedad era una condena implícita de aquella misma sociedad.

En fin, que los autonomistas con sus Diputados a las Cortes perdieron su tiempo —¿o lo ganaron, puesto que tal vez perder el tiempo para los autonomistas era un modo de ganarlo?—, "sin lograr —como dice Guiral Moreno—, ninguna transformación sustancial en el régimen de desigualdad, de injusticia y de opresión implantado como sistema de gobierno en nuestra Isla".

Hundido en su presente, sin futuro, el Partido Autonomista era básicamente tradicional. Lo que era útil para el Padre Caballero en 1811, también les era útil a los autonomistas en la segunda década del siglo XIX. Se decía ser un partido cubano, pretendía ser un partido cubano, pero reconocía la soberanía de la metrópoli. La ambigüedad, el "dualismo" —como le llamara Nicolás Heredia—, el Autonomismo, que era una constante de aquella formación política desde que nació hasta sus últimos días calcinados por el viento crudo de la Revolución del 95, se debía fundamentalmente al temor. El Partido Autonomista era una agrupación unida en el temor. Temor a la guerra, temor a los esclavos rebeldes y a los esclavistas exigentes, temor a la metrópoli brutal, temor al negro, temor a la violencia. El temor recorre el espinazo autonomista como un escalofrío persistente. No aceptaban la colonia al desnudo, pero admitían y estaban obligados a admitir sus reglas y sus leyes impúdicas. No querían el coloniaje, pero entraban en el juego inocente de las Cortes y el parlamentarismo colonial.

Influidos por toda una larga tradición tribunicia española, casi todos eran brillantes oradores. La palabra en los autonomistas era como un cincel. Edificaban universos imaginarios o abstractos con la palabra precisa o florida. Aferrados desesperadamente a su razón de ser, la paz, los autonomistas no podían servirse de otro instrumento que no fuera la palabra. A los llamados a la insurrección de Martí y los revolucionarios del 95, los autonomistas no podían anteponer otra filosofía que la de conciliar, interceder, palabrear. La palabra era arma y blasón al mismo tiempo. La palabra servía para disfrazar las limitaciones trágicas, desde su propio origen, del autonomismo. La palabra era la tarjeta exquisita de presentación que servía a sus espíritus aristocráticos para entreabrir las puertas cocheras del Madrid cortesano y coloquial. De palabras dio inicio la aventura escabrosa —en Cuba—, amable —desde las tribunas hinchadas de vanidad del parlamento colonial español. En palabras se difuminó el ajetreo autonomista. Sus desventuras mostraron que es peligroso jugar a la paz de la colonia cuando el colonizado no la posee.

Y terminó sus días azarosos afirmando en un documento firmado el 4 de abril de 1895 que el Partido Autonomista era fundamentalmente español, por ser esencial y exclusivamente autonomista. Añadían que no retrocederían en forma alguna ante los que venían (los patriotas y revolucionarios del 95), "**a arruinar la tierra y a nublar la perspectiva de nuestros destinos con horribles espectros: la miseria, la anarquía y la barbarie**". El documento aparecía firmado por todos los miembros de la Junta Central.

Y el arco históricamente frágil del autonomismo quedaba reducido a los fantasmas y espectros inventados por sus propios creadores. De la ambigüedad, del temor, de la elocuencia autonomista y la época que le tocó vivir, Cuba pasaba a momentos mayores.

El viento crudo de la insurrección arrastraba incontenible las brillantes chisteras y los bombines de cabezas pasadas...

PROCESO POLITICO

EL NACIMIENTO DE UNA NACION

POR EDMUNDO DESNOES

"Nunca tan hermosa cosa vide: lleno de árboles todo cercado el río, fermosos y verdes y diversos de los nuestros, con flores y con su fruto, cada uno de su manera", anotó Cristóbal Colón al primer contacto con nuestra isla. Luego, al remontar el río Bariay: "Era grande placer ver aquellas verduras y arboledas y el cantar de las aves, que no podía dejarlos para volverme".

Aquí, en estas primeras experiencias insulares de Colón, están ya los elementos del paisaje que absorberán al colonizador transformándolo en una nueva variante humana: el cubano. Los árboles eran "diversos de los nuestros, con flores y con su fruto". Esto es, una nueva realidad que reclamaba condiciones de vida diferentes. Cada día que el colonizador pasase rodeado de ese paisaje, más difícil le sería "dejarlo para volverse" a España.

No fue la generación de los conquistadores la creadora de los primeros cubanos —su paisaje y sus costumbres estaban en el río Tajo o en los pedregales de Extremadura. Alrededor de trescientos años pasaron antes de que cuajara el hombre y la sociedad cubana. Durante tres siglos vivieron el desarraigo de no ser ni españoles ni cubanos. A principios del siglo XIX el río Bariay absorbe a sus nuevos habitantes y los transforma en cubanos.

Veamos porqué y cómo nace la sociedad cubana a principios del siglo pasado. Más o menos quinientas familias se enriquecen y aprenden a pensar en Cuba bajo la influencia del **despotismo ilustrado. Con** el ascenso al poder **de Carlos III (1759), llegan a** Cuba en oleadas las **ideas de la ilustración francesa.** Buen borbón, el monarca español considera que su obligación es desarrollar racionalmente las riquezas del país e instruir en lo posible a la población. Estas ideas desembarcan en nuestras costas con el conde de Ricla, Bucarely y el marqués de la Torre. Llegan a su apogeo con don Luis de las Casas y el conde de Santa Clara. Se rompe el monopolio de la Real Compañía y se permite a los cubanos comerciar directamente con los puertos españoles y en ocasiones con Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Cuba exportaba alrededor de diez millones de pesos anuales a principios del siglo XIX, en 1862 esa suma alcanzó la cifra de 55 millones. Más que cualquier otro país hispanoamericano. Riqueza basada en el rendimiento del azúcar y el trabajo de los esclavos.

La ilustración en Cuba comenzó facilitando el enriquecimiento de los hacendados criollos. Por ello su primer gesto de independencia es la creación de la Sociedad Económica de Amigos del País (1793). Instituto económico creado para "promover la agricultura y el comercio, la crianza de ganado e industria popular, y oportunamente la educación e instrucción de la juventud".

O sea, los "amigos del país" están interesados primero en "la agricultura y el comercio" y después en "la educación e instrucción de la juventud". Primero la economía y después la cultura.

La alta burguesía necesitaba liberalizar la educación para justificar el comercio libre y comenzar a zafarse de la Península. Al inaugurar un nuevo curso de Filosofía en 1818, el padre Félix Varela arremetió contra la escolástica: "Hay un idioma greco-latino-bárbaro-arbitrario, que llaman escolástico y unas fórmulas y ceremonias que se dicen se deben enseñar en la clase de filosofía. Yo no enseñaré nada de esto, porque no soy maestro de idiomas ni de formulajes, sino un compañero que va facilitando a los principiantes el estudio de la naturaleza, la cual no es de ningún idioma ni admite reglamentos".

Define el patriotismo: "La consideración del lugar en que por primera vez aparecimos en el gran cuadro de los seres, donde recibimos las más gratas impresiones, que son las de la infancia, por la novedad que tienen para nosotros todos los objetos, y por la serenidad con que los contemplamos, cuando ningún pesar funesto agita nuestro espíritu; impresiones cuya memoria siempre nos recrea: la multitud de objetos a que estamos unidos por vínculos sagrados, de naturaleza, de gratitud y amistad: todo esto nos inspira una irresistible inclinación y un amor indeleble hacia nuestra patria".

Sin saberlo, el padre Varela socavaba la influencia de la Iglesia al enseñar a pensar a los cubanos. Sorprende oírle exclamar: "La única regla para adquirir la verdad es el análisis mental. La mejor de todas las filosofías es la ecléctica" y "la experiencia y la razón son las únicas fuentes o reglas de los conocimientos de esta ciencia, por cuanto no debíamos formar juicio ninguno sin previa meditación".

Esto viaja a contrapelo del espíritu religioso. Desde sus comienzos fervorosos la fuerza de la religión se ha basado en la fe, en creer sin entender. Las ideas cartesianas que introdujo Varela en sus clases de Filosofía y Constitución contribuyeron a evitar que en Cuba pegara el catolicismo irracional de los españoles.

En España era inevitable que el despotismo ilustrado no arraigara. La estructura social y psíquica del español estaba ya endurecida y toda idea nueva rebotaba en contacto con su cuerpo. España expulsó la ilustración con palos y piedras al arrojar a los franceses de la Península. Con Pepe Botella, el hermano de Napoleón, partió de España el espíritu de libre análisis. Los curas de pueblo y los terratenientes raccionarios fueron los que dirigieron la Guerra de Independencia.



Los pocos



Los muchos



Más los muchos

En Cuba, donde la religiosidad voluntariosa del español no había saturado todavía la vida de la isla, el despotismo ilustrado prendió. Estas doctrinas, sembradas al nacimiento de la psiquis cubana, prometían ser explosivas. Llevadas a sus conclusiones inevitables, provocarían las dos Guerras de Independencia. Las ideas de la ilustración, perseguidas hasta sus fines lógicos, desembocan en un espíritu revolucionario: "Hidalgo sabía francés —explica Martí—, que entonces era cosa de mérito, porque lo sabían pocos. Leyó los libros de los filósofos del siglo XVIII, que explicaban el derecho del hombre a ser honrado, y a pensar y hablar sin hipocresía. Vio a los negros esclavos, y se llenó de horror. Vio maltratar a los indios, que son tan mansos y generosos, y se sintió entre ellos con un hermano viejo...". Después del Grito de Dolores "él les devolvió sus tierras a los indios".

En Cuba la ilustración no llegó tan profundo. Comenzó sirviendo los intereses de la burguesía criolla que quería desarrollarse sin trabas. La aristocracia cubana dominaba la educación y por lo tanto no temía que los de abajo utilizaran las nuevas ideas para rebelarse y reclamar partes iguales.

No hay que confundirse. Cuando los primeros pensadores cubanos hablaban de justicia y derechos, esta justicia y estos derechos aplicaban únicamente a los privilegiados. La libertad de pensamiento no incumbía a la mayoría de la población: "¿Quién no tiembla al contemplar el enjambre de africanos que nos cerca?", exclamó José Antonio Saco. Luz y Caballero escribió: "Buscar el remedio de los males que afligen al cuerpo social, fuera de la familia y la propiedad, es matar al enfermo para curarlo".

Algunos historiadores han insistido en la importancia que tuvieron para la causa del separatismo, los periódicos publicados en Cuba durante el despotismo ilustrado. Esa prensa, desde luego, no anunciaba una mayor libertad para la población, sino para unos pocos que controlaban la riqueza o gobernaban. Revisando estas publicaciones encontramos que eran vehículos del espíritu mercenario de la clase dominante. Veamos lo que recoge el Papel Periódico de La Habana el domingo 17 de agosto de 1800:

"Carne de vaca cebada en la ciudad, a tres pesos la arroba".

"Una negra media ladina, en 200 pesos, un negro ladino y hábil para todo, sano y con la tacha de cimarrón en 250 pesos, y dos mulas buenas para volanta, en equidad. En la calle de San Francisco de Paula número 12 darán razón".

"Se alquila o se empeña una negra criandera, robusta y con buena leche. En la calle del Tejadillo número 31 darán razón".

"Carne de vaca del Norte en barriles, y galletas, todo de superior calidad, a precios cómodos. En el Bergantín americano nombrado Rosa darán razón".

Mientras el esclavo vivía en un mundo infrahumano, quinientas familias, criollas y españolas, vivían regaladamente.

Veamos lo que existía al otro extremo de la escala social. Esta es la descripción de una Quinta del Cerro, incluída en 1841 en el Diario de La Habana:

"Que su suntuosidad era deslumbradora, no sólo por lo tropical de su arquitectura, sino que también por las riquezas que atesoraba, el extremo enverjado de hierro que la circundaba enteramente, las coronas de conde, en bronce repujado y sus lanzas doradas, la serie inacabable de columnas de airosos capiteles, a manera de mansión pompeyana, los lindos juegos de agua, el hermoso lago que surcaba frágil barquichuelo, el lindo jardín, pletórico de perfumes, y su extenso parque inglés, encantadores exponentes del confort con que vivía su acaudalado dueño".

Nada tendría de extraño que el acaudalado dueño hubiese fabricado la quinta con el dinero obtenido de la trata de esclavos.

La razón, sin embargo, estaba de parte de los hacendados criollos. Hasta el Pacto del Zanjón, el destino de Cuba estuvo trabado con la alta burguesía criolla. Los españoles eran parásitos que vivían del trabajo de los negros y el espíritu de empresa de los hacendados cubanos. A mediados del siglo XIX, los cubanos patricios tenían en sus manos la riqueza nacional así como la cultura de la isla. Sólo les faltaba el control político.

"La plaga infinita de empleados hambrientos que de España nos inunda —expone Carlos Manuel de Céspedes en su manifiesto del 10 de octubre de 1868—, nos devora el producto de nuestros bienes y de nuestro trabajo; al amparo de la despótica autoridad que el Gobierno español pone en sus manos, priva a nuestros mejores compatriotas de los empleos públicos, que requiere un buen gobierno, el arte de conocer cómo se dirigen los destinos de una nación; porque auxiliada del sistema restrictivo de enseñanza que adopta, desea España que seamos tan ignorantes que no conozcamos nuestros más sagrados derechos, y que si los conocemos no podamos reclamar su observancia en ningún terreno...".

Proclama Céspedes:

"Creemos que todos los hombres somos iguales".

"Amamos la tolerancia, el orden y la justicia en todas las materias".

"Respetamos las vidas y propiedades de todos los ciudadanos pacíficos, aunque sean los mismos españoles residentes en este territorio".

"Admiramos el sufragio universal, que asegura la soberanía del pueblo".

"Deseamos la emancipación, gradual y bajo indemnización, de la esclavitud".

Para Cuba 1868, no se puede pedir más. Uno de los errores más frecuentes al enjuiciar nuestra historia desde el presente, es esperar que Céspedes se manifieste como Martí o como Guiteras. Céspedes es un hombre de 1868, Martí de 1895 y Guiteras de 1933. Cada uno representa una punta de lanza en su época.

Cuando se alzó en La Demajagua, Céspedes encaró el problema cubano con honestidad. Prueba de ello es que dio libertad a sus esclavos a pesar de que en el manifiesto hablaba de "emancipación gradual y bajo indemnización". La Guerra del 68 produjo un general negro que obedecían todos los cubanos por igual: Antonio Maceo. Los criollos del 68 llegaron al extremo de crear una Asamblea en la manigua aunque ésta entorpecía la organización militar.

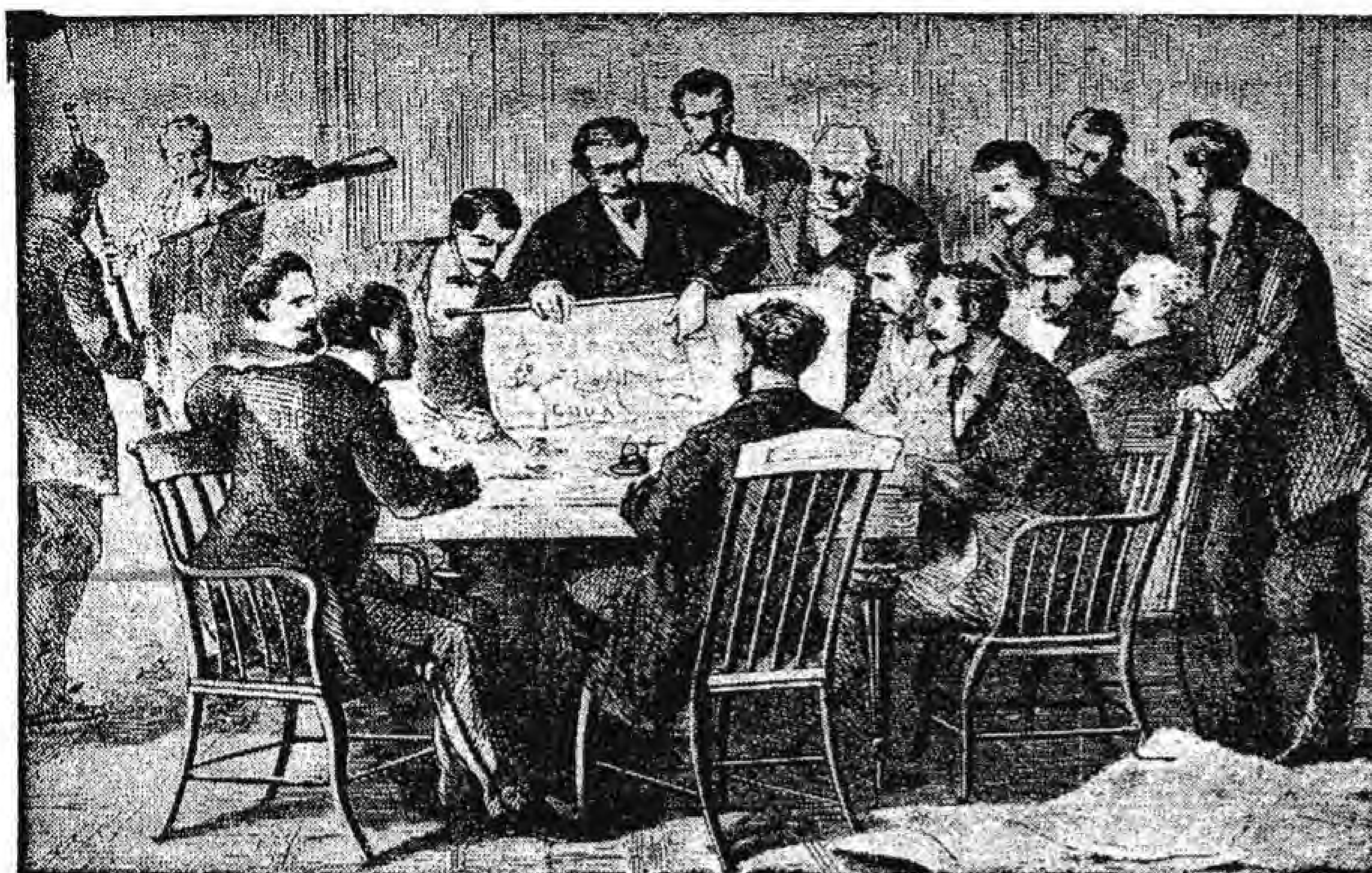
La situación estaba clara. Los hacendados criollos que encabezaron el movimiento independentista, ofrecían a Cuba un gobierno más justo donde se respetara más al individuo y se mejorara la condición de los negros esclavos y los criollos humildes. Los españoles, por otra parte, sólo aspiraban a succionar las riquezas del país e imponerse por la fuerza.

Los cubanos alzados en 1868 tenían la razón y las luces. Los voluntarios españoles, por ejemplo, eran sólo una jauría empecinada en doblegar a los nativos.

Cuando los voluntarios se amotinaron pidiendo la muerte de los estudiantes se encararon dos fuerzas antagónicas: la ceguera fanática del régimen español y cuarenta y cuatro estudiantes de Medicina. Ese era su único delito: ser estudiantes de Medicina. Los voluntarias instintivamente comprendían que la educación de libre análisis abría los ojos a las verdades del separatismo. Al pedir la muerte de los estudiantes, pedían la muerte de la inteligencia, como los fascistas que profanaron la Universidad de Salamanca durante la Guerra Civil Española gritando: "Muera la inteligencia".

Los estudiantes representaban la ilustración y los voluntarios el absolutismo. Es la misma división tajante que se produjo entre la justicia de la Sierra y el resentimiento ignorante de la Tiranía. Entre la lógica aplastante de las reformas de la Revolución y la fuerza deshumanizada del imperialismo.

La nación cubana nació bajo un clima propicio al desarrollo de la economía y el análisis libre. El país creció distribuyendo lentamente estos beneficios entre un grupo cada vez mayor de habitantes. La Revolución de 1959 ha llevado a Cuba a la mayoría de edad



Los esfuerzos de las juntas patrióticas...



...contra la barbarie de Weyler

REPERCUSION NACIONAL E INTERNACIONAL DE LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA DOCTRINA MONROE E INTERVENCION NORTEAMERICANA

POR WALTERIO CARBONELL

Como lo indica el título de este artículo la historia cubana de la que vamos a ocuparnos va del Diez de Octubre de 1868 hasta la primera intervención norteamericana y envuelve especialmente algunas de mis apreciaciones sobre su repercusión nacional e internacional. Advierto al lector que no hacemos referencias a los hechos de guerra narrados con lujo de detalle en cualquier libro de historia.

Cuba se convierte en la pieza más importante de lo que queda del sistema colonial español desde el momento en que los países de América del Sur se independizan de la tutela española —1823—; para creerlo así, basta con saber que Cuba llegó a absorber la mitad de las exportaciones de la Metrópoli. Con el estallido de la guerra de 1868 la crisis general del viejo imperio, iniciada con las revoluciones independentistas de los pueblos de América del Sur, y la intervención napoleónica en la propia Metrópoli, clama por su fin, treinta años después de iniciada la Guerra de los Diez Años, en 1898; la intervención del joven imperialismo norteamericano cierra definitivamente su tumba. La crisis general de todo sistema colonial tanto del pasado como del presente es caracterizada por las frecuentes revueltas y revoluciones de los pueblos sometidos y que luchan por liberarse del yugo y la explotación metropolitana; expresión de la agonía del sistema colonial del imperio español son nuestras dos grandes guerras y la Chiquita. En los finales del siglo diecinueve, el problema de la redistribución de las colonias y de las esferas de influencias entre las Potencias toma caracteres de urgencia. Europa misma, el Lejano y Cercano Oriente y América Latina son el centro de las rivalidades entre las Potencias. El Lejano y Cercano Oriente es el eje de las rivalidades entre Inglaterra, Francia, Japón y Rusia, a la que en la última década del siglo se incorpora los Estados Unidos; y América Latina es el eje de las rivalidades entre España, Inglaterra y los Estados Unidos.

En 1823, el gobierno norteamericano aprueba la Doctrina Monroe con el propósito de justificar su política de intervención en América Latina y salir victoriosa de la pugna que mantiene con Inglaterra por el dominio económico y control político de esta parte del Continente americano. La consolidación de la independencia de los países de Sur América y la mayor unidad de los Estados Confederados de América del Norte, gracias al triunfo obtenido por los Estados del Norte sobre los del Sur, y su proximidad geográfica, le aportan ventajas a los Estados Unidos para salir victoriosa en la pugna que mantiene con Inglaterra por el control de América Latina Cuba es el eje de las rivalidades entre España y los Estados Unidos; esta rivalidad existe desde el comienzo del siglo y toma caracteres dramáticos en la última década del siglo; el estallido de la Revolución de 1895 facilita la agudización del conflicto entre estas dos Potencias. Como se recordará por la lectura de los libros de historia y por los documentos, en el primer tercio del siglo diecinueve, los Estados Unidos, proponen a España comprarle a Cuba por cincuenta millones de dólares y no obstante que los Estados Unidos cuenta con el apoyo de los hacendados esclavistas de Cuba, la proposición es rechazada por la Metrópoli española, el asunto de la compra queda archivado por un tiempo pero el rechazo de la proposición aumenta las contradicciones entre España y los Estados Unidos. Particularmente los estados esclavistas del Sur de los Estados Unidos alientan a los esclavistas de Cuba a que se les unan por no importa qué medios, es decir, bien presionando a España a vender su colonia o provocando una revuelta armada contra la Metrópoli, pero como es sabido, el temor de los esclavistas de Cuba a que los esclavos desataran una vasta rebelión les obligó a mantenerse calladitos dentro de la corriente Reformista, sin revolución. Bajo la instigación directa de los Estados Unidos, una poderosa corriente se crea entonces, la de los Anexionistas, corriente que tiene sus altas y sus bajas pero que mantuvo partidarios hasta que se produjo la intervención norteamericana en 1898. Mirando las cosas con reposo y objetividad fue esta propia corriente anexionista del diecinueve, si bien que vestida con nuevo ropaje, la que al fin triunfa al producirse la intervención norteamericana y quedar nuestro país sometido al carro de sus monopolios y a la política del State Department. Con el mismo vigor que los hacendados del 1812 y el 1848 reclaman la intervención de los Estados Unidos en el conflicto entre Cuba y España, reclaman los hacendados la intervención a partir del momento en que estalla la Revolución de 1895. En nombre de los hacendados esclavistas los Estados Unidos se permitían hacerle proposiciones de comprar la Isla a España y a nombre del respaldo que los Estados Unidos tenían de los hacendados, intervinieron militarmente en 1898.

Dos elementos nuevos distinguen a la Revolución de los Diez Años de los alzamientos revolucionarios que le precedieron: (1) Por primera vez un sector numeroso de los esclavistas se rebela contra el sistema que ellos mismos habían impuesto y defendido con saña por espacio de tres siglos. (2) Por primera vez esclavos y esclavistas juntan sus armas para derribar el sistema colonial-esclavista. Es interesante saber que el número de

esclavistas revolucionarios que logró arrastrar la Revolución no alcanzó ápenas la tercera parte del conjunto de su clase y que estos revolucionarios eran en general los menos favorecidos del sistema colonial. Céspedes, el jefe de la rebelión, era uno de esos propietarios pocos felices. La gran industria de azúcar estaba en las provincias del Centro y de Occidente. La rebelión estalló allí, donde las contradicciones del sistema esclavista habían tomado caracteres dramáticos, la provincia de Oriente y lejos de la provincia donde se encontraba el grueso del aparato militar colonial: La Habana. A la Guerra de los Diez Años se incorpora una fracción considerable de los esclavistas a la gran tradición revolucionaria de Aponte, de los cimarrones y de los miles de esclavos que mantuvieron en constante jaque en las plantaciones de caña y café al sistema colonial.

Cuando los ciudadanos libres comenzaron a soñar con rebelarse contra la dominación colonial, hacía rato que los esclavos habían producido cientos de revueltas en los centros de producción; habían huido a las montañas y constituído desde allí guerrillas, siguiendo los cánones militares africanos y atacando duramente las poblaciones esclavistas. Mientras los esclavos combatían a la Metrópoli antes de 1868, los esclavistas y sus ideólogos gastaban parte de su tiempo en discusiones en Madrid, relativas a los impuestos, a la libertad comercial y a la representación electoral, discusiones de las cuales esperaban obtener seguridades más efectivas para aumentar sus riquezas y para defender con más eficacia sus propiedades. Parreño, Saco, Luz y Caballero, Delmonte, eran unos de esos intelectuales de relativos méritos con que contaban la clase explotadora criolla.

Pero finalmente, con la Guerra de los Diez Años se inicia la más vasta rebelión esclavista y colonial. Es el gran mérito histórico de esta revolución. Todas las clases sociales cubanas se vuelven contra la Metrópoli, hasta los esclavistas, instrumentos directos de la colonización, abandonan a la Metrópoli, se declaran su enemigo y pasan al campo de la revolución anti-esclavista y de liberación nacional a que habían dado inicio desde los comienzos del siglo diecinueve los explotados de la sociedad colonial. Al pasar una fracción importante de los esclavistas al campo de la revolución anti-esclavista, el sistema colonial de Cuba entra en la más grande crisis de su historia y cuyas repercusiones se hacen sentir en España misma, ya que esta guerra agrava la crisis económica y política de que sufría la Metrópoli y deteriora aún más las relaciones internacionales entre España y los Estados Unidos. El sistema de producción esclavista es herido de muerte en la revolución de los Diez Años, si bien dos tercios de la población esclava permanece bajo esta forma de dominación, ocho años después de terminada esta guerra. De tal magnitud es el golpe propinado por la Revolución de 1868 a la dominación colonial de Cuba, que a los diecisiete años después de la Paz del Zanjón, la Metrópoli tiene que hacerle frente a una nueva Revolución, en 1895. Durante estos diecisiete años todos los paliativos usados por la Metrópoli y por la burguesía azucarera para impedir el estallido de una nueva revolución —autonomía restringida, libertad de prensa, de reunión y de partidos políticos— resultan inútiles. Durante este tiempo, la palabra Revolución es para la burguesía sinónimo de caos y de ruina; en la pasada perdió sus esclavos, una parte de sus Centrales y hasta la dirección de la Guerra de los Diez Años.

La Guerra de los Diez Años fue un fracaso total para la burguesía pero no así para el pueblo, cuya mayoría la constituían los negros, declarados libres en el Zanjón y años después de terminada la guerra.

LA REVOLUCION DE 1895

Enumero las causas principales de la Revolución del 95 por su orden de importancia.

Estado de miseria de la mayoría de la población. Todo el país ha sido conmovido por la Guerra de los Diez Años. Se discute a propósito de una de las dudas del Zanjón: la liquidación de la esclavitud. Luego, es el estado de miseria en que se encuentra la mayoría de la población la que deviene motor esencial en el crecimiento del espíritu revolucionario. La miseria, unida a las tradiciones revolucionarias del pasado, se convierte en una fuerza material e ideológica contra la cual ni la Metrópoli, ni los grandes propietarios nada pueden hacer. La miseria del pueblo no era cosa nueva, pero la guerra que arruinó una tercera parte de la industria azucarera y dejó a miles de trabajadores sin su "diario" sustento agravó la situación económica del pueblo. La continuación del sistema colonial era la base del malestar general. Y así era comprendido por las masas. El campesino, el obrero de la ciudad, el artesano, el pequeño comerciante, el negro discriminado y hambreado, todos creían que poniéndole fin a la dominación española, su situación económica, social y política cambiaría. De estas condiciones objetivas dimanan su patriotismo, sus deseos de darse una patria independiente; así como el patriotismo de una buena parte de los propietarios, se revitaliza a medida que sus intereses y los de la Metrópoli desembocan en nuevas situaciones contradictorias. Desde luego entre 1880 y 1895 las masas explotadas no distinguen con toda precisión que además de la Metrópoli como fuerza enemiga, existían las clases explotadoras nacionales. Paradójicamente, el esclavo de 1800 conoce mejor a su real enemigo que el campesino y el asalariado de la ciudad de la Revolución de 1895. El impulso que la Guerra de 1868 le dio al nacionalismo disfraza la explotación de que son víctimas las masas por parte de los terratenientes y capitalistas cubanos. El nacionalismo adormece la conciencia de clase de un campesinado que en los siglos 17 y 18 se rebeló contra los explotadores. De esto no debe deducirse que las masas en 1895 no tenían conciencia de clase. No obstante el anti-españolismo y el fervor de la cubanía, los trabajadores de las ciudades y los campos sabían que existían propietarios y desposeídos; ricos y pobres. Particularmente los negros —recientemente liberados de la esclavitud, tenían muy frescas todavía las cicatrices en su piel. Además de esta conciencia espontánea existía una conciencia más depurada en ciertas categorías de obreros, particularmente entre los tabaqueros.

La segunda causa de la Revolución del 95 proviene de lo siguiente: De la agudización de las contradicciones entre los intereses capitalistas cubanos y la dominación española. Estas contradicciones ahondan la crisis política del país y estimulan el espíritu revolucionario de todas las capas nacionales. No obstante que la burguesía cubana buscaba desesperadamente un acuerdo pacífico con la Metrópoli sus relaciones se deterioran. La miseria y el crecimiento del espíritu revolucionario de las masas contribuían a ahondar las contradicciones entre la burguesía nacional y la Metrópoli. Después del Zanjón las fuerzas productivas crecieron extraordinariamente, particularmente en el sector de la industria azucarera; la mayoría de los centrales operan con tachos al vacío y centrífugas. La producción de azúcar se duplica en el espacio de tiempo que va del Zanjón a 1895. De medio millón de toneladas de azúcar se pasa al millón y por otra parte, a medida que el volumen de producción azucarera aumenta, los capitalistas cubanos caen progresivamente bajo la dependencia del mercado de los monopolios norteamericanos. Las contradicciones entre la burguesía nacional y la Metrópoli se agravan, desde que esta operación de concentración capitalista y de modernización es puesta en marcha. La vieja situación paradójica anterior a 1868, llega al máximo de su ironía trágica finalizando la última década del siglo XIX: la burguesía azucarera depende políticamente de España y económicamente, de manera total, del mercado de los capitalistas norteamericanos. El 90% de la producción azucarera es comprada por los monopolistas estadounidenses. España resulta para los capitalistas cubanos, la nación vendedora, en tanto que Norteamérica es una nación compradora. Si nos atenemos a la cuestión del "mercado" y a las no despreciables inversiones yanquis en Cuba, este país es más bien una colonia estadounidense que española, en vísperas de la Revolución de 1895.



Mambi e independencia

La dependencia total de los capitalistas cubanos al mercado yanqui elevó al máximo las contradicciones y antagonismos con la Metrópoli española. Esforzándose por sacar partido de esta situación, Washington no dejó de contribuír a que se deterioraran las relaciones cubano-españolas. La aplicación indiscriminada de la tarifa Mac Kinley y una serie de notas diplomáticas, es un buen ejemplo a este respecto. Conscientes de que los capitalistas cubanos se encontraban a su entera merced, Washington inauguró una nueva política de chantaje contra Madrid. Bastaba con haber seguido el proceso de concentración operado en la industria azucarera a partir del Pacto del Zanjón y la dependencia sumisa de los capitalistas cubanos a los monopolios yanquis para haber comprendido que, o bien España resignaba su colonia mediante una venta, o bien la guerra entre los Estados Unidos y España por la posesión de Cuba era inevitable, o nuestra Patria sería liberada por una revolución nacional.

La agudización de las contradicciones entre la burguesía nacional y la Metrópoli tiene por mérito histórico el de haber precipitado la Revolución. Una Revolución que venía siendo preparada por el pueblo, por los militares revolucionarios de la Guerra Grande y por las capas intermedias de la sociedad: los intelectuales, es decir, abogados, médicos y escritores como Martí y Juan Gualberto Gómez.

La tercera causa que condiciona la nueva Revolución proviene de la existencia de una fuerte ideología nacional

La Guerra de los Diez Años es el acontecimiento que foguea esta ideología. De esta guerra data la primera historia común de las dos razas que componen a la nación. Unos y otros se sienten orgullosos de su pasado revolucionario contra la dominación española. La guerra ha unido espiritualmente a toda una población dividida por las clases sociales, por la raza y la religión. El pueblo se vale del lenguaje del propietario y habla como éste de la necesidad que tiene de liberar la tierra del yugo extranjero. Ha sido permeado por la ideología clasista del propietario, alienado por "su" lenguaje nacionalista. Contagiado por la fraseología burguesa habla de la Patria y de Libertad como si la Patria y la Libertad tuvieran un mismo significado para cada uno. La ideología de las clases dominantes acaba por ser la ideología de las clases dominadas. El pueblo bebe en el mismo vaso que su enemigo y del contenido que produce la euforia burguesa. Está próximo el día en que ha de liberarse de la dominación española pero también del día en que será objeto de una mayor explotación económica al mismo tiempo que la destrucción de sus valores espirituales por parte de sus amos disfrazados de repúblicos y tutelados por amos más poderosos que el de ayer: los yanquis imperialistas. El "Muera a la esclavitud" dado por el propietario de la Revolución del 68 refuerza las relaciones políticas y el sentimiento nacional entre los no propietarios y los propietarios. El pasado común de que hablamos, es decir, la Revolución de los Diez Años, tiene como máximo fruto el haber propinado un rudo golpe al sistema esclavista y creado todo un vocabulario mixtificador burgués: Patria, Libertad, Independencia, Viva Cuba Libre. A pesar de que dentro de este lenguaje de alquimista los intereses de las masas se hallan débilmente representados, este lenguaje se convierte en una fuerza ideológica de primer orden en la lucha contra la dominación española. Es la fascinación misma de las masas por un contenido ideológico orquestado por uno de sus encarnizados enemigos, el gran propietario, quien le da vigencia y fuerza histórica al vago y tartufero vocabulario. Pero si los ditirambos en torno a la Patria y la Libertad sirvieron para algo en los días de la Colonia española, en la República no han sido otra cosa que disfraz y más disfraz y detrás del cual se ha ocultado la explotación masiva de las fuerzas de trabajo del pueblo a manos de la burguesía y las compañías extranjeras.

Otra de las causas que prepara la Revolución de 1895, la cuarta, proviene del hecho de que la población negra y mestiza, (más de la mitad de la población), se encontraba privada de derechos políticos y además era víctima de toda clase de discriminaciones, practicadas no sólo por las autoridades españolas sino también por los burgueses cubanos. La población blanca era extraordinariamente racista, un poco más que hoy, por supuesto. Las propias masas trabajadoras blancas estaban envenenadas en su espíritu por el racismo alimentado por los "criollos" en cuatro siglos de esclavitud. En las vísperas de la Revolución de 1895 los negros vivían en medio de una situación de tanta hostilidad que no tenían otra vía de escape que la Revolución. La población negra había sacado muy útiles enseñanzas de la Guerra de los Diez Años. Comprendió que su participación masiva en la Revolución de 1868 determinó el derrumbe del sistema esclavista y con ello su liberación, que sólo los medios revolucionarios eran los idóneos para alcanzar la igualdad ciudadana. La nueva Revolución le ofrecía una nueva oportunidad para abatir la atmósfera racista. El hecho de que los jefes más inteligentes y más fieles a la causa revolucionaria del 68 —los Maceo, Guillermón Moncada y Quintín Banderas— fueran negros, y que estos mismos hombres se encontraran de nuevo preparando y dirigiendo la Revolución del 95, fue sin duda un factor de mucha importancia para la incorporación masiva del negro. En Oriente se dieron cita los veteranos de los Diez Años y de la "Guerra Chiquita" con nuevos abanderados de la libertad.

He señalado aquí las causas más importantes de la Revolución de 1895; otras existen sin duda. Pero con razón ha dicho Lenín en sus "Cuadernos Filosóficos" que ninguna inteligencia es capaz de conocer todas las causas generadoras de un proceso histórico.

El Partido Revolucionario Cubano hacía sus preparativos militares en momentos de intensa actividad reformista: oír partes de los hombres del azúcar que se manifestaban a través de las discusiones del plan Maura y de Romero Abarzuza. Como en el 68, los azucareros de la región occidental —verdaderos dueños de la industria nacional— eran encarnizados enemigos de la Revolución. Si para lograr la Independencia era necesario tomar las armas, los azucareros preferían continuar moliendo azúcar dentro del status político reinante. Los hombres de negocios no estaban dispuestos a jugar a la aventura revolucionaria. La lección era demasiado reciente: sus colegas del departamento oriental se habían arruinado como consecuencia de la anterior guerra. Es más, sin haber participado en la aventura de la Guerra de los Diez Años, los hacendados de Occidente perdieron una parte de su capital. España no les indemnizó sus esclavos con arreglo a la Ley Moret. La Revolución del 95 sorprende a los azucareros

en medio del Diálogo Cívico que sostenían con los representantes del Imperio español, pero ¿qué actitud tomar frente a la Revolución en marcha? ¿Incorporarse? ¿Adoptar la misma postura de 1868, es decir, combatirla? ¿Permanecer al margen de los acontecimientos? La situación era extremadamente dilemática para estos hombres. La actitud de la burguesía azucarera durante el curso de la Revolución es la que vamos a examinar en adelante.

Martínez Campos no había comprendido la nueva situación reinante cuando llegó a Cuba por segunda vez. Trató de imponer su regla de oro: apoyarse en los hacendados para aplastar la Revolución. Fue su primer error. Sus amigos de ayer no podían ser sus amigos de hoy. Las relaciones de fuerzas sociales habían cambiado extraordinariamente. Después de diecisiete años de espera y sin haber obtenido ninguna concesión importante, los azucareros no estaban dispuestos a continuar por más tiempo como meros juguetes de la política colonial. Con la Revolución en marcha, ellos habían perdido la opinión pública con que habían podido contar durante el espacio de tiempo que medió entre las dos guerras. Martínez Campos propuso un impuesto azucarero que produciría millones de pesetas y con cuyos fondos, asegura el general, derrotaría a la Revolución. Los hacendados se resistieron a tal empeño. "Autonomía completa y entonces todo será posible" decían. Martínez Campos forzó el impuesto y sin dar nada en cambio. Desde Madrid el presidente del Consejo de Ministros, Cánovas del Castillo, ordena al general: "Use usted de los grandes medios".

La Revolución toma dimensiones extraordinarias. Martínez Campos y Weyler se baten en retirada; sus líneas son rotas y burladas. El pueblo armado ha andado de Oriente hacia Occidente, de victoria en victoria produciendo el milagro de la Invasión. La situación de las fuerzas enemigas es desastrosa. ¿Qué hacer? Sólo una concentración masiva de tropas puede salvar a los ejércitos coloniales y Madrid despacha con destino a Cuba miles de soldados. Martínez Campos dispone de doscientos mil, Weyler de casi medio millón. Es la mayor concentración de fuerzas que España ha logrado reunir en una colonia. Washington y la burguesía azucarera siguen con extremada atención el curso de las operaciones militares. ¿Acaso la Revolución Cubana podrá triunfar por sus propios medios? Finalizando el año de 1896, momentos de las más grandes victorias de la Revolución, cae el 7 de Diciembre la máxima garantía de la Revolución: Antonio Maceo. La muerte del General Antonio ocurre no sólo cuando la situación militar era favorable a la Revolución, sino también la política, cuando en la propia España las masas trabajadoras comienzan a tomar posiciones contra los partidarios de la continuación de la guerra de Cuba y Filipinas: el nivel de vida del pueblo español ha empeorado, los artículos de primera necesidad alcanzan precios exorbitantes. H. Bruguera, en su "Historia contemporánea de España" pinta la situación de esta manera: "Hubo unas revueltas locales debido a la falta de harina y al aumento de los impuestos sobre los productos alimenticios; unas huelgas en las minas de Murcia, los archivos del tribunal fueron quemados y los prisioneros puestos en libertad. En Ciudad Real las panaderías fueron tomadas por asalto. En Linares, hubo doce muertos durante los tumultos entre huelguistas y la fuerza de la policía. En Baeza, Alicante, etc., se produjeron revueltas debido a la falta de pan. Se proclama el estado de sitio en todo el país. El Gabinete es modificado; se saca a Moret y los Ministros partidarios de la paz. Tres nuevas clases son movilizadas (para enviarlas a Cuba); pero la "Unión Catalana", representando treinta y cinco asociaciones y dieciocho periódicos regionales declara que no había razón para continuar la guerra y que era preferible practicar una amputación. He aquí la razón: no se trabaja más que tres días por semana en la industria catalana y en Barcelona nada más, había diecisiete mil desempleados. Si la guerra de Cuba y de Filipinas continúa la revolución hubiera estallado en España".

La muerte de Cánovas del Castillo corona la profunda crisis política ocasionada por la guerra de Cuba y de Filipinas. El Partido Conservador no puede mantenerse por más tiempo en el poder; o la alta finanza y los militaristas resignan su política con respecto a Cuba o las masas españolas darán cuenta de la alta finanza y los militaristas. En Cuba, el ejército español se rebela incapaz de vencer a la Revolución y las posibilidades de la guerra con los Estados Unidos aumentan. Coincidiendo con la muerte de Cánovas del Castillo, agosto de 1897, la corriente pacifista se abre paso y Amadeo Sagasta vuelve al Poder.

II

Sagasta, político liberal, es el hombre del compromiso, el representante del colonialismo disfrazado. Ha vuelto no para continuar la guerra sino para salvar la hegemonía española en sus colonias. Sagasta releva a Weyler representante de la guerra sin cuartel y envía al General Blanco, la elección de Blanco no es casual, Blanco había estado en Cuba y en Filipinas en 1895 y relevado del mando bajo la presión de la Iglesia y los colonialistas que desataron una desaforada campaña de prensa contra sus tendencias pacifistas. El nombramiento de Sagasta seguido del nombramiento del General Blanco crea una gran inquietud en los medios oficiales de Washington; temen que la ofensiva diplomática de paz lanzada por Madrid tenga éxito, que cubanos y españoles lleguen a un acuerdo a sus espaldas. Los planes de los capitalistas norteamericanos son de posesionarse de Cuba y la nueva política de Madrid puede propinarle un golpe mortal a sus ambiciones. Al situarse en el franco camino de la negociación Madrid le ha tomado la palabra a Washington que en reiteradas notas diplomáticas había demandado la autonomía para Cuba. Pero en diplomacia siempre hay una brecha por donde escapar y al reto diplomático Madrid el Gabinete Mac Kinley se apresta a demandar la libertad para Cuba. En Cuba hay toda actividad militar. ¿Negociación? Desde los fines de Noviembre se ha hecho público el decreto concediendo el "régimen autonómico", Se combate muy poco en los primeros catorce días del mes de febrero. ¿Se negociará secretamente? Washington está informado de la situación, pero teme de que pueda producirse un acuerdo. El General Blanco, los Autonomistas y el Consejo del Gobierno revolucionarios desarrollan una actividad febril, se reunen y discuten por separado, el frente político reemplaza al frente militar. Se está librando la batalla del tiempo. Washington parece decidido a resguardarse contra todo riesgo porque Madrid es en definitiva el poder dominante en Cuba y puede tomar la decisión de otorgarle la independencia. Las cartas que aún le quedan a Madrid desespera a Washington y entonces, el 15 de febrero de 1898 el acorazado el Maine es dinamitado.

¿Quién voló el Maine? ¿El General Blanco que buscaba desesperadamente un acuerdo con los cubanos para terminar la guerra y evitar la intervención militar de los Estados Unidos? Madrid que ha relevado a Weyler y que ofrece la autonomía para evitar la guerra contra los Estados Unidos. Blanco, el representante de la política de paz dinamitando el acorazado de la potencia con quien quiere evitar a toda costa el conflicto armado. Blanco había ordenado al ejército no disparar un solo cartucho contra los revolucionarios y a los autonomistas formar gobierno. Ahora bien, pudiera darse el caso que los "ultras" dinamitaran el acorazado para entorpecer las actividades pacifistas del General, pero resulta que los Estados Unidos se niegan a que una comisión de potencias europeas, ajenas al conflicto investiguen directamente sobre los restos del acorazado para determinar de dónde partió la explosión. Con su negativa, Washington se pone al descubierto y entonces las potencias europeas recomiendan "al Presidente y al pueblo de los Estados Unidos de mostrar en sus relaciones con España" "unos sentimientos de humanidad y moderación". Citado por Potemkin —"Historia de la Diplomacia".

Pero el Maine cumplió plenamente su objetivo: colocó al General Blanco frente al muro; su plan largamente calculado desde Madrid para evitar la guerra con los Estados Unidos y prolongar la dominación colonial sobre Cuba saltó como el acorazado en pedazos; la estrategia pacifista echada por los suelos porque quien realizara una provocación de tan extraordinaria magnitud no puede desear sinceramente evitar la guerra. El Maine fue una pieza maestra para la creación de una súbita histeria colectiva dentro del pueblo norteamericano, en fin la explosión no desmeritó en lo más mínimo su valor psicológico.

El Maine fue la pieza maestra mediante la cual el Gobierno norteamericano pasó al plano de imperialismo agresor.

El monumento del Maine en La Habana, es el póstumo homenaje a esa premeditación imperialista para entrar en guerra contra España y posesionarse de Cuba. Un homenaje a unos de los chantajes más cínicos de que se tiene memoria en la historia de las relaciones internacionales.

DOCTRINA MONROE

Por supuesto, la intervención norteamericana no se hizo a nombre de sus verdaderos propósitos. Ya desde entonces, el Imperialismo se disfrazaba bajo las palabras: "democracia", "principios cristianos", "libertad". Tal vez, como en ninguna otra guerra, el Imperialismo norteamericano, haya invocado con más énfasis los principios humanitarios y los cristianos. En nombre de los santos evangelios le rogaba a España que pusiera fin a la horrible matanza y abandonar el país. Las repetidas invocaciones a los textos bíblicos dio motivo a que la Iglesia Católica propagara la idea, a manera de réplica, en las cancillerías europeas que la revolución del 95, no era otra cosa que un conflicto entre protestantes y católicos; la Metrópoli española, era por supuesto el representante de esta última secta.

Durante el curso de la Revolución de 1895, los capitalistas norteamericanos volvieron a agitar la doctrina Monroe; ésta fue una de las tantas armas de propaganda que utilizaron para justificar su intervención. No deja de tener interés el someterla a análisis y hacer algunas consideraciones en torno a ella.

¿Doctrina democrática? Es lo que se dijo entonces, es decir, en los momentos en que los países de América del Sur eran amenazados de ser reconquistados por España. Nada más contrario a la verdad. Como veremos más adelante, los móviles que impulsaron a la confección de esta doctrina no son otros que el de justificar la expansión norteamericana a costa de la independencia de los países de la América Latina a quien el imperialismo pretendía defender.

Ahora bien, la sinceridad que pretende Monroe en una buena parte de su Mensaje, no admisión de la 'opresión" y del control de su destino por potencias europeas, resulta extremadamente sospechosa a la luz del rechazo, por parte del Gobierno norteamericano, de la proposición del Primer Ministro inglés, Canning, en que les proponía firmar un documento conjunto en defensa de las libertades de los pueblos de América Latina. ¿Por qué esta prevención contra Inglaterra, modelo de democracia burguesa? ¿Qué podían objetar contra las instituciones inglesas?, tan distinta a la Santa Alianza, quien como los Estados Unidos que vivía dentro de un sistema esclavista en el año de 1823. El sólo hecho de que esta doctrina bautizada de democrática fuera confeccionada por el dirigente político esclavista debía haber encogido de hombros al más ingenuo; pero dejemos a un lado las advertencias y especulaciones y remitámonos a las propias palabras de John Quince Adam, Secretario de Estado del Presidente Monroe y principal colaborador en la redacción del Mensaje al Congreso. Adam, es un hombre franco, claro y preciso. Leyendo en sus Memorias, a nadie le puede quedar la duda del por qué Monroe rechazó la proposicion de Canning y además los móviles reales del por qué esta doctrina fue hecha ley y propagada a los cuatro vientos del mundo.

Habla: John Quince Adam:

"el fin de Canning parece haber sido realmente y especialmente, de oponerse a la adquisición por los Estados Unidos mismo, de una parte cualquiera de las posesiones hispano-americana. Reuniéndonos a ella (la Gran Bretaña)... nosotros le damos unas garantías sustanciales y no obtendremos de hecho nada en cambio. Sin entrar ahora en la cuestión de juzgar de la oportunidad de la anexión de Texas o de Cuba a nuestra Unión, nosotros debemos por lo menos preservarnos la facultad según los casos de urgencia que pudieran presentarse, y de no ligarnos por un principio que pudiera inmediatamente volverse contra nosotros". Argumento expuesto en una de las reuniones del "Gabinete" y comprendido en sus Memorias. Diario de 1785 a 1848, Filadelfia, 1874-1877, Vol. 1, p. 177-80.

Es comprensible que el Mensaje Monroe, diera lugar a confusiones, es un documento diplomático. Pero Canning que estaba habituado a su lectura y a confeccionarlos en forma maestra, comprendió rápidamente que el objeto de este Mensaje no era otro que reservarse a América Latina, para luego de vorársela cómodamente, es decir, sin encontrar competidores molestos en el camino. Ahora bien, los ingleses que se habían instalado sin dificultades en los países de América del Sur, no estaban dispuestos a retirarse para que los norteamericanos vinieran a ocupar su lugar, so pretexto de que estos esclavistas norteamericanos defendían la democracia de los pueblos de Sur América.

Las palabras de John Quincy Adams son tan elocuentes que en realidad no necesitan del comentario, cualquier especulación en torno a ella pone en riesgo de obscurecerla: "el fin de Canning es..." "de oponerse a la adquisición por los Estados Unidos mismos de una parte cualquiera de las posesiones hispano-americanas". Cuanto nosotros pretendemos con el mensaje Monroe, parece decir el viejo Quincy, es que ello devenga "res nullius", es decir susceptibles de ocupación.

Para evitar estas fatigosas controversias en lo que resta a las Antillas, Quincy Adams se adelantó en declarar en 1823: **"Cuba y Puerto Rico son unos apéndices naturales del Continente norteamericano... la anexión a Cuba a nuestra Unión Federal será indispensable a la permanencia y a la integridad de la Unión".** Citado por William Z. Foster: "Outline Policial History of the American".

En cuanto a los países de la América del Sur, Quincy Adams exige que sean declaradas "res nullus", es decir susceptibles de ser ocupadas por los capitalistas norteamericanos. Pero en cuanto a Cuba y a Puerto Rico declara enfáticamente que son "cosas adyacentes", "apéndices naturales del Contiente norteamericano". Y bien que Adams comprendía que mediaba entre Cuba y Puerto Rico y los Estados Unidos, el Mar de las Antillas y las fuerzas militares españolas.

No es por casualidad que el Mensaje de Monroe no contiene ningún principio "no intervencionista", porque como advierte Adams "no debemos ligarnos por un principio que pudiera inmediatamente volverse contra nosotros".

No puede caber la menor duda, visto el rechazo del Gobierno norteamericano que las proposiciones del Ministro inglés y los argumentos avanzado por el Secretario de Estado. John Quincy Adams, que los sueños imperialistas de los dirigentes norteamericanos datan de tiempos lejanos, justamente desde los días de la promulgación de la Doctrina Monroe. Sólo aquellas personas no habituadas al lenguaje Diplomático o que sin haberla leído la creyeron inspirada en la buena fe, podían haber creído que se trataba de un documento al servicio de la democracia. Es comprensible que la intervención militar de 1898 en Cuba se hiciera también a la luz de la Doctrina Monroe.

¿Qué es la Doctrina Monroe? Una doctrina al servicio del capitalismo expansionista. En su honor, vayan estas notas finales. En los finales del siglo, el Mensaje al Congreso de 1823, fue desbordado por el propio desarrollo del capitalismo norteamericano. La "libre empresa", fue el período durante el cual la Doctrina alcanzó su máximo apogeo de gloria, su auténtico esplendor. Su decadencia data, a partir del momento en que el capitalismo libre cambista se convierte en capitalismo monopolista y los monopolios se apoderan del Gobierno de Washington. ¿Razón de su antihistoricidad? No se contempla en la Doctrina ningún principio intervencionista específico. Por supuesto, no faltaron, quienes advertidos de la falta de un principio específico elaboraron interpretaciones suigéniris, al decir de J. M. Yepes en su libro "Philosophie du Pana mericanismo et Organization de la paix": "cuando se piensa en el postulado de Polk, 1845, preconizando la anexión preventiva" de territorios pertenecientes a las repúblicas de América Latina como el mejor medio de hacer más eficaz el principio de no colonización; (Monroe había declarado en 1823: "La era de la colonización ha terminado en América, los Estados Unidos se oponen a toda intervención política en el Nuevo Mundo") a la actitud del Secretario de Estado Olney (bajo la presidencia de Cleveland, el cual pretendía, en 1896, que, para la aplicación de los principios de Monroe, los Estados Unidos son prácticamente los soberanos del continente) y sobre todo a la política del big-stick, es decir del gran bastón, proclamada por el Presidente Teodoro Roosevelt".

La guerra hispanoamericana, o la intervención del imperialismo yanqui en Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, es el primer eslabón que jalona este nuevo rapaz. "La guerra hispano americana marca una vuelta en la política mundial. Antes, se trataba del reparto de los territorios que no pertenecían todavía a ningún Estado europeo. En la presente, los Estados Unidos se apoderan de las colonias que pertenecían a España. La guerra hispanoamericana fue la primera guerra que tuvo por objeto no más el reparto sino la redistribución del mundo". Tal es su significación internacional.

DEL PRECAPITALISMO AL DOMINIO MONOPOLISTA EXTRANJERO

POR JOSE VAZQUEZ

El siglo XIX transformó raigalmente la visión, estructura y objetivos del mundo económico. En el transcurso de sus años, turbulentos como no los ha conocido igual la historia de las doctrinas económicas y sociales, se consolidó la Revolución Industrial surgida en las hilanderías inglesas con la máquina de vapor y sobre todo, nació el capitalismo, con Adam Smith, Say, Ricardo, todos los clásicos, los historicistas y la escuela de Viena, encontrando su superación y contrapartida con Carlos Marx y Federico Engels en el socialismo científico.

En el ochocientos el capitalismo decursó una etapa de la historia, una etapa sombría pero desde muchos puntos de vista inevitable, y para fortuna de la civilización y el progreso, esa etapa de opresión, de concentración de la riqueza y de formación de oligarquías y monopolios, fue iluminada desde su nacimiento mismo por el genio singular de Carlos Marx, que a los primeros síntomas de una dolencia que sería el "verdadero mal del siglo" supo hallar su cura, casi en un solo libro, "El Capital", fundado en el concepto materialista de la historia, y con toda una doctrina filosófica, económica y social asentada en las relaciones de producción y la justicia social.

La Isla de Cuba no conoció el capitalismo que dominó en el siglo XIX, o más exactamente, no lo conoció en la práctica, porque en la cátedra de Economía Política del Seminario de San Carlos se enseñaba a Adam Smith, a Juan Bautista Say y a otros clásicos.

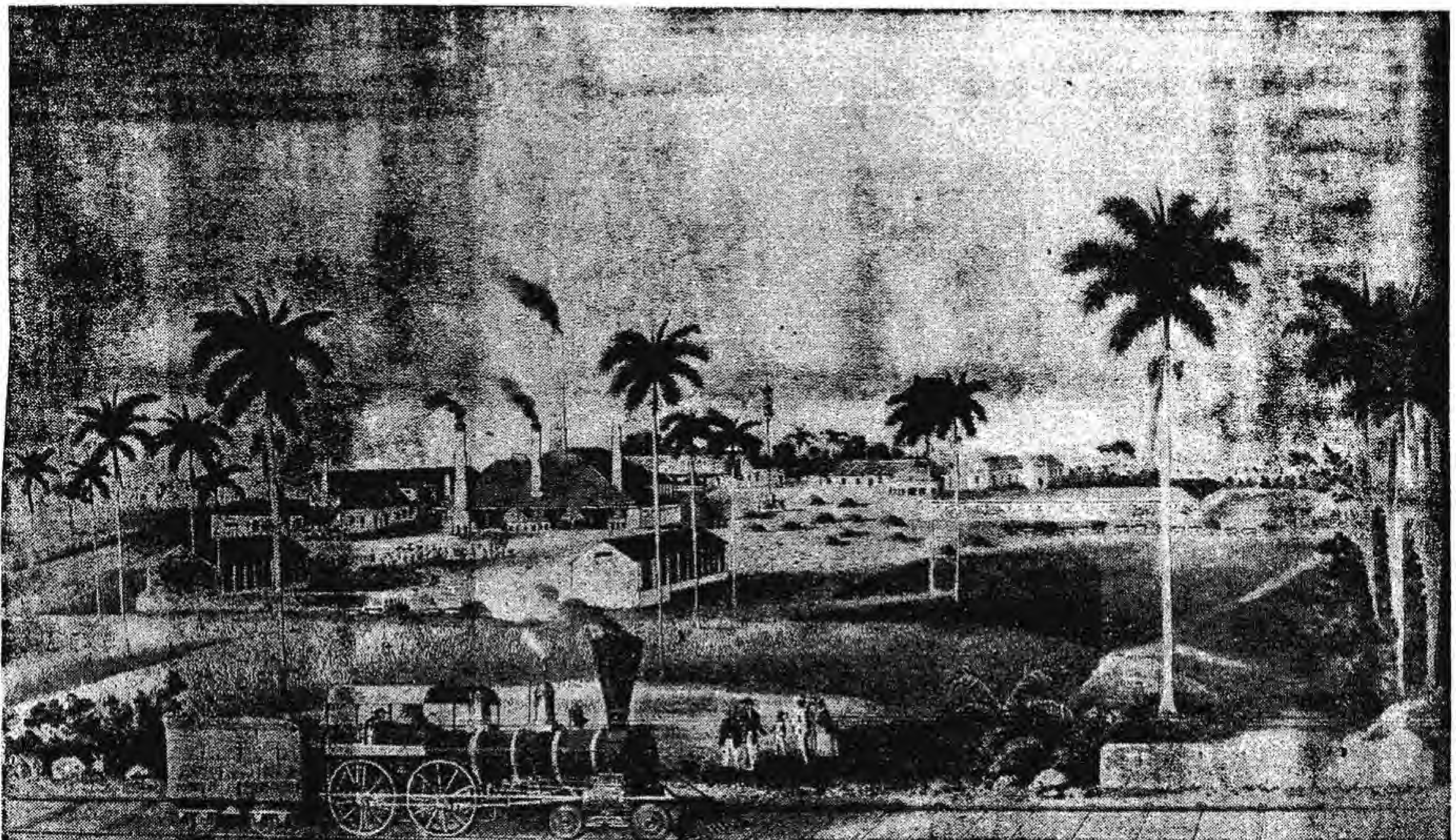
Durante toda la época, en la Isla se aplicó tozudamente "el mercantilismo a la española". España, ya en el siglo XIX, situada al margen del progreso y de la historia, es regida en lo económico por hombres como Jovellanos y Campomanes, prescribe a los clásicos, principalmente las obras de Say y se aferra con empeño suicida a una política económica fundada en un concepto señorial del mercantilismo, ligado al anterior de que debía extraer la mayor cantidad posible de riquezas de su colonia de Cuba, ya desde el primer cuarto de siglo "muy rentable". Todas las trabas a la expansión del comercio, la Real Compañía de Comercio de La Habana y el Estanco del Tabaco... no son más que jalones de un permanente criterio político-económico: el de que "su colonia de Cuba" debía brindar abundantes beneficios a la Corona, aunque para ello fuese necesario convertirla en una isla de esclavos y azúcar, terreno propicio para la penetración imperialista yanqui, que ojo avizor esperaba pacientemente desde 1805 la oportunidad de tender sus garras sobre lo que ya ellos denominaban "dependencia económica norteamericana".

Al disponernos a realizar una crónica del proceso económico cubano del siglo XIX nos encontramos con que lamentablemente la Administración Pública de España no dejó apenas estadísticas, codificación ni fuentes dignas de crédito. Pero, no seríamos justos si al hacer un brevísimo y superficial recuento, no recordáramos con admiración a los hombres públicos que trabajaron y batallaron incansablemente por salvar una situación de rutina, monocultivo de crudos azucareros y penetración norteamericana, que nunca estuvo en sus manos resolver. Esos hombres fueron Francisco de Arango y Parreño, José Antonio Saco, Francisco de Frías, Domingo del Monte, los titulares de la "cátedra", Juan Justo Vélez y José Antonio Govantes y los intendentes de Hacienda Alejandro Ramírez y el Conde de Villanueva. Naturalmente, fueron muchos más los que "vieron claro" y los que se opusieron al dominio español y al imperialismo yanqui, pero para resumirlo, ya en un aspecto político del problema, pondremos como su arquetipo a José Martí.

—2—

El problema de la esclavitud siempre estuvo a pupilo en las colonias españolas del Nuevo Mundo. En el siglo XIX choca con el propósito de Inglaterra de abolición de la trata, no porque los ingleses fueran humanitarios, sino porque después de la Revolución Industrial su nueva estructura económica requería obreros especializados y ya no le eran útiles los esclavos negros. España, que aún no ha arribado a la edad de la máquina, que considera a sus posesiones de ultramar como simples factorías y que aún basamenta su explotación de productos agrícolas o de manufactura primaria en la fuerza de trabajo del esclavo, que mantiene la producción de crudos azucareros casi en etapa de artesanado no puede prescindir de la trata.

La Restauración encuentra una España debilitada que ha devenido en potencia de segundo orden y Fernando VII debe plegarse a la presión inglesa. En 1817 firma un tratado de abolición de la trata de esclavos, que suprime el inhumano comercio a partir de 1821. Los colonos criollos, a pesar del temor que les infunde el ritmo de crecimiento de



la población negra, agravado con la experiencia de la revolución haitiana, desean mantener desesperadamente un activo comercio de esclavos africanos y, según refiere José A. Saco "fue considerada como una calamidad —la abolición de la trata—, como un medio inicuo de que se valían los ingleses para acabar con el azúcar y el café de las antillas españolas".

Como se espera que a partir de 1821 no se podrá introducir esclavos en la Isla, los hacendados y caficultores cubanos se apresuran a introducir grandes cantidades y solamente en el año de 1817 entran a un promedio de 71 por día. Durante toda la época se realiza un activo contrabando de esclavos, lo que produce muchas dificultades con los ingleses, hasta que una de las capitulaciones del Zanjón estipula que los esclavos y colonos chinos que hubiesen peleado en las filas mambisas quedaban en libertad y posteriormente esta medida se extiende, por la ley llamada de "vientres libres", a todos los esclavos de la Isla.

—3—

Desde principios del siglo es evidente que la industria azucarera ha de desplazar en importancia a todos los otros sectores de la producción. Cuba se convierte rápidamente en una factoría de azúcar y liga sus destinos a las fluctuaciones constantes del dulce producto.

En el transcurso del primer cuarto de siglo se nota un notable incremento de la producción del país, pero los términos de colonia de plantación no varían, planteándose entonces con caracteres netos la definidora alternativa económica cubana que duraría hasta el 1o. de enero de 1959, la selección entre una agricultura monocultora, basada en el azúcar crudo y una agricultura diversificada en primera etapa y, en segunda, la industrialización y elaboración de materias primas, incluyendo la refinación del azúcar, que entonces España deja que la realicen los norteamericanos, apretando así aún más el abrazo económico del imperialismo del Norte, que termina por poseer la Isla.

El proceso de la economía de plantación crece. La producción agrícola lucrativa para una clase privilegiada peninsular produce el incremento de la industria y el cultivo del campo: cañaverales y cafetales se extienden cada vez más lejos de los primitivos núcleos de población.

Hay tres factores que se relacionan con la esclavitud y que constituyen los productos de exportación de la época. El azúcar, que requiere muchos negros esclavos y colonos chinos en estado de servidumbre feudal; el tabaco, que iguala a blancos pobres y negros libres en una tarea liberal; y el café, que también emplea la trata para proverse de mano de obra. De todas formas, el azúcar supera por primera vez a las otras líneas de producción y el café señala una curva descendente de producción muy señalada.

En 1800 sólo habían unos 400 ingenios con unos dos millones de arrobas de producción anual. En 1827 ya son casi un millar los ingenios y la producción azucarera aumenta a 8 millones de arrobas, mientras tanto, en 1819, ha hecho su aparición el primer trapiche de ingenio movido por vapor en la Isla. En la década de 1830 a 1840 la producción aumenta a 10 millones de arrobas de azúcar y los ingenios son unos 1,200.

Para 1827, ya se exportaban 50,000 arrobas de café y se consumían otras tantas y los cafetales eran unos 2,000. El tabaco, después del desestanco, logrado por gestiones de Arango y Parreño y Alejandro Ramírez, en 1817, aumenta a veloz ritmo y la posición del tabaco habano, gracias a su incomparable calidad, puede citarse como un tipo ejemplar de lo que en economía denominamos "monopolistic competition" o sea, el monopolio del mercado de un artículo que no tiene competidores. Pero mientras el café decrece en volumen de produción, el azúcar logra más y más importancia y el tabaco se consagra en el mercado mundial.

¿Esta riqueza que crece y crece en el siglo XIX y que sólo se detiene durante las guerras de independencia, sirve para que Cuba acumule excedentes de capital y se produzca en el país un desarrollo capitalista como en otros países? ¡No!, en Cuba esto no puede ocurrir, porque España cubre con sus rentas cubanas sus múltiples guerras y los déficits de su tesoro y los Estados Unidos nos "colonizan" económicamente, de tal forma que en el último cuarto de siglo su inversión de capitales en la Isla es de 50 millones de dólares y el 94 por ciento de nuestra producción de azúcar va a su mercado.

—4—

Durante todo el siglo XIX la Isla de Cuba es una posesión política de España y una colonia económica del imperialismo yanqui. Esta época, que ha sido la de germinación de una estructura económica negativa y colonialista que marcará el destino de la República, se caracterizó por dos fenómenos económicos muy interesantes: la concentración de la industria azucarera, al sustituirse los pequeños ingenios por grandes centrales y la penetración imperialista de Estados Unidos.

El intercambio comercial con el codicioso Tío Sam se intensifica y decrece el que mantenemos con la Metrópoli. Los Estados Unidos se transforman en una potencia capitalista de tipo imperialista y necesitan grandes cantidades de azúcar y productos primarios cubanos. España conoce la situación y se conforma con servir de intermediaria a las importaciones cubanas y que los españoles de Cuba se repartan el botín de las ganancias de las exportaciones, conjuntamente con el capital yanqui, que ya orienta su preferente inversión en la industria azucarera.

A partir de 1895 nuestra industria azucarera sufre una gran transformación, desaparecen los pequeños ingenios de cubanos y españoles y van surgiendo grandes fábricas de azúcar norteamericanas. La guerra precipitó y facilitó el movimiento, destruyendo gran número de anticuados y pequeños ingenios. En 1852 había 2,000 ingenios y en 1877 sólo 1,191, además, la extinción de la esclavitud arruinó a muchos hacendados y como no había excedentes de capital en Cuba, y la instalación de centrales requería grandes capitales, la industria pasó, poco a poco, a manos de los grandes trusts imperialistas de Norteamérica.

Es tan alta la maquinización de la industria y son tantos los ingenios destruidos por la guerra, que ambos factores, guerra y concentración, se reflejan en el número de ingenio, hasta tal punto que en 1862 hay 1,365 ingenios; en 1877, 1,191; en 1890 unos 900; en 1895 aproximadamente 450 y en 1899 sólo 207. Naturalmente, para el fin del siglo, ya los mejores centrales están en poder de ciudadanos y monopolios de Estados Unidos.

—5—

En Cuba no hubo nunca desarrollo capitalista, no hubo un proceso "clásico" de economía capitalista. En el siglo XIX, del mercantilismo "a la española" pasamos sin transición al dominio del imperialismo norteamericano. El fenómeno se produce a todo lo largo de las últimas tres cuartas partes del siglo pasado, alcanzando impulso definitivo y características inconfundibles a partir de la Intervención norteamericana.

El imperialismo rapaz de Washington, codiciaba a Cuba desde Tomás Jefferson en 1805 y ya en 1848 hace ofertas concretas a España para la "compra" de la Isla. Su intervención en la Guerra Hispanocubana no fue otra cosa que una jugada política con fines de imperialismo económico. El objetivo final, la meta inalterable, fue siempre el convertir a Cuba en una colonia yanqui, monoproductora azucarera y multi-importadora de todos sus bienes de consumo. El Tío Sam pudo sentirse satisfecho, allá en su madriguera de Wall Street, donde los financieros aprietan el dólar hasta que grita el águila: Cuba fue durante un siglo colonia yanqui.

El Imperio tuvo éxito, siempre fue hábil en esperar la ocasión propicia y en disfrazar de altruismo sus peores ambiciones. La oportunidad se la brindó una mala administración y ninguna política económica de España, la concentración de inversiones en la industria azucarera y el haber logrado el dominio del mercado interno, dominio fortalecido con la creación de una serie de estructuras institucionales —arancelaria, monetaria, agraria, crediticia, etc.—, que consolidaron la deformación estructural "ad hoc" para la penetración imperialista y mantuvieron permanentemente el estancamiento económico cubano.

Al concluir el siglo XIX Cuba aún tenía una economía precapitalista. El capitalismo —ha dicho un tratadista contemporáneo— genera sus propias fuerzas impulsoras y el autofinanciamiento de su élite oligárquica y hay que considerar que en Cuba no podía surgir la excepción y que estaba destinada a desarrollarse según sus abundantes recursos, a la manera del capitalismo llamado occidental. Estados Unidos frustró ese destino, de la etapa precapitalista, en que estábamos en el siglo XIX bajo el mando político de España, nos llevó con su guante de hierro enchapado en oro a la del dominio monopolista foráneo. Cuba soportó todos los males, contradicciones y crisis del capitalismo, sin disfrutar de ninguno de sus beneficios.

El siglo XIX fue o será para muchos pueblos progresistas, su fundamental etapa de transición capitalista y de progreso material basado en el maquinismo y la concentración, hasta su arribo a una economía de tipo colectivista, basada en las relaciones de producción y la justicia social. Cuba, más que a la venalidad y la inaptitud de España, debe a los Estados Unidos el desaprovechamiento de ese siglo trascendente en su evolución económica. Fuimos, hay que confesarlo, lo que el imperialismo yanqui quiso que fuéramos y sólo sesenta años más tarde, con la Revolución Verdeolivo, logramos romper la estructura colonialista servidora del imperialismo y tomar el verdadero camino.

VALOR DE LA PRODUCCION CUBANA
(En miles de pesos)

PRODUCTO	1827	1846	1862
Azúcar y derivados	8,800	30,600	62,130
Tabaco (cultivo)	2,800	3,960	15,280
Tabaco (elaboración)	5,000	8,500	8,421
Ganadería Zoogenia	5,000	7,900	9,285
Industria Forestal	?	3,300	4,620
Pesquería	?	1,000	1,000
Minería	?	2,600	5,700
Café	4,300	2,600	2,523
Agricultura General	17,000	22,000	25,450

EXPORTACIONES DE LA ISLA DE CUBA

AÑO	AZUCAR ton. largas	CAFE quintales
1805	36,200	17,400
1815	44,700	229,600
1820	50,000	171,500
1830	95,000	449,600
1840	160,000	536,000
1845	95,000	140,000
1850	200,000	130,000
1860	447,000	185,300
1865	540,000	?



JOSE ANTONIO SACO
Vio el peligro de la estructura económica colonialista y del "mercantilismo a la española", pero no pudo hacer rectificar a la Colonia.



TOMAS JEFFERSON
Ya codiciaba la Isla de Cuba en 1805, para el imperialismo norteamericano, aunque tardaron más de 90 años en dictar la Enmienda Platt, muy pronto convirtieron la Isla en una posesión económica norteamericana con bandera española.



PROCESO SOCIAL

LA ESCLAVITUD Y EL PREJUICIO RACIAL

POR CARLOS FRANQUI

Las relaciones raciales han tenido cuatro fases fundamentales en la Historia de Cuba: esclavitud, luchas independentistas, la "vida republicana" y el período revolucionario actual.

Tres elementos han operado en el proceso racial cubano: a) La explotación económica; b) el trasfondo cultural y psicológico que pretende justificar la discriminación o la inferioridad del negro; c) la lucha por la integración cubana, a la que se han opuesto las tendencias anti-cubanas que luchaban por dividirnos. Las dos primeras discriminativas; la última, igualitaria y anti-segregacionista.

LA ESCLAVITUD. La esclavitud, bestial sistema de explotación económica, fue abolida como consecuencia de la primera de nuestras guerras independentistas, hecho que por si solo justificaría esos Diez Años de heroica pelea.

Fue la primera victoria de los cubanos, blancos y negros, combatientes en las filas mambisas, contra la metrópoli y por la integración nacional. Pero si fue eliminado el sistema esclavista, no fue borrado el hecho psicológico de la esclavitud. Y la esclavitud, como trasfondo psicológico, aunque de un modo casi subconsciente, tuvo vigencia todavía en una gran parte de la población cubana, blanca y negra.

Es decir que los prejuicios, los resentimientos, las divisiones que aquel sistema odioso engendró, persistieron.

Y fueron alimentados por las fuerzas colonialistas que operaban sobre la nación.

La más profunda intención de los discriminadores fue dividir la nacionalidad cubana, desintegrarla, anularla. Esa fue la táctica de los colonizadores, y esa misma la política de las intervenciones y de la influencia norteamericana en Cuba.

Como ha sido la de unir a todos los cubanos; el sentido de todas nuestras revoluciones.

El problema racial no era un problema del negro, era una cuestión de la nación cubana, y si es cierto que afectaba al negro, dañaba a la nacionalidad y era sostenida por todas las fuerzas que negaban y combatían nuestro destino nacional. Su solución era la integración nacional.

LAS LUCHAS INDEPENDENTISTAS Y REVOLUCIONARIAS. La Guerra de los DIEZ AÑOS tuvo la significación de que el amo y el esclavo, peleabán juntos con el mismo rango de libertadores y cubanos, por nuestra independencia. Su triunfo mayor fue la abolición de la esclavitud. La Guerra del 95, con una proyección nueva, dirigida e integrada fundamentalmente por cubanos humildes, tuvo como lema el pensamiento de Martí, de que "Cubano es más que blanco, más que negro". Integró más a los cubanos de todas las razas, no sólo en los soldados de fila, sino en la dirección de la guerra y en sus proyecciones revolucionarias. Símbolos de esa igualdad son las dos figuras más representativas de la independencia: José Martí y Antonio Maceo.

LA VIDA REPUBLICANA. La República que nació de la intervención no fue la Cuba por la que pelearon los mambises. Al no encarar los más profundos problemas cubanos, agravó el racial. Pero además, le agregó un elemento nuevo, profundamente perturbador, la ingerencia norteamericana que orientada por la corriente anti-negra del sur, excluyó en todo lo posible al negro cubano de todas las fuentes de la superación, la economía, el saber, que con su lucha se había ganado en las gestas emancipadoras.

Fue otra fuerza que quiso seguir manteniendo al negro en dones inferiores para seguirlo explotando económicamente, y además; para que al sentirse vejado y maltratado, perdiera su energía y su vinculación a lo cubano; mientras impulsaba a los blancos más ignorantes a considerarlo inferior y a temerle. Al entretenerlo en una lucha de razas y de prejuicios se rompía la unión fecunda que tantos triunfos nos diera en las guerras liberadoras, y ambos, blancos y negros, perdían de vista a los comunes enemigos de nuestra nacionalidad.

La generación del 30 replanteó de nuevo la cuestión racial. Los factores que mediatizaron la revolución impidieron que se llegara al fondo del problema racial. Pero se ganó al menos que la Constitución del 40, plasmara jurídicamente soluciones positivas, y que la cuestión racial tomara conciencia en el país, y volviera a considerarse como problema básico de Cuba.

LA DICTADURA. Todas las causas negativas de la vida cubana representadas en la dictadura marcista, acentuaron más la discriminación racial en nuestro país.

El negro tenía menos oportunidades que el blanco. Estaba inferiorizado económicamente. Si tenía trabajo era el peor y el más mal remunerado. Vivía en los sitios más miserables y en las más brutales formas de existencia. No tenía acceso a muchos lugares públicos. Una parte de la nación cubana conservaba prejuicios raciales. Ambas, la población blanca y la población negra. Porque como es natural el negro reaccionaba ante el blanco que lo excluía de su sociedad, haciendo lo mismo. La consecuencia era la división, tan beneficiosa al imperialismo.

SOLUCIONES A LA CUESTION RACIAL. La cuestión racial no podía tener una solución parcial, sino una solución colectiva, total. No podía ser producto de un esfuerzo aislado, sino de una revolución nacional. Su solución definitiva era la integración nacional. El camino para llegar a esta solución tenía dos vertientes básicas: la económica y la cultural. **LA ECONOMICA.** Que sólo la Revolución podía enfocar y resolver y que consistía en una modificación profunda de la propiedad, en el desarrollo económico a través de la creación de industrias y de la redistribución de las tierras y su mecanización, que aseguraran a cada cubano, blanco o negro, un empleo permanente.

LA CULTURAL. Porque son la incultura y las falsas teorías de superioridad las que alimentan y sostienen el prejuicio racial. A romper esa muralla de prejuicios va una educación y una cultura que llevan a la conciencia de cada cubano que no hay hombres superiores ni inferiores por la raza, el estado social, el sexo, o la nacionalidad, sino hombres con más oportunidades o con menos, y que son esas faltas de oportunidades las que establecen las diferencias. Que la igualdad de oportunidades borrará las diferencias creadas por una organización injusta, exclusivista, discriminadora, que hace a los "ricos mejores que a los pobres, a los blancos superiores a los negros, y a los hombres superiores a las mujeres".

A esa sociedad discriminadora, oponemos la sociedad que la Revolución representa; popular y democrática, humana e igualitaria. Esa es la sociedad cubana de la integración nacional.

FELIPE POEY Y SU EPOCA

POR OSCAR HURTADO




LAMINA VII.

ISABELITA.

ESta tiene la misma contextura que las antecedentes, solo con la diferencia, que el borde posterior de la pieza que compone la parte anterior de la cabeza está guarnecido de espinas huesosas bastantemente gruesas, y agudas de color azul, y de que en la parte inferior tienen una de cada lado del largo de una pulgada, los ojos azules encarnados, y amarillos, y la niña azul: se distingue tambien en que la nadadera dorsal tiene catorce espinas, que son quasi perpendiculares à dicha nadadera, y á la del ano les guarnece en sus extremos un ribete azul, las otras con el timón todo amarillo, lo demás amarillo tornasolado: tiene de largo 16 pulgadas, 7 de ancho, y 3 de grueso: se come.

LA-

¡Salve, campo de Cuba enombrado,
Claro sol, limpia fuente,
Verde copa del bosque y del prado
A mi vista presente!
(Felipe Poey. "El Arroyo")

En enero de 1784 el filósofo y poeta alemán Goethe publica su ensayo "Sobre el granito" anunciando una cosmovisión unitaria entre el arte y la ciencia en la naturaleza; y a mediados de junio de 1793, Schiller define en Jena el plan para su revista HOREN (Las Horas) junto con Fichte, Woltmann y Guillermo de Humboldt. Entre los colaboradores están Herder, Engel, Klopstock, Gotter, Garver, Voss, Jacobi, Kant y Goethe.

Goethe comenzaba a experimentar directamente con la naturaleza, a "ver con las manos y tocar con los ojos", como dice en las Elegías romanas. No hay que extrañarse que un hombre como Humboldt colaborase en Las Horas con un hombre como Goethe; o con un filósofo como Kant que aplicaba a su filosofía la física de Newton y la matemática de Leibniz; o que colaborase con un poeta y dramaturgo como Schiller que se nutría de Kant.

A nuestros estudiantes actuales de filosofía y literatura les resultará difícil la comprensión de este fenómeno, ya que existe un completo divorcio entre nuestros intelectuales y la ciencia. Lo que antaño fue fundamento de la filosofía de Platón y requisito indispensable para ser admitido en su Academia, no ignorar la Geometría, hoy es alegre liberación de lastre innecesario. Absurda liberación.

No creo, por ejemplo, que una comprensión total —he dicho total— de la obra de Valéry sea posible sin tener noticias del maravilloso mundo de la Matemática. Mucho se ha hablado, y bien, de ese peregrinaje vital al mundo de los orígenes; pero se ha olvidado definirlos y decir claramente cuáles son. Por mi parte creo que en los orígenes de la cultura de Occidente la investigación científica es piedra angular.

La investigación científica en la Cuba del siglo XIX era tan precaria como el estado de su capital. La ciencia era tan nula como la política. De La Habana que vió el Barón de Humboldt en 1800 nos dice el Padre Varela en "El Habanero": "No hay opinión política, sino opinión mercantil. Los únicos asuntos que interesan son los que se ventilan en los muelles, donde se amontonan las mercancías".

Juana Pastor, maestra y poetisa de color, en su epístola "El gusto del día", censura el afán de lucro de la sociedad habanera y el desprecio por la literatura. Se le olvidada incluir la Ciencia.

San Cristóbal de La Habana, a pesar de sus maravillas excepcionales, torreones, castillos, palacios, era una miserable ciudad donde las epidemias diezmaban a la población a pesar del mucho rezo. El viajero Samuel Hazard observa que: "al mismo lado de una casa particular, de elegante y limpia apariencia, se ve un sucio establecimiento usado como almacén".

En las afueras de la ciudad, entre maniguas y cenegales, barrios pobrísimos de libertos y blancos fuera de la ley con los cuales se mezclaban negros cimarrones. Y por allí, de espías, los esbirros de la partida de Armona, que perseguía el espíritu de libertad; y el fantástico Bonaparte Tordá (ver Cecilia Valdés) a la búsqueda de los esclavos huidos.

"El sistema actual de la enseñanza pública retarda y embaraza los progresos de las artes y ciencias", decía el Pbro. José Agustín Caballero al finalizar el siglo XVIII. Esto en cuanto a la enseñanza superior, porque la primaria se limitaba a 71 escuelas con maestros de la raza negra, entre ellos Lorenzo Meléndez y Mariano Moya.

La juventud estudiantil de Cuba vegetaba sin inquietudes artísticas o intelectuales. Ni tan siquiera las tenía políticas. Su preocupación era el juego y el sexo. La educación que recibían estaba saturada de catecismo, historia sagrada y latinajos de Nebrija. Merodeaban por los maniguales que llamaban Hoyo del Inglés, hoy San Rafael y Aguila, después de haber paseado por los barracones del Prado contemplando a las negras esclavas expuestas en el mercado. Ya hombres, ampliaban el repertorio de placeres en escuelitas de baile, velorios, altaritos de cruz y ferias, lugares favoritos de reunión. No faltaban a la fiesta de la Loma del Angel el día de San Rafael que daban las lesbianas en la cual los platos de rigor eran cangrejos y tortillas; o a las de Salud, con sus fuegos artificiales. ¿Qué otra cosa podía esperarse de ellos? Después de todo sus papás eran administradores o mayorales; traficantes de esclavos o burócratas españoles enriquecidos con el latrocinio. En el año de 1830 nos encontramos al gobernante representativo de la época, a Fco. Dionisio Vives, mitad bandido mitad militar, que mantenía un garito y una valla de gallos en el Castillo de la Fuerza, para su diversión. El siniestro Tacón informa en 1834 al Gobierno de España que en La Habana, que contaba con unos cien mil habitantes, vivían del juego unas doce mil personas. Hay que citar de nuevo a O'Donnell, que en 1844 decía: "Con un tiple, un gallo y un naipe, está asegurado el gobierno y la paz en esta tierra". O'Donell sabía por experiencia que el afán de lucro y de placeres era lo único que dominaba en la Isla, pues su distinguida esposa, apodada la Tía María, ayudaba a mantener la trata de esclavos recibiendo una onza de oro por cada negro procedente del Africa, a pesar del abolicionismo.

Así, cuando una deficiente Universidad se fundó en La Habana en 1728, ya Méjico y Santo Domingo y Perú la tenían; y así, también, la imprenta se introduce en Cuba doscientos años después que en Méjico.

En el año de 1761, cuando la reforma universitaria, el rector pide se le permita establecer una cátedra de Física experimental y dos de matemática superior, petición que debía autorizar la Metrópoli. Hubo que esperar seis años por la respuesta del rey Carlos III. Su Católica Majestad prohibió la cátedra de Física y sólo permitió una de matemática superior.

Según leemos en Saco, en el Seminario de San Carlos se realizaron exámenes de Física en 1823-24, y la enseñanza de la Filosofía incluía tres disciplinas: Lógica, Metafísica y Física experimental. La inquietud por la ciencia entre los educadores no trascendía del Padre Varela, Luz y Caballero y Saco.

Esta era, más o menos, La Habana en la cual nació Poey.

Nació Felipe Poey y Aloy en la Habana, el día 26 de mayo de 1799. Fueron sus padres Don Juan Andrés, natural de Oléron, en el Béarn de Francia, y Doña María del Rosario, hija de esta ciudad. La familia pasó, el año de 1804, a residir a Pau, Francia, ingresando Felipe, a los cinco años, en un colegio de dicha ciudad. Al poco tiempo murió el padre, y su madre volvió a Cuba. El niño permaneció tres años más en Francia.

A la edad de ocho años vuelve de Francia, e ingresa en el Real Seminario de San Carlos. En 1820 se graduó de Bachiller en Derecho, cuando contaba 21 años de edad. Tres años más tarde parte para Madrid, donde, al año de estancia allí, y tras tomar la investidura de Abogado y ocupar el cargo de Profesor en la Academia de Jurisprudencia, tuvo que escapar de las iras de Fernando VII y el furor de la reacción, trasladándose a Cuba.

Ya en su patria comienza a intensificarse su amor a la naturaleza, dividiendo entre las tareas de su profesión y las de su vocación todo el tiempo, hasta que en el año de 1825 se casa con una cubana, marchándose otra vez de La Habana con dirección a París el año siguiente.

En este viaje el abogado va unido al naturalista. Se lleva consigo una buena serie de dibujos de peces cubanos hechos por su mano y una colección de más de ochenta peces en un barril de aguardiente. Todo este rico material lo pone a disposición del primer naturalista de Francia, Cuvier. En este instante Poey tiene 27 años.

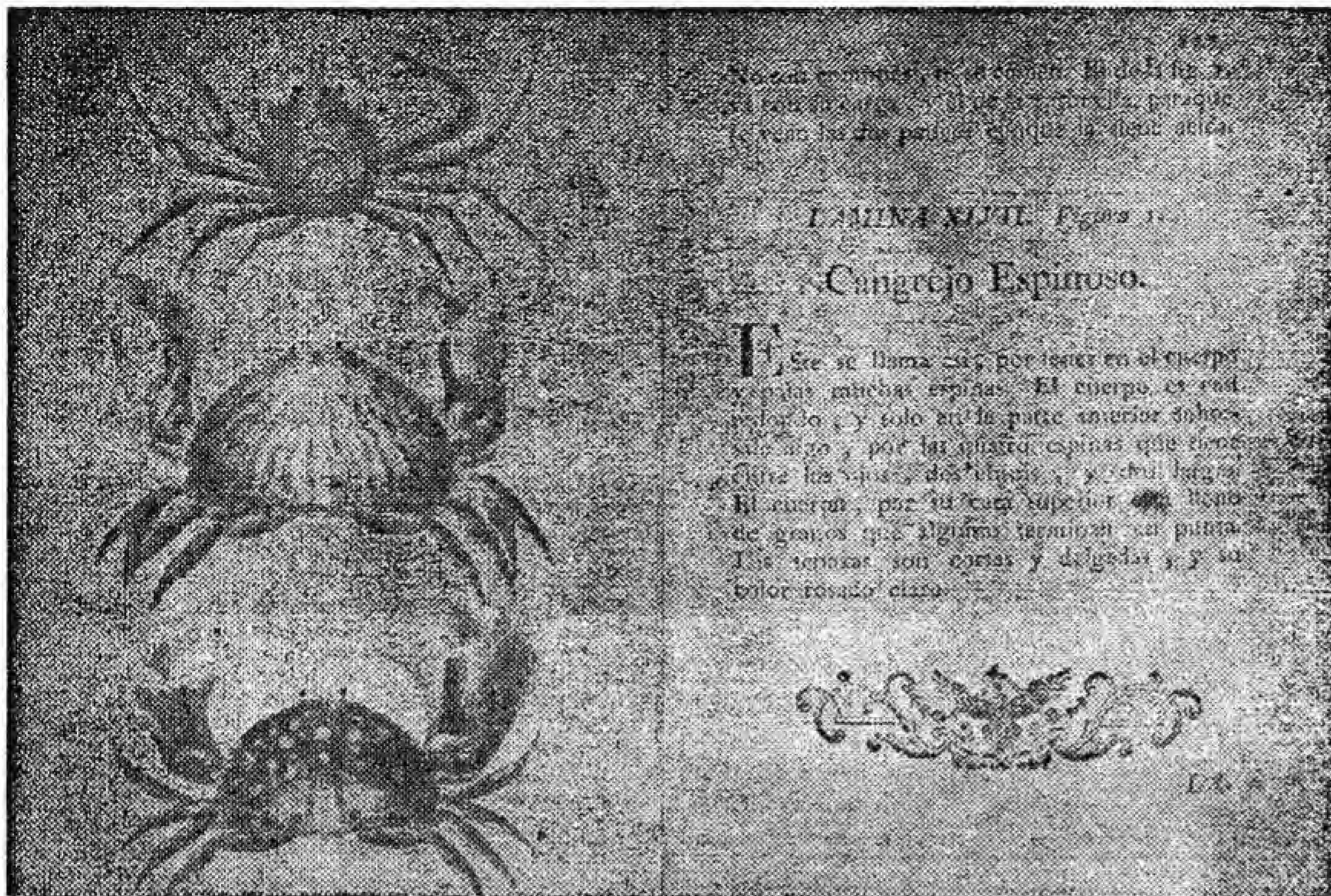
Las notas y los dibujos de Poey fueron de gran utilidad para el eminente ictiólogo que, en compañía del no menos notable Valenciennes, publica la "Historia Natural de los Peces". Se añadieron en esta obra unas cuantas especies nuevas; y Poey tuvo la satisfacción de ver su nombre y sus observaciones citadas por estos sabios, con más frecuencia aún que los de su famoso predecesor Don Antonio Parra, que había publicado en La Habana el año de 1787 la primera noticia sobre los peces de Cuba. Dos aportes de Cuba, aunque modestos, a la cultura europea.

En París parece dividir su tiempo entre la Escuela de Derecho y el Museo de Historia Natural; y es allí donde se rinde el más sincero culto a la "honradez científica" y donde Poey pudo convencerse de que el amor a la ciencia llega a inspirar y crear el sentimiento moral. Fue el recuerdo de aquellos días lo que le inspira su bello artículo "la felicidad en la Ciencia".

Estas páginas llenas de lirismo no eran raras en un hombre como Poey que, además de la Historia Natural, cultivaba la poesía, la pintura, la historia, el costumbrismo, la crítica literaria y que como *causeur* era encantador e inagotable, según Montané.

Poey tenía un defecto físico que le impedía pasear con los jóvenes de su edad; acaso fuera ésta una de las causas que le hicieron buscar más su distracción en lugares de reposo, museos y bibliotecas, y de que profundizara sus estudios literarios, especialmente la lengua latina, que dominaba a la perfección. Esta opinión de algunos de sus biógrafos no explica por qué otros jóvenes completamente sanos siguen la senda de un Poey.

Allí en París, en constante charla con los más sabios naturalistas de la época —Latraille, Serville, Léfebre— el habanero Poey se une a la idea de fundar la Sociedad Entomológica de Francia, y vemos en sus escritos el regocijo que siente al recordar aquellas sesiones preparatorias y precursoras de la Sociedad, que por fin quedó constituida el 29 de febrero de 1832, siendo Poey uno de los catorce miembros fundadores. Este fue el año de la muerte de uno de los hombres que más estudió la naturaleza: el poeta alemán Goethe.



Del libro "Peces y Crustáceos de la Isla de Cuba", del portugués Antonio de la Parra. Ilustraciones de su hijo, de unos quince años de edad, con grabados en metal, según se dice en el prólogo del libro.

Una exigencia natural en el espacio nos obliga, como primera razón, dejar fuera de texto a figuras tan importantes como Finlay, Romay, Alvaro Reinoso, Sandalio de Noda; como segunda razón, el plan de hacer un número de LUNES DE REVOLUCION dedicado a la ciencia en el siglo XIX.

Infatigable en la labor científica, continúa sus visitas al gran Cuvier, en cuyo laboratorio estudia y aprende todo lo que necesitaba saber sobre los peces (anatomía y biología), para, más adelante, usar de esos conocimientos en su patria.

Estudió la vida de las mariposas comenzando en París una gran obra que por desgracia quedó trunca por su inesperada salida para La Habana. Esta es la "Centurie de Lepidoptéres de l'Ile de Cuba". Sus veinte láminas coloreadas, sus descripciones y observaciones, todo lo hizo Poey. Aquí no se sabe a quién admirar más, si al científico o al fino dibujante y acuarelista. De sus descripciones, sólo diremos que pueden compararse con las más perfectas de sus contemporáneos.

El año de 1833, a los 34 años de edad, vuelve a Cuba. Comienza su labor dedicándose al estudio de nuestra fauna y flora. Estas actividades le conquistaron en noviembre 3 de 1836 el nombramiento de socio corresponsal de la Real Sociedad Zoológica de Londres.

De 1836 al 42 sus actividades se multiplican. Necesita trabajar para librar el sustento, habiendo dicho uno de sus biógrafos: "el estudio de la Historia Natural amada de toda su vida, en cuyo seno siempre leal y generoso, calmaba los rigores de la fortuna, que sólo por ciega pudo serle esquiva". Poey publica una serie de obras de texto que más adelante detallaremos; colabora en casi todas las revistas durante ese periodo y promueve en el año de 1839 la creación de un Museo de Historia Natural, del cual se le nombró director.

Al fundarse la Universidad Literaria de La Habana en 1842, se le designó para desempeñar la Cátedra de Zoología y Anatomía Comparada, en cuyo cargo fue confirmado por Real Orden en enero del siguiente año, y en el mismo lo encontró la reforma de 1863.

La aparición de la gran obra de Cuvier y Valenciennes, la **Historia Natural de los Peces**, y más tarde la del naturalista inglés Gunther, sirvieron a Poey para estudiar profundamente los peces de Cuba, pues para entonces no había una obra general sobre estos seres que abarcara la fauna de todo el mundo, y no era posible que Poey se aventurara a dar nombres nuevos a muchas especies que pudieran ser comunes a otros mares y a los nuestros.

Desde el año de 1842 el estudio de los peces ocupa un lugar preferente en la vida del naturalista. Sus visitas diarias al mercado, su íntima amistad con los pescadores dan lugar a que cuarenta años más tarde, el célebre ictiologista americano, David Starr Jordan, después de una visita a nuestra Isla, publicara su biografía en una revista científica norteamericana comenzando con este bello párrafo:

"—¡Ah! pero vea usted a Don Felipe... él sí sabe de los peces cuánto hay que saber".

Este es el primer consejo que recibe el americano naturalista en los mercados habaneros al empezar su colección de peces. En la Pescadería Grande me dijo un pescador que Don Felipe estuvo yendo allí por espacio de veinte años, al mediodía, a la hora que se saca la pesca de los botes, y que él conocía los peces cubanos mucho mejor que los pescadores mismos".

Los manuscritos y dibujos de la "Ictiología Cubana" de Poey fueron exhibidos por el Gobierno Español en la Exposición de Amsterdam de 1883, siéndole otorgada al cubano por el rey Guillermo III, la condecoración de la orden del León Neerlandés. Ya Poey había sido nombrado por el rey de España Comendador de la Orden de Isabel la Católica.

Todo lo estudió; toda la fauna de Cuba pasó por sus manos. En cuanto a los reptiles, basta leer su trabajo sobre el **Gordius Aquaticus** (culebritas de la crin); o aquel otro tan notable sobre la circulación del cocodrilo. Publicó una obra sobre **Geografía de la Isla de Cuba**, y un **Tratado de Mineralogía**. En 1841 publicó una **Geografía Universal**.

En su nota sobre **Las Mariposas** encontramos al poeta en esta frase: "si bella es la flor, más bella es la mariposa, que según la expresión de un poeta, es una flor que vuela". Citemos algunas de sus principales poesías: **El Arroyo**, la **Egogla a Silvia**, la canción popular **Despedida a Guanabacoa**, y su soneto **El Suspiro**.

Las notas que había tomado en los archivos y bibliotecas españolas le sirvieron para darnos a conocer en correcto castellano las **Décadas de Pedro Martyr de Anglería** sobre el descubrimiento de América. Para demostrar la importancia de un plano antiguo confeccionado por José María de la Torre nos dice Bachiller y Morales: "Para levantar este plano, tuvo su autor ocasión de disfrutar de los interesantes manuscritos del sabio naturalista Don Felipe Poey, quien merced a su exquisito gusto, y afición por los estudios históricos... recogió varias y copiosas apuntaciones de las obras inéditas conservadas en bibliotecas y archivos, mientras permaneció en España, llegando hasta el extremo de haber trasladado en caracteres taquigráficos volúmenes enteros de varias obras".

Digna es de leerse su traducción de la **Historia de los Imperios de Asiria** de Burette, en la cual Poey demuestra sus profundos conocimientos de historia antigua por las anotaciones y aclaraciones que agrega al texto francés.

El 28 de enero de 1891 murió rodeado de sus discípulos.

A Federico Poey — Para entregar a su debido tiempo a Serafina y Güell.

Habana, San Felipe Neri 26 de Mayo 1889, 90 años.

Mis queridos sobrinos Serafina y Güell, Joaquín.

Suplico que a última hora me dejen morir tranquilo, conforme a mi Ley. Me hicieron cristiano sin consultármelo; la razón y la filosofía me han hecho materialista.

No creo en Dios.

La idea de Dios, con los atributos que le conceden, es inconcebible; su definición es negativa e impalpable.

El Dios de los cristianos es egoísta y cruel.

Si porque no hay reloj sin relojero, se infiere que no hay universo sin Dios, dígame, ¿quién hizo a Dios? ¿Salió de la nada?

Si Dios existe, me juzgará por mis obras, no por mis creencias.

Nadie es dueño de creer o no creer.

Es imposible creer que lo blanco sea negro, ni lo negro blanco.

La sagrada escritura trae una carta de San Pedro, que dice:

"El que tiene malas obras y tiene fé, Dios le puede salvar por su infinita misericordia; el que tiene buenas obras y no tiene fé, Dios le debe la salvación por débito".

No admito confesores, tan pecadores como yo; y rechazo los auxilios espirituales de la Iglesia. Rehuso especialmente a los jesuitas. Tengo mucha amistad con el P. Viñes, pero a última hora, no quiero verlo en mi cuarto, ni su sombra.

Federico tiene el encargo de conseguir buenamente que mis amados sobrinos me dejen tranquilo: en cuyo caso quemará esta carta; de lo contrario la presentará a los dos, y si con esto no basta, si entran sacerdotes tan hombres como yo, a ponerme en comunicación con Dios, conseguirán desesperarme anticipando mi muerte, y oirán blasfemias que nunca han oído.

Quiero morir como Antonio Mestre, sin escándalo.

Felipe Poey y Aloy

Estudiando a la naturaleza puede el hombre esperar días tranquilos y felices. Pasando los mismos trabajos que Linneo, está en la actualidad un hombre de bien, amigo acrisolado, respirando por su gusto los miasmas de la Ciénaga de Zapata, cercado de cocodrilos; pero satisfecho y agradecido a la cordial hospitalidad que allí recibe. Es hombre que sabe, como Diógenes beber en jícara; y todo lo da por bien empleado, si descubre una especie nueva de insecto, o molusco terrestre, o un pájaro que falte en su colección. No tiene bienes de fortuna, pero es rico de contento; viaja ligero, no obstante de que todo lo lleva consigo, porque la conciencia no le hace peso... Tiene el fuego sagrado de la ciencia, y lo distribuye por donde pasa. Este naturalista es alemán, reside en la Isla de Cuba desde el año 1839... ¡Con cuánta satisfacción estampo en esta páginas el nombre del Dr. Juan Gundlach!

(de "La felicidad en la Ciencia")

Mi apreciable amigo: he recibido sus dos cartas instructivas y pintorescas sobre el Pez ciego de las Cuevas de Cajío. Su lectura me ha gustado mucho: no he leído con más interés Los Misterios de París. **Por ella veo que cuando un hombre nace con cierto signo, ha de vivir bajo su influencia ¿Por qué, entre tantos que se hallaban en el ingenio de** La Morenita, **sólo uno tomó con entusiasmo una idea indiferente, tal vez despreciable para otro? ¿Y por qué, cuando yo andaba a gatas, me quedaba una hora entera (cuenta mi madre) boca abajo contemplando las hormigas? ¿Quién dió educación al hombre de las Cañas? ¿No fue Ud. mismo el que se mandó a la escuela? ¿O abrió Ud. una escuela para sí mismo? Esas son las mejores escuelas...**

Nunca volveré a ver el camino de Embarcadero (de Banes). El año 1893 andaba por él, con un saco en la mano para coger mariposas, como antaño: conocí a mis antiguos amigos, los bejucos y matojos de la vereda acostumbrada; y acordándome de este verso de Lamartine: "L'homme par ce chemin ne repasse jamais", exclamé con fervor: Miente Lamartine, yo he vuelto al origen de mis días.

(fragmento de una carta a Tranquilino Sandalio de Noda)

LAS ARTES



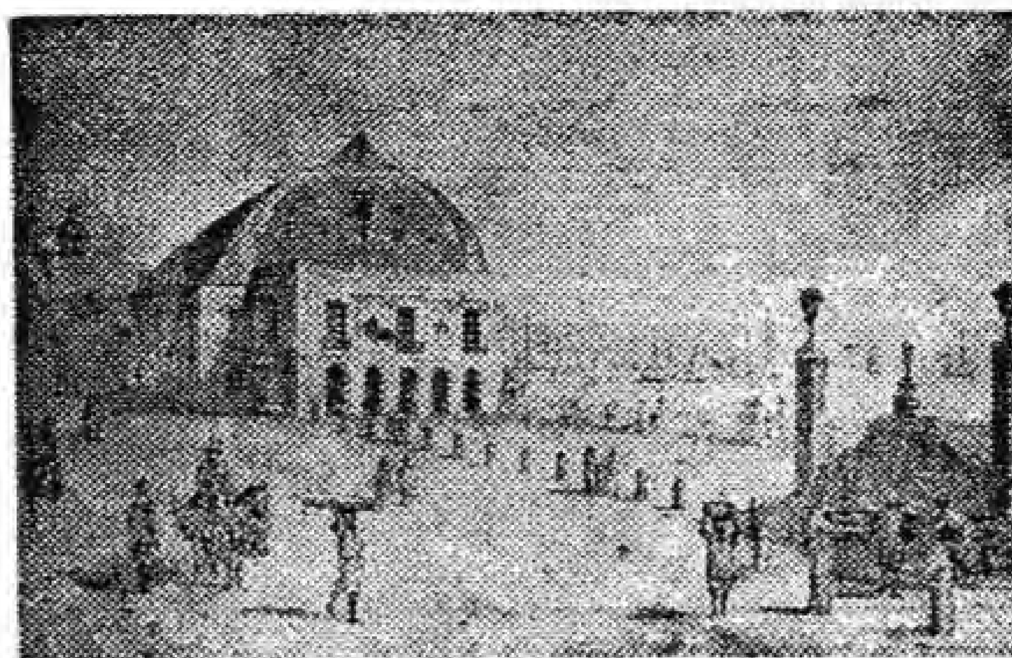
LA POESIA

POR VIRGILIO PIÑERA

La lista, generalmente aceptada, de los poetas cubanos del siglo pasado alcanza exactamente la docena. Son esos poetas: Heredia, Plácido, La Avellaneda, Mendive, Milanés, Luaces, Zenea, Pérez de Zambrana, Pérez Montes de Oca, Casal, Martí. Ahora bien, mirado en su conjunto, nuestro siglo XIX vio esta docena multiplicada en abundancia. Quiere decir que con el tiempo se ha ido cribando y hasta tamizando. Doce poetas parece exiguo, pero si tenemos en cuenta el tiempo —1803 (nacimiento de Heredia) a 1895 (muerte de Martí)— y si no olvidamos que estos poetas se dan en una colonia y, por añadidura, española tendremos que convenir que dicha cifra resulta más que suficiente. Francia tiene sólo ocho poetas de primera línea en su siglo XIX: Lamartine, Hugo, Vigny, Musset, Baudelaire, Verlaine, Rimbaud y Mallarmé. Y aún de esa lista podría suprimirse la "primera línea" en alguno que otro nombre.

De cualquier modo, estos doce poetas son los elegidos y seguirán apareciendo en las antologías. Aunque puede haber sorpresas. Por ejemplo, Vitier en "Las Mejores Poesías Cubanas" excluye a Mendive. Dice que "Mendive no escribió ningún poema de primera línea". ¡Cómo dudarlo! Esta baja mendiviana yo la acepto, pero, al mismo tiempo, me incita a otras bajas: Plácido, Federico Milanés, Pérez Montes de Oca, ¿La Avellaneda...?

Bien mirado, ninguno de estos doce poetas se destaca sobresalientemente del conjunto. A mi entender todos hicieron la poesía un poco a la buena de Dios. Si no fue esa su intención, el resultado final parece decir lo contrario. El único entre ellos con algo parecido a un plan poético —aunque no sea, como se ha venido afirmando, el mejor de nuestros poetas— es Casal. Los veo como a fuerzas de la naturaleza que no lograron llegar a una síntesis. Aunque toda nave poética debe navegar en medio de una tempestad perpetua, no por ello prescinde de la brújula. Esta brújula hace posible cosas como **Las Flores del Mal, Hojas de Yerba o Residencia en la Tierra.** Si consultamos la producción de nuestros poetas del XIX veremos de entrada que ellos tocaron muchas cuerdas pero ninguna de modo decisivo. Después hay el maldito problema de los modelos: Luaces juega a la candelita entre Byron y Espronceda; La Avellaneda con Quintana y Gallegos; Zenea con Musset; Casal con Baudelaire... Y claro, si se tienen los ojos puestos en París, Londres o Madrid y si al mismo tiempo se vive en Ultramar como parisino, londinense o madrileño, el correo poético, en vista de la distancia, no sólo llegará tarde sino marchito. Para decirlo con menos humor, a esos poetas les faltó hacer pasar la poesía por el torrente sanguíneo. Y algo de mayor importancia: no bastaba ser separatista del lado político; también era necesario separarse desde el lado poético y literario. Esta contradicción entre la madurez política y la inmadurez poética es evidente en nuestros poetas del XIX. De ella exceptuamos a Martí, aunque con las naturales reservas. Ya volveremos sobre esto. Hombres como Heredia, Luaces, Zenea (a pesar de las polémicas surgidas por el famoso salvoconducto) Mendive, Casal estaban claros en que Cuba debía ser libre y soberana. Esta oposición al gobierno español los condujo al destierro, a las persecuciones y hasta a la muerte. En sus cantos se refleja el anhelo independentista, y en sus crónicas (como en Casal) la crítica mordaz del régimen español. Es decir, pensaban con su cabeza cuando estaba en juego lo político; en cambio, si estaba en juego lo poético pensaban con las cabezas ajenas. Por supuesto, como eran buenos poetas los resultados no fueron despreciables pero al mismo tiempo no fueron los grandes resultados, y en Arte cuentan los grandes resultados. Uno habría preferido que Casal no se enterneciera demasiado con Baudelaire para que le hubiese quedado tiempo para enternecerse con él mismo. Un buen puntapié, en su momento oportuno, a Baudelaire, y Casal se quitaba, de una vez y para siempre, esa sombra gigantesca. No es posible que un ser humano que vive con los ojos puestos en París, que respira la China a través de las "chinoiseries" de los hermanos Goncourt, que quema pajuelas de incienso en un cuarto de la calle





Milanés



Heredia

del Obispo, que se despersonaliza en el Des Essartes de Huysmann, que ve al "pobre Charles" en el dandy del Hotel de Pimodan y que "fuma" su opio con las hojas de **Los Paraísos Artificiales** le quede mucho tiempo y mucha vista para ver la fluyente realidad que lo circunda. No es un azar si esas Crónicas a que hice referencia y que Casal publicaba en **El Fígaro** ofrezcan la palpitante y desgarradora realidad cubana de ese entonces. En ellas, ¡qué lejos quedaba esa Francia de postal, y cuán vivos el Capitán General de turno, y los burócratas de turno!

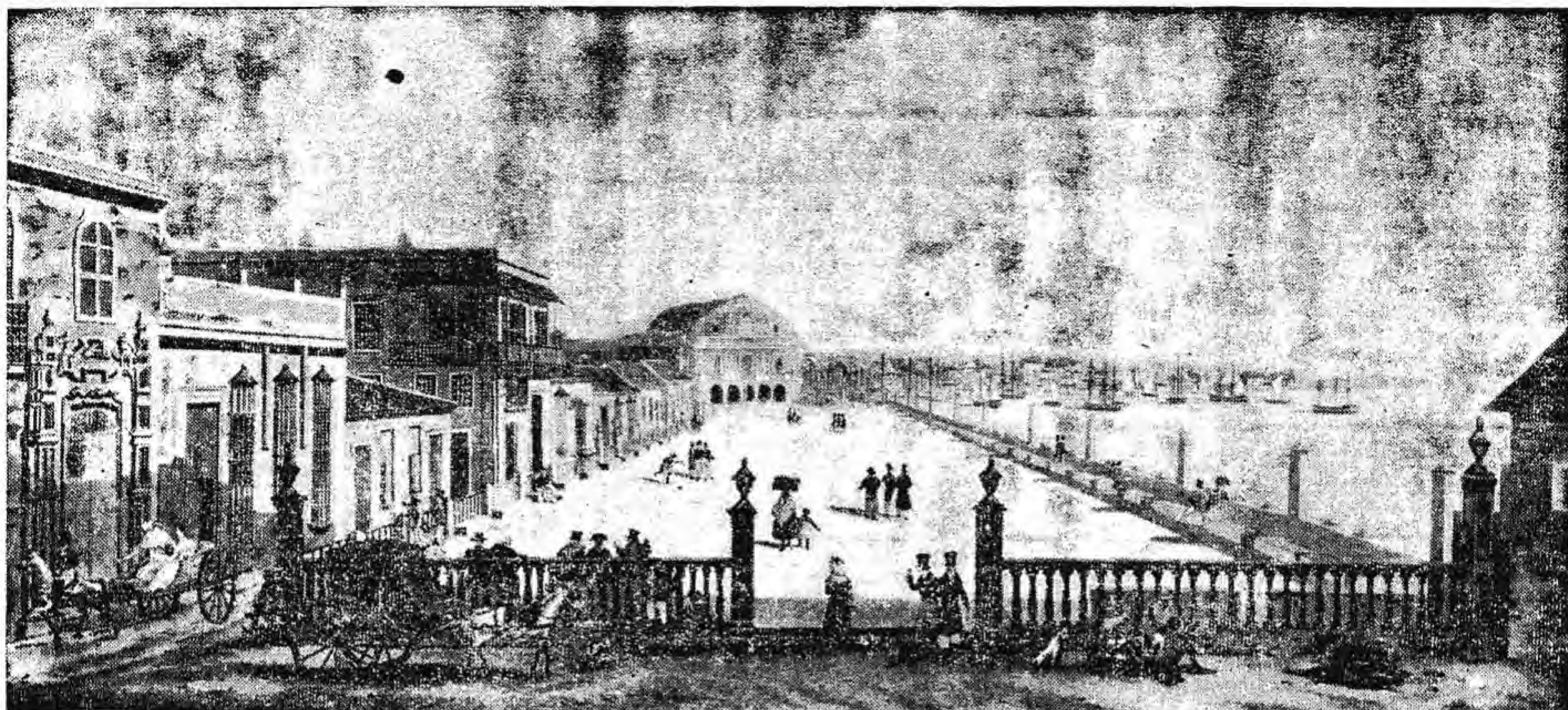
A pesar de ello, Casal fue el único entre estos poetas con algo parecido a un plan. En este sentido resulta, como diría un profesor de preceptiva poética, el más "orgánico" de todos ellos. O el único. Grande o pequeño, él se hizo de un mundo, cosa sin la cual un poeta enmudece o sólo emite sonidos inarticulados. Verdad que es un mundo francés, pero, repito, con la excepción de Martí, ¿alguno de los restantes poetas tuvo siquiera ese mundo poético prestado? Frente a Casal todos ellos parecen poetas ocasionales, lo cual no obsta para que hayan dejado piezas antológicas. Resumamos: Casal dejó tres libros: en cualquiera de ellos la poesía y el poeta marchan juntos, es decir que ambos se pusieron de acuerdo y el uno pasó por la otra y viceversa como el agua en los vasos comunicantes. Cualquier poema, ya sea de **Nieve**, de **Bustos y Rimas** o de **Hojas al Viento**, es el resultado lógico de dicha comunicación. Conclusión: Casal no es autor de poemas sueltos.

Lo cual es, por ejemplo, Zenea. Se dice que es uno de nuestros grandes líricos y sin duda nuestro romántico mayor. Estoy de acuerdo, pero lo es a base de un gran poema: **Fidelia** y de dos o tres poemas de menor aliento. Tenemos así el caso contrario al del poeta que "cierra sus operaciones" sin que por ésta o aquélla columna de sus cantidades falten o sobren cifras. Por ejemplo en **Las Flores del Mal** hay dos o tres poemas sueltos —Lola de Valencia, El Calumet de Paz, el poema satírico contra los belgas—; el resto son **Las Flores**, apretadas y medidas en el libro. En cambio, Zenea, que no obedeció a plan alguno, se dispersó en multitud de flores, que unas veces eran de oro y otras de papel. Uno pierde el resuello cuando piensa qué poeta hubiéramos tenido si Zenea nos hubiera dejado cincuenta poemas como Fidelia. Tocamos aquí el problema de la concentración poética: he ahí lo que faltó a nuestros poetas del XIX. Si como dice Bretón la "poesía es una rosa de hierro", qué poder de concentración no hará falta para arrancarla íntegra de su tallo. El poeta que se pusiera a darle palos de ciego le arrancaría un pétalo a la mitad de un pétalo, con lo cual, sin duda se apropiaría algo de ella pero malograría la unidad de la Poesía, que es, en última instancia, el objetivo perseguido. Pues bien, nuestros poetas no se concentraban; por el contrario, dejaban volar su inspiración como vuelan las hojas del almanaque, ¡ay! que no vuelven jamás. He dicho inspiración. Esta peligrosa deidad ha jugado y nos juega malas pasadas. Creo que es un lugar común de la psicología cubana, en lo referente al capítulo del carácter, que poseamos en grado sumo intuición para captar un problema, pero que, al mismo tiempo, no tengamos la paciencia necesaria para profundizarlo. Escribimos un cuento o un poema que, sin duda, cobra un gran impulso, pero en nuestro afán de desentendernos lo más pronto posible, lo echamos a un lado, es decir, lo juzgamos definitivamente resuelto. Exactamente igual pasaba a esos poetas: acumulaban poemas sin volver sobre ellos; una cantera que podía proporcionar gran cantidad de pepitas de oro era abandonada al punto para meter la nariz en otra cantera. Y es una lástima, porque lo que está a la vista, es bueno.

En **Mis Versos** dice Martí: "De la extrañeza, singularidad, prisa, amontonamiento, arrebato de mis visiones, yo mismo tuve la culpa, que las he hecho surgir ante mí como las copio".

Por fin Martí habla en nombre de sus colegas. Tal parece que hubiera querido cerrar el ciclo poético de nuestro siglo XIX señalando las fallas que a todos ellos impidió llegar a la gran poesía. Se piensa que Martí, metido hasta el cuello en la tarea de libertar a Cuba, se ocupaba de la poesía de modo marginal. Sospecho que es precisamente lo contrario, es decir, que Martí tenía un gran desvelo por lograr una expresión poética eficaz. Este Prólogo a **Versos Libres** es como su testamento poético; en él está presente esa preocupación a que vengo aludiendo. Dice Martí: **Estos son mis versos. Son como son... A nadie los pedí prestados. Mientras no pude encerrar íntegras mis visiones en una forma adecuada a ellas, dejé volar mis visiones: ¡oh, cuánto áureo amigo que ya nunca ha vuelto! Pero la poesía tiene su honradez, y yo he querido siempre ser honrado. Recortar versos, también sé, pero no quiero. Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje. Tajos son éstos de mis propias entrañas —mis guerreros. Ninguno me ha salido recalentado, artificioso, recompuesto, de la mente; sino como las lágrimas salen de los ojos y la sangre sale a borbotones de la herida.**

Me atrevería a afirmar (y creo que el lector pensará lo mismo después de refrescar este Prólogo admirable) que Martí alcanzó una madurez poética de la que está muy lejos el resto de sus colegas. Para empezar, él nunca perdió de vista la realidad cubana: en España vivió como cubano, en Méjico, en Estados Unidos, en Guatemala. Al contrario de Casal, que vivía en Cuba desdoblado en parisino, Martí afirmaba su cubanidad y al mismo tiempo la enriquecía. Estaba poseído por el sagrado fuego de la patria, luchaba con denuedo por la libertad de Cuba. Esto, si no nos equivocamos, es el mundo que él buscaba y que encontró. Cuando un hombre se halla en posesión de una verdad política tan absoluta como ser la independencia de su país, cualquiera otra de sus actividades humanas estará al servicio de esa verdad, es decir, que la prédica revolucionaria no irá por su lado y por el otro su verdad poética. Habría sido irrisorio y absurdo que Martí pronunciara discursos encendidos en Tamany Hall a favor de la independencia cubana, y al mismo tiempo imitara a Baudelaire y encendiera pajuelas de sándalo en su casa... Esa verdad poética suya era, tenía que ser, consustancial con su verdad revolucionaria. Ello no quiere decir en modo alguno que Martí se viera compelido a escribir sólo arengas poéticas en favor de su causa. No se trataba para él de poner la Poesía al servicio de la Revolución como simple función ancilar. Se encarga de aclarar: **Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava.** Martí quiere que en el gran proceso revolucionario la Poesía tenga su parte, y él empieza por exigírsela a sí mismo. De ahí que contra la opinión general, yo piense que su producción poética es producto de muchas exigencias. Claro está que los vaivenes de su vida política le impidieron, al contrario de Casal, un plan poético definido, pero no es menos cierto que ello lo salvó de escuelas, modas y modelos. No es menos cierto que él también es un poeta un tanto disperso y hasta de poemas sueltos, pero una vez reconocidas tales limitaciones, habrá que proclamar que resulta el más vivo de los poetas del XIX. ¿Y por qué? Martí es, en último examen, un gran apasionado —de la libertad de Cuba, de la verdad, de la vida y de la muerte. Cuando la pasión se asienta en realidades tan tremendas como ésas, los actos —poéticos o revolucionarios— del hombre que la lleva dentro también resultarán tremendamente convicentes. Pondré un ejemplo: uno de los poemas más personales de Casal, bastante alejado del tufo baudelairiano, es el titulado **Recuerdo de la Infancia**. Sin duda es un poema magnífico, pero su lectura no logra llevarnos más allá de la persona del propio poeta. En cambio, cualquiera de los poemas logrados de Martí, venciendo la barrera interpuesta entre el poeta y el lector, nos introduce de lo particular en lo general; del episodio en la historia. Esta es la hazaña, parcialmente realizada por él, y es también el puente mágico que podría unir la orilla poética de nuestro siglo XIX con la orilla poética de nuestro tiempo



Al fondo el Principal: el mejor Teatro de la monarquía española

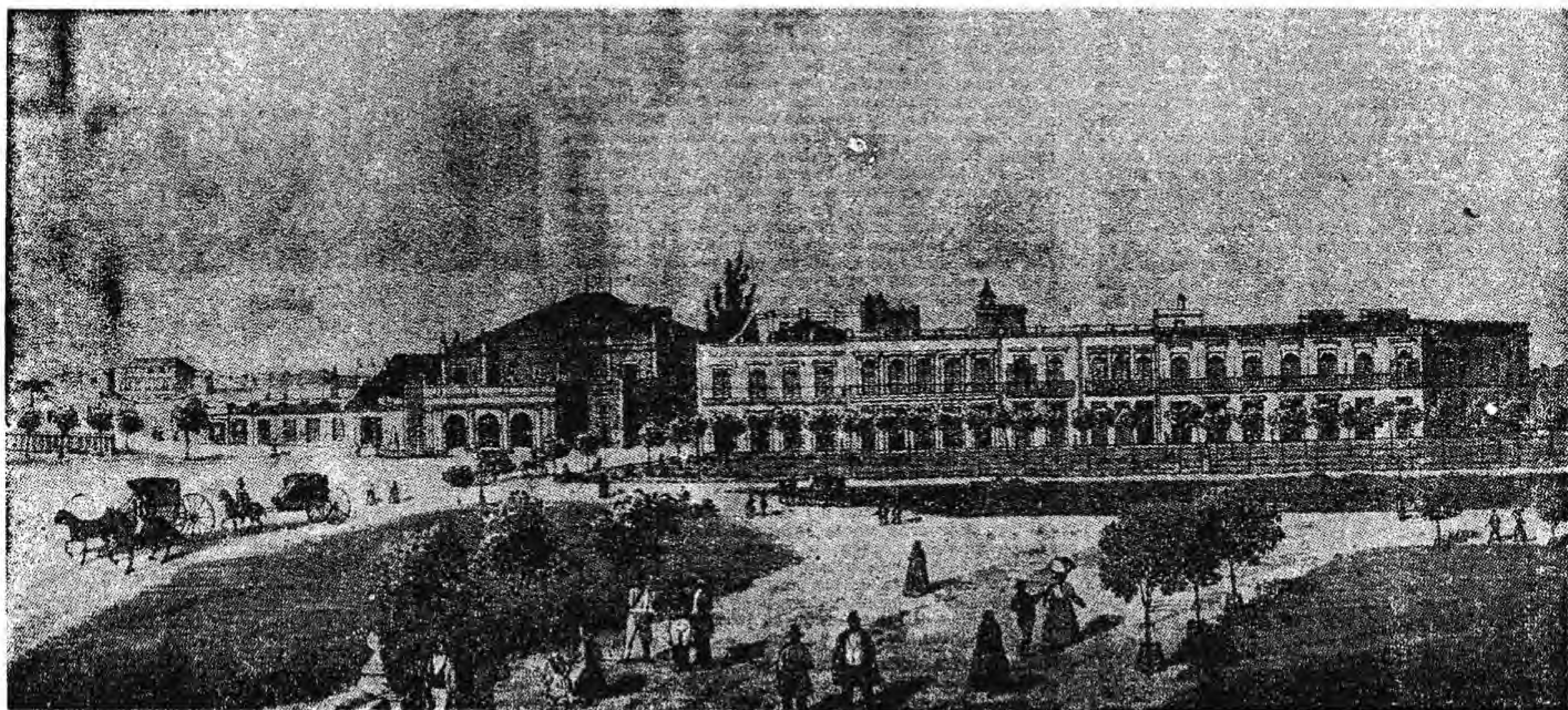
NUEVA MIRADA HACIA EL PASADO

POR MATIAS MONTES HUIDOBRO

De pronto nos encontramos con el reverso de la medalla, porque una serie de conceptos procedentes del pasado piden una revisión y un nuevo análisis, de lo cual esto no es más que un esbozo para una penetración ulterior —que alguien debe hacer— mucho más detenida del asunto. Lo que sí queda claro es el cambio de valores. Esta rápida mirada sobre el teatro cubano en el siglo XIX, su integración a la atmósfera vital de la época, arroja apenas entramos en él, un inmediato descubrimiento de la confusión que ha imperado, el injusto descenso de nombres y el injusto ascenso de otros. Nuestro teatro del siglo XIX, en la estructuración usual y de acuerdo con la formación didáctica que se adquiere, por ejemplo, a través de la educación secundaria o universitaria, que se supone forme los cimientos de una cultura general, aparece limitado casi a un nombre: la Avellanada. Si tenemos suerte se agrega a José Jacinto Milanés y, tal vez, Joaquín Lorenzo Luaces.

Sin embargo, la atmósfera del teatro cubano en el siglo XIX es, de inmediato, bien diferente al nombre de la Avellaneda —a menos que se vea en la Avellaneda la necesidad de irse como una consecuencia del clima adverso a todo desarrollo intelectual— y mucho más viva y funcional. La estructura política que padecimos, el carácter nacional y la conciencia cubana tuvieron en el teatro del siglo pasado manifestaciones más vivas.

Surge, en primer lugar, con un nombre hasta ayer desconocido más que olvidado; un nombre que ha necesitado toda una revolución social para recordarse e integrarse a la cultura nacional. Por supuesto que se trata de Francisco Covarrubias. Pero, ¿quién era Francisco Covarrubias? Su limitadísima bibliografía demuestra la injusta valoración. El nombre de Francisco Covarrubias hay que buscarlo con lupa. El aporte más interesante lo brinda la biografía breve escrita por José Agustín Millán —otro nombre olvidado—, un folleto anónimo publicado a raíz de su muerte y un folleto de Enrique Larrondo Maza, publicado en 1928, al parecer el único cubano que recordó a Covarrubias durante medio siglo de vida republicana. En dicho folleto, y creo de interés anotarlo, Larrondo Maza pedía para Covarrubias un busto que lo recordara. Posi-



Tacón: centro del teatro

blemente pedía demasiado en su época. Afortunadamente, la revolución cubana le ha ofrecido una sala teatral, un teatro.

Sin pretensión de referencia biográfica, es oportuno señalar que Covarrubias es considerado como el fundador de nuestro teatro y que dentro de él se manifestó como actor y autor dramático. Inició sus actividades dramáticas como galán en tertulias familiares de la época y en principio se negó a interpretar papeles cómicos. De forma casual interpretó un papel jocoso en el sainete "Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena", determinándose con ello su vocación y su decisión de no volver a papeles serios.

Las actividades iniciales de Covarrubias en sentido profesional se inician dentro del más popular de nuestros marcos: el Teatro del Circo, situado en el antiguo Campo Marte. La descripción que hace Buenaventura Pascual Ferrer, cronista de la época, en "El Regañón", son fracamente admirables y objetivas: "Las paredes son de tablas podridas e indecentes, la figura de su área es la de tres cuartas partes de un círculo, la galería de tablones que en cargando un poco de gente amenazan ruina, las salidas no son más que dos, y tan estrechas, que en caso de tropel de fuego perecerán todos primero que ganar la calle, la disposición de los asientos es de tal modo por no desperdiciar el terreno, que no puede usted menearse del sitio que ocupa sin incomodar a todo el género humano..." Inaugurado en 1800 y con la presencia de Covarrubias, que no buscó en escenarios madrileños mejor marco a sus condiciones, se abre el siglo XIX.

Covarrubias pretendía integrar a todas las clases sociales dentro del marco de sus dotes histriónicas. Sus décimas lo reflejan claramente. En sus presentaciones en el interior, recitaba:

TEATRO

"Para tan bella función
al pueblo no me limito,
pues para mi función cito
toda la jurisdicción:
Venga pues, sin excepción,
tan cabal y tan entera,
que nadie excusarse quiera;
y en potrero y cafetal
sólo quede en día tal
el negro de talanquera".

Y en beneficios que se organizaron en los últimos años de su vida, ricos, clase media y pobres se dieron cita. Esto no excluye tener que señalar que, después de sus triunfos y del reconocimiento de actores y compañías extranjeras que nos visitaban, la figura de Covarrubias muriese en la indigencia mientras en el Teatro Tacón, muy celebrado por los cronistas nacionales y extranjeros, la Opera Italiana servía de fondo musical a su abandono. Durante los últimos años de su vida, Covarrubias sufrió quebrantos y penas, lo que constituye también un reflejo axacto de las condiciones sociales manifestadas en el teatro.

Por referencias indirectas sobre la obra dramática de Covarrubias, tenemos que agregar algo más, por cierto fundamental. Covarrubias nacionalizó los pasos, sainetes y entremeses españoles, iniciando el género chico cubano. "Cuadritos sin trama, fragmentos arrancados a la vida de las clases bajas y traídos a escena sin depurarlos siempre del humorismo picante"; "sátiras a las costumbres y a la política"; "de chulos y toreros a monteros, carreteros y peones" (José Juan Arrom). Inicia así Covarrubias las notas que perdurarían como dominantes en el transcurso del siglo hasta los sainetes de Sarachaga a inicios de la República.

Frente a este panorama popular hay que señalar otros aspectos de vivo interés por los reflejos sociales que implica. En primer lugar tenemos los teatros, que constituyen en sí mismo algo más que una simple expresión de cultura para convertirse en una manifestación de la estructura política sobre la que descansan. La construcción del Teatro Tacón es altamente expresiva del asunto. Don Miguel Tacón, gobernante de triste recordación, manifiesta a su modo las razones de ser del Teatro Tacón: "a fin de que pudiesen disfrutar de este espectáculo a moderados precios las clases menos pudientes". Por su puesto que, dada las condiciones de vida y el absolutismo imperante, se trata sólo de una frase. Las descripciones fabulosas que los cronistas hacen del teatro —bien en contraste con las del Teatro del Circo— ponen a las claras lo altamente expresivo que era el teatro del espíritu de su gobernante. Por supuesto que sería tonto pedir que el teatro se adelantara a su siglo, pero hay que señalar que toda la estructura del mismo funcionaba no sólo para la escena, sino para la escena en donde el público representaba su comedia. El teatro estaba construido para que "las hermosas hagan alarde de sus ricos trajes y adornos, desde el peinado hasta el breve zapato de raso". Las características sociales se reflejarían después en el teatro no sólo con el abandono injusto a Covarrubias y en estas superficiales manifestaciones, sino en manifestaciones más profundas, como con la censura, que hicieron exclamar a un visitante español que "bajo el reinado de la Inquisición había para los teatros de La Habana más tolerancia que hoy" y "hasta los carteles de las funciones de teatro y de toro que se fijan en las esquinas" eran censurados. En el año 1841 el general Anglona publica en el Diario de La Habana una orden prohibiendo "aplaudir con palos y bastones" y obligando a los actores a ejecutar lo anunciado en los carteles. El cronista José María Andueza señala que si "poco faltaba ya para que el Teatro Tacón se convirtiera en una iglesia"; "con la orden del general Anglona se habrá convertido en un cementerio". De ese modo, más allá de la pompa externa, el Teatro Tacón reflejaba el absolutismo imperante.

En un medio ambiente socialmente negativo, no podía florecer el drama, la tragedia, la alta comedia. Sin embargo, hay algunas referencias históricas sobre este tipo de teatro que son interesantes anotar porque reflejan una época, no sólo del teatro cubano, sino de nuestra historia. La producción dramática parece ser muy dudosa en sus valores intrínsecos, pero hay algunas piezas que presentan, al menos, un anecdotario interesante. En 1839 Francisco Javier Foxá estrena "Don Pedro de Castilla" en medio de un tumultuoso escándalo con la correspondiente persecución policíaca. La obra no pudo alcanzar la tercera representación. "La causa inmediata de estos acaloramientos políticos parece haber sido la quisquillosa belicosidad de algunos peninsulares, quienes pretendieron ver en el carácter de don Pedro no sólo un sacrilego atentado a sus gustos monárquicos, sino un insulto a toda la nación española", ya que "el objeto de la comedia era inducir al odio y al menosprecio del rey y de la grandeza de España". En 1867 Joaquín Lorenzo Luaces estrena "Aristodemo", en la que bajo disfraz griego trató indirectamente el tema de la libertad de Cuba. Más adelante, en 1891, Francisco Sellén escribe "Hatuey", poema dramático que refleja indirectamente un patriota cubano de su tiempo. Por esa conciencia de la función dentro de la sociedad cubana, habría que citar otros nombres que pretendieron reflejar circunstancias de nuestro pueblo, a la que se podría agregar, como integrantes del panorama dramático del siglo y como integrantes también de ese conjunto dramático "serio" contrapuesto al género chico, piezas de autores cubanos más o menos bien estructuradas pero realizadas bajo moldes extranjeros, por lo general sin ningún aporte nacional y sin ningún aporte a la dramática universal. Podría ésta ser una base clasificatoria para este "teatro serio" del siglo XIX.

Frente a este panorama, procedente de la tradición que inicia Covarrubias, tiñendo con mayor permanencia la vida del país y tal vez del propio teatro, manifestando también la situación política, la estructura social, ofreciéndose como un tercer frente teatral, aparece el llamado "género chico". Las mismas dificultades que llevaron, por ejemplo, a Joaquín Lorenzo Luaces a tratar el tema de la libertad bajo ropaje griego en "Aristodemo", impulsa por ejemplo a Bartolomé José Crespo y Borbón, "Creto Gangá", a utilizar la jerga africana, comprensible para muchos, como medio para burlar la censura y utilizar su sátira social a través de sainetes como "La boda de Pancha Julia y Caimito Raspadura". Pero el teatro bufo lleva un impulso popular más fuerte, y un aporte posiblemente mayor al teatro cubano en sí mismo, por lo que constituye además una crónica de la época más viva, y en definitiva, más perdurable en todo sentido. Pese a su carácter circunstancial, cuando lo miramos desde este siglo, resulta a no dudarlo más atractivo y ameno que la restante producción dramática del siglo XIX. La producción dramática de José Agustín Millán es, desde sus títulos, una invitación. El sainete reflejaba no sólo una sátira a las costumbres, sino una sátira política. En "Del Parque a la Luna" Raimundo Cabrera ofrece un desfile de diferentes capas sociales, cosa que no es más que un pretexto para hacer agudos comentarios a las condiciones existentes. Desde un propietario que dice:

"Pagando contribuciones
me he arruinado sin remedio
y de mi antigua fortuna
sólo me resta el aliento"
"A librarme de tributos
me voy a la luna luego";

hasta los mendigos que agregan:

"La turba de los mendigos
es en La Habana el mejor
corolario que demuestra
de Cuba la situación.
Pues muy pronto en esta Antilla
no habrá debajo del sol
uno solo que no pida
una limosna por Dios"

Sin escaparse, por supuesto, el empleado español que se daba buena vida:

"Cuando a la corte me vuelva
tendré quinta en Escorial;
mientras, sigo aquí engordando
aunque el clima es infernal.
Bendito por siempre sea
el Ministro de Ultra... mal"

En "Intrigas de un Secretario", del propio Raimundo Cabrera, se lee este gráfico comentario:

"Yo soy demócrata rancio..."

seguido de

"¡Que gobierna a palo seco!"

De este modo, no nos extrañemos que fuera al conjuro del sainete criollo donde ocurrieran los sangrientos sucesos del Teatro Villanueva, antes del Circo, en enero de 1869 y durante la representación de "Perro huevero aunque le quemen el hocico", de Juan Francisco Valerio, pieza de evidente intención patriótica. Al conjuro del sainete criollo, cubanas con pelo suelto, cintas blancas y azules, expresaban su inconformidad con el despotismo español. Y fue bajo el pretexto de un "¡Viva Cuba!" dicho tras la expresión de uno de los actores que grita: "¡Que vivan los ruiseñores que se alimentan con caña!", que los voluntarios españoles hicieron su intervención armada con pérdida de vidas cubanas.

Y así el sainete se convierte en crónica viva del siglo XIX y en la máxima expresión de nuestro teatro, hasta que llega la República e Ignacio Sarachaga, ya en nuestro siglo, grita en uno de sus sainetes, y tal vez con un choteo un poco escéptico: "¡Viva la tierra que produce el aguacate!" Procedentes del inicio del siglo, con Covarrubias a la cabeza, no muere el sainete con él. No lo hizo morir las condiciones adversas auguradas por José Agustín Millán cuando escribió: "El teatro cubano debe llorar la pérdida de Covarrubias porque su muerte augura la total ruina de un espectáculo que cuenta tantos aficionados y los habaneros no debemos olvidar nunca que Covarrubias era una de nuestras glorias artísticas más dignas de alabanza". No fue ni siquiera la colonia, sino una República con valores a la inversa, deformante, la que dio sus golpes de muerte al panorama teatral. Pero las transformaciones sociales y un nuevo punto de vista ante las cosas aclarará el siglo XIX y el XX.

R

MUSICA

LA CONTRADANZA

POR NATALIO GALAN



Medio siglo de factura europea

Nuestro siglo XIX lo comienzan, en la Catedral de Santiago de Cuba, los tres últimos años de la vida de Esteban Salas, lo define Manuel Saumell a la justa mitad, a la par que una pléyade de compositores que nuestra musicologia recién comienza a definir en sus intensidades y le termina Ignacio Cervantes, con cuya figura se traza una continuidad ejemplar para la constitución definitiva de nuestra música culta. No fue un siglo de tanteos sino de logros en pequeñas formas musicales que durante el mismo se les conoció como la Contradanza. El siglo XIX trazó en toda su longitud un ritmo ordenado, casi sistemático en las etapas que le llevaron a su climax.

Nueve años después de la muerte de Salas y cinco antes del nacimiento de Saumell apareció en 1812, impreso en la Imprenta de Boloña y firmado por M.M. el Filarmónico Mensual o Cartilla primera para aprender con facilidad el arte de la música. En sus páginas aparece San Isidoro mezclado con la lira de Orfeo, Pindaro y David, "el laborioso Guido, el curioso Burette, el profundo Eximeno, el ingenioso Lulli y otros Corifeos".

Con juicios criticos desmentidos por el tiempo: "La execucion no debiera depender de la composicion sino en la parte mecanica excepto en aquellas piezas maestras hijas de ingenios proceres en el arte sentimental y que son recibidas de todos como modelos perfectos, y esto es muy raro. De este genero solo pueden contarse las composiciones pateticas de Mozar, de Pergolezo, las instrumentales del celebre Hayden especialmente las ultimas en que ha desplegado su talento delicado con una música siempre variada desterando el mal gusto de las repeticiones. No son de merito inferior las piezas de Cimarosa, de Paisiello, y de un gusto exquisito y tierno las de Blanchini. Aun en estas composiciones de un merito tan sobresaliente se violenta muchas veces el ingenio imitador ¡quanta mas resistencia hallará en aquellas esteriles que se contradicen en los afectos, en la expresión, en el lenguaje etc.

¡Por esta razón Bianchini naturalmente fino y amoroso no quiere executar algunas piezas de los Escarlatis. &c.".

Esta cita es un prodigio de critica mal versada, pero es un ejemplo de movimiento en las ideas criticomusicales en la segunda década del XIX. Que a Hayden se le dé por vivo —había fallecido en 1809— y que sea el músico de los logros, prueba la influencia de ideas españolas en Cuba, por el arraigo que tuvo este compositor a fines del siglo anterior en la corte española. Pero que Biangini, joven organista y compositor italiano— en esos días aún en sus 31— fuera el compositor que diera con la clave del momento mientras Scarlatti sacrificó su expresividad por un virtuosismo huero, nos hace pensar que el critico se sentaba al órgano a meditar los logros expresivos en el tradicionalismo de un Durante.

No es de esperar que las contradanzas, que hace rato ya se escuchaban en toda la isla, fueran objeto de discusión en la peña del señor M. M. El nacionalismo no era tema para una tertulia musical con visos tan intelectuales. Las contradanzas se admitían por la función que tenían en los saraos, no por la implicación de ideas que en ellas se maduraban. Saumell no había nacido todavía y la gracia de sus contradanzas, no había comunicado a esta forma la categoría que la consagrara como el medio ideal para hacer cubanismo absoluto. La opinión del señor M.M. era pues el modelo del que partía una minoría miope para establecer un canon estético musical en sus opiniones insulares. No obstante, el hecho de que se tracen categorías, de que se sienten normas estéticas, de que se planteen las últimas conquistas didácticas en la pedagogia musical, ofrece un panorama técnico propicio al cultivo de medios musicales autóctonos.

Al establecerse Edelman con su casa editora de música en la Habana en 1836 e imprimir contradanzas que encontraban acogida en el público, el gusto de la clase media mostraba un cambio hacia lo vernáculo con un interés mucho mayor que si en 1936 Caturla hubiera editado sus obras para piano. Una casa editora de música en la Habana a mediados del siglo XIX implica una consumisión de música que nuestro siglo XX todavia no ha resuelto.

A través de revistas y otras publicaciones anteriores a esa fecha (1836) se habian publicado obras que habian creado la necesidad de un medio que sirviera más regularmente a la comunidad lo que ya se había establecido como una rutina. Obsérvese que es en las dos primeras décadas de nuestra decantada república que cesaron en Cuba las ediciones de obras musicales y sólo se hacian esporádicamente.

Partiendo, pues, de Edelman, se organiza la distribución de las contradanzas que pasaron a formar el pan rutinario de nuestra cultura musical. Muchos compositores se vieron favorecidos y entre ellos figuró Manuel Saumell que debió ser figura reconocida para que Edelman le dedicara gran cantidad de ediciones. Ya por el 1845 Saumell era figura prominente en el género de la contradanza.

Si comparamos sus obras con las de sus contemporáneos salta a primera vista la riqueza armónica, el impulso melódico, la complejidad rítmica, el estilo simpático, criollo, de todas ellas y aunque en su cromatismo no exceda al de una sonata de Haydn, hay un lirismo que le acerca a Schubert, aunque no puede decirse que tenga influencia directa. En la edición de sus obras hechas por el Lyceum, no hay una sola modulación enarmónica que nos capacite para llegar a una conclusión directa de la influencia de este compositor.

Ritmicamente Saumell deja fijado en su escritura toda una serie de matices en el fluir de sus danzas que les alejan de la posibilidad de sólo haber sido concebidas para ser bailadas. El retardar y acelerar de los valores convierte a la contradanza ¡Toma, Tomás! en una secuencia de dos por cuatro y tres por cuatro bajo un simulado seis por ocho.

Cada compositor de este periodo se esmeró en superar fórmulas que posiblemente algún día nuestra musicologia descubra nos llegan de formas europeas cuyos eslabones se han perdido. Así Saumell, Don Tomás Ruiz y Cervantes no titubearon en comenzar una contradanza con la misma temática rítmica y hasta armónica —por cierto que este tipo de introducción ha desaparecido hoy de nuestra música— y es en la segunda sección donde cada cual pondría su estilo para terminarla ya idílicamente en Saumell, picaresca en Don Tomás, romántica en Cervantes.

Un fino sentido de humor prevalece en todo este período. Y en aquellas contradanzas que no estaban destinadas a ser danzadas, el romanticismo adopta formas más sentimentales, introspectivas, pero que nunca situaron al compositor en un egotismo que le aislara de la sociedad que vivia. Nuestro romanticismo, ya en su climax, mantuvo siempre una funcionalidad clásica, sin medrar en lo morboso.

Cada contradanza puede ser un retrato que no cae en la pedantería de cita literaria en que menudea la música de programa. Aunque Cuba no pasó en el siglo XIX por una etapa idílica, ya que guerras y conspiraciones se seguían, sus compositores parecían reflejar una etapa anterior y no estar sumergidos en el presente. Su capacidad de sueño era más poderosa que la realidad. Ese conseguido humorismo mostraba más la esperanza futura, la confianza absoluta de que Cuba podía ser el mejor de los mundos. Si la realidad ambiente era díscola el mundo interior era idílico. Tal parece que el hedonismo venía al rescate de nuestra cultura. Defensa ésta que nos logró una serie de compositores que se crearon un mundo más poético que perverso.

Para Saumell su arte era una cuestión de talento sin muchas implicaciones técnicas, pero esto no obra en la consideración que resulta del hecho de su música y para una cultura que todavía no sabia definir, aquella intuición era tan poderosa como el sistema musical más complejo que pueda inventar el ingenio humano. Su obra no estaba guiada por un deseo egocéntrico de virtuosismo, sino por la agradable misión de funcionar. Saumell ignoraba el sincretismo que llevaba a efecto. Es el prestidigitador que pasando por alto el truco comete el absurdo de hacer la magia. Saumell fue, a mediados del siglo, el único taumaturgo que hizo lo mejor del espectáculo. Entre los Don Tomás Ruiz, Muñoz Zayas, Desvernine, Buelta Flores, White, "Lino" Coca, Villate, Espadero, Enrique Guerrero y otros, Saumell fue quien recibió más gracia de los dioses.

Ignacio Cervantes surge como su heredero más digno, más consciente técnicamente y con todas las conquistas románticas en cuanto al manejo de las voces y sus progresiones cromáticas. Schubert ha quedado atrás y el piano impone su lógica llenando a las obras con una técnica más exigente, y modulaciones atrevidas. En Cervantes el romanticismo es un hecho. Su ritmo no sobrepasa al de Saumell. Cervantes no especula con los cambios métricos sino con los centros cadenciales. Para este último entre cadencia y cadencia hay un suspiro, para el primero una improvisación rítmica. Mutaciones como ésta no existen en Cervantes. Para él el dos por cuatro es dueño y señor en toda la obra pero a diferencia de Saumell la linea va a subir de los bajos, y fundirse con el canto en un primo y segundo, o detenerse como una suspensión para engendrar otra que va a seguir un curso libre, o interrumpirse ritmicamente sin quebrar el ritmo establecido. Cervantes además de ser un pianista era un contrapuntista y en esto si aventajó a Saumell.

Con él la forma llegó a su máxima expresión lírica, ya nadie se atrevió a danzarla, pues se las componía con un sentido muy íntimo, como si Cervantes se hubiera quedado solo en un mundo romántico propio. La ópera italiana imponía sus cánones y el romanticismo sinfónico sugería nuevas tormentas que Cervantes ensayará a la europea sin obtener los triunfos de su obra pianística. El piano, pues, como instrumento ochocentista agonizaba para una sociedad que se preparaba para otras necesidades.

Todo nuestro siglo XIX descansa pues en el teclado del piano. Fue en ese instrumento que se fundieron ritmos y cadencias ya que fue en ese siglo que nuestra música desarrolló todas las características que hoy admiramos como elementos imprescindibles a nuestra idiosincrasia sonora. Es, pues, la labor futura de nuestra musicologia trazar toda la continuidad que va desde San Pascual Bailón (1803) hasta las últimas danzas de Cervantes explicando su arraigo, desarrollo y muerte. Sus dos figuras más prominentes son cimas de una montaña que no explican el secreto de sus laderas. La Josefina de Saumell, El dedo de Landaluze de Don Tomás Ruiz y Picotazos de Cervantes guardan todavía un secreto cuya respuesta esté, tal vez, en una factura europea ¿Quién toma la palabra?



UN GRAN VACIO

POR JOSE A. BARAGAÑO





El siglo XIX no ha terminado; se produce un continuo replanteo de sus realidades y de las ideas centrales y temas que lo conmovieron. Siglo XIX: Cézanne y Karl Marx, Baudelaire y Manet, Kierkegaard y Dostoievsky; todos los nombres y problemas que nos persiguen. Porque esas divisiones en siglos no corresponde a la realidad de la historia y, a veces, no son más que barreras engañosas, profundas torpezas de lenguaje y de la medición utilizada para la historia. En el caso cubano el fin del siglo XIX es la desaparición de la colonia española, pero no del colonialismo. Sin embargo, en todos los órdenes de nuestra singularidad histórica, es posible hablar de un siglo que queda separado hasta el presente de lo que pasará después; un límite lejano y superado.

Quien observa las construcciones de la arquitectura llamada "colonial" de La Habana, puede pensar que expresiones tan desarrolladas eran acompañadas por una labor en el campo de la pintura y la escultura. No pasa así. Si hubo alguna expresión plástica a la altura de la realidad, ha desaparecido. Desde el descubrimiento de Cuba hasta mucho después no se encuentra ninguna obra pictórica de valor. Si miramos hacia ese fondo podemos sentir vértigo. Hay momentos en la historia que no producen pintura. Lo cierto es que en el siglo XIX no hay movimientos plásticos importantes en el país.

Existen razones históricas poderosas para que se produzca ese fenómeno. La Isla de Cuba no tenía una tradición plástica como México o Perú. No se encontraban monumentos grandiosos como en la América continental. Los pobladores europeos primitivos no estaban precisamente muy interesados en el progreso de las artes plásticas. Por otra parte, la producción de una escuela de pintura requería maestros, museos o cuadros de calidad simplemente visibles; nada de eso existía en Cuba. Era imposible que se realizase una experiencia estética importante en el campo de las artes plásticas. Aun hoy ése es el mayor problema que confrontan nuestros artistas: la imposibilidad de enfrentarse con verdaderas obras capaces de señalar los puntos débiles de sus creaciones.

Es cierto que en los cuadros de "La Escalera" hay una frescura: eso no es suficiente, no significa gran cosa en la historia de la pintura. Los retratos de Escobar son bellos y tienen un valor documental, sin superar su ausencia de verdadera importancia. Los paisajes de Chartrand son de un sentimiento agradable y nada más. Ninguno de esos pintores está dentro de su época. Son los tiempos de Goya, David, Ingres, Delacroix y Manet sucesivamente. Vermay, que

se dice que fue discípulo de David y amigo de Goya —los textos sobre esta materia no son nada serios—, tenía la extraordinaria cualidad para aquel tiempo de ser un pintor "profesional", e hizo un aporte con la fundación de la Academia, que si no produjo grandes artistas, sirvió para enseñar ciertas técnicas y principios estéticos elementales. El clasicismo de David en Vermay es una referencia. Los cuadros no suelen responder a esa supuesta enseñanza. Es cierto que el retrato de la familia Manrique de Lara es una obra agradable si no se exige más que un cierto lirismo.

Una época siempre suscita actividades estéticas que le corresponden. El desarrollo económico y cultural no era el más elevado. Cuba era una colonia donde hombres salvajes explotaban a los que consideraban como "salvajes" después de destruirles sus culturas originales. No era precisamente una atmósfera propicia para el nacimiento de grandes artistas. El arte se produce para alguien. Los consumidores de la experiencia artística deciden sobre su naturaleza y los de aquella época no eran muy exigentes. La clase dirigente de negreros, aristócratas, no tenía esa necesidad: el arte. Las mejores obras y producciones eran las que iban unidas a las actividades económicas: los ingenios de Laplante y, sobre todo, los grotescos de los adornos para los cigarros elaborados en Cuba. Esas originales y atractivas realizaciones que constituyen los adornos de los envases para habanos, son, quizás, la realidad más sobresaliente de la actividad plástica en Cuba en el siglo XIX. Representan el signo de la vida social de una época; a través de esos colores brutales se puede leer lo que era la vida entonces, y a pesar de la gran injusticia de los tiempos, han constituido en Cuba y en Europa una zona nostálgica, un lugar de atención plástica inconsciente, por lo raro, por lo primitivo.

No quiere decir esto que los hombres del siglo XIX, la minoría de la clase dirigente que colaboró a crear la ideología de la nacionalidad y los artistas no formasen una unidad cultural. La poesía y la pintura siempre van unidas, y dentro de sus limitaciones, decía Zequeira de Perovani:

> Quién pudiera tu nombre con la lira
> llevar, Perovani, a la futura gente;
> y en todo cuanto vive y cuanto siente
> santa vida inspirar como la inspira
> Tu diestra diligente.

José María Heredia hablaba de Vermay:

> Vermay reposa aquí: la lumbre pura
> del entusiasmo iluminó su frente;
> un alma tuvo, cándida y ardiente,
> de artista el corazón y la ternura.
> Era pintor sembrado en nuestro suelo
> dejó de su arte el germen poderoso
> y en todo pecho blanco y generoso,
> amor profundo, turbación y duelo.

A pesar de los grabados que tienen un valor histórico y de la obra de Landaluce, que es un acercamiento poco profundo y muy débil en el orden pictórico, en el siglo XIX no se produce un contacto entre el país y la pintura. Las técnicas son importadas y con sobreprecio. Todos los pintores de ese momento, técnicamente, son pobres. Aun autores tan poco exigentes como Mañach y Pérez Cisneros se ven obligados a reconocerlo, aunque darían cualquier cosa por inflar una vejiga, tienen que reconocer el vacío de ese pasado plástico.

Creemos que ese fenómeno, aparte de la incultura de la clase económicamente capaz de sostener una producción artística, se suscita como consecuencia de la ausencia de una enseñanza o dirección pictórica. El cubano de aquel momento tenía más cerca que nosotros el paisaje y una gran desigualdad social que naturalmente podían provocar una gran expresión pictórica. Pero las masas no tenían acceso a la cultura. Y las clases dirigentes, por sus características esclavista y sometida, separaban todo interés del asunto.

Sin embargo, el pueblo se expresaba, dice Guy Pérez Cisneros: "Las memorias de los viajeros y documentos nos aseguran que La Habana fue decorada por una pléyade de pintores populares que embadurnaban los muros en la forma más alegre". Esa pintura que debió ser la expresión popular, ha desaparecido. Muchos misterios y pasiones del pueblo cubano pueden haberse perdido por efecto de la lechada o la destrucción. Posiblemente esas pinturas que invadían La Habana y la convertían en una leyenda viva, eran la mejor expresión de nuestra historia plástica del siglo XIX. Al menos, es lo que se puede pensar.









EL GRABADO

POR CARMELO GONZALEZ

La xilografía, la calcografía, y la litografía, más las diversas maneras que los enriquecen; son las tres procedimientos del grabado que ilustran el libro y fijan gráficamente el suceso del día en periódicos y revistas, a los que sirve, mediante la estampa, la aclaración y enriquecimiento de la letra impresa y el progreso y civilización del mundo. Procedimientos manuales éstos que fueron desplazados en Cuba, repitiéndose la historia de sus orígenes en Europa y Asia, con el uso de la fría retícula y el ojo de vidrio de la cámara fotográfica, más los procedimientos mecánicos; perdiéndose así la bella responsabilidad del individuo como creador, como artesano, con amor y oficio, ante la imposición moderna del maquinismo de nuestra época, que es cada vez más patente. El advenimiento del fotograbado, de las rotativas, ocasionó no sólo ese desplazamiento, sino que provocó la decadencia de pérdida de fuerza y práctica de la litografía, la calcografía y la xilografía. De estos tres medios, la litografía particularmente se comercializó penosamente en el mismo momento de nacer.

En la Isla, como en el resto de la América Latina y otras partes del mundo, existieron y aún existen entre los artistas gráficos los que se preocupan únicamente por ilustrar, retratar, mientras otros buscan los valores puros, estéticos, con afán por el arte, encajando éstos últimos perfectamente en una medida internacional; y los primeros en el localismo, en las costumbres, folklores y cosas características del ambiente de su tierra.

En cualquiera de los dos casos, el grabado siempre ha estado dirigido política y sentimentalmente a las grandes masas, ya sea en el cartel, panfleto, libro, o bien comprendido en el diafragma que lo encuadra y exhibe en la exposición o en el hogar como expresión de arte.

En la medida lógica, y en menor escala, a las grandezas de Goya, Daumier, Callot, Posada y Picheta y otros en América, que satíricamente atacaban y denunciaban al político y su política con riesgos de la salud, tuvimos en Cuba a Landaluce, Cisneros, etc., pero, para desgracia nuestra, esta rebeldía gráfica e incisoria, que fue en contra de nuestros mambises, en contra de nuestra independencia, murió al nacer. Ello, más la inexistencia de tradición de cultura indígena, del rico aspecto del arte popular, o localista, a la manera de otras zonas de América Latina, dio el resultado que hasta nuestros días hemos tenido: poco o nada.

Respecto al grabado en Cuba todo está por hacer, pues falta aún la práctica del gusto por el grabado, por su colección, clasificación numerada e historiada, de su estudio y conocimiento, por el regodeo de su contemplación.

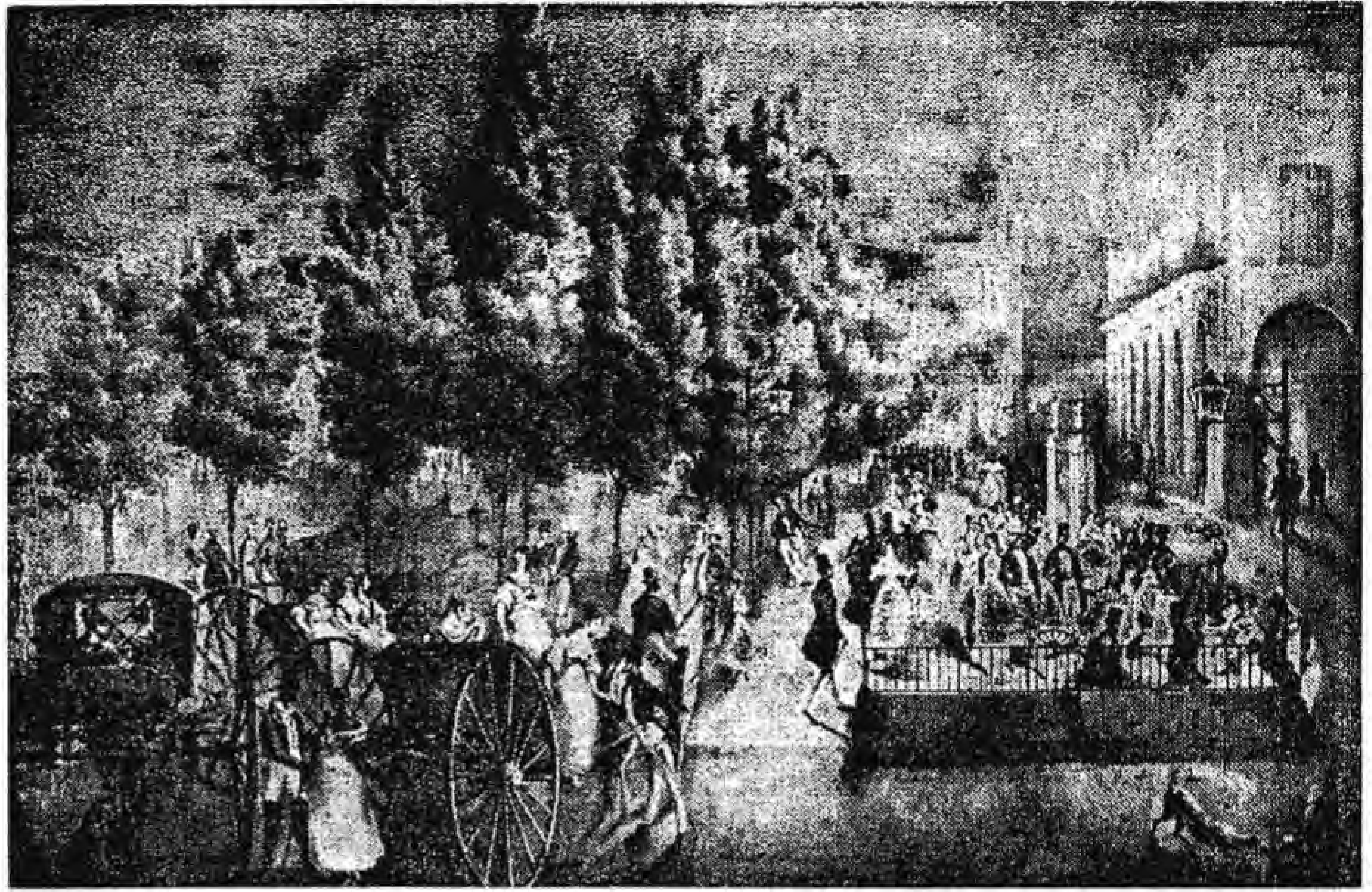
Tal parece que se ha hecho un tabú del grabado y su práctica, ocultándolo o haciéndolo aparecer como una expresión sin importancia.

Al establecerse la imprenta, alrededor de 1735, y a partir de ahí, se tenían forzosamente que crear los grabadores; pero como no los había se importaron litógrafos franceses, españoles e ingleses.

El primer xilógrafo cubano, Báez, nace en 1748 y muere en 1828. Si vamos a enjuiciar la labor de los grabadores extranjeros, como la de Barañano, Laplante, Garneray, y otros, encontramos que son relativamente buenos técnicos. Situados en Europa serían mediocres. Su valor más importante reside en lo narrativo y costumbrista; aunque no dejaban por ello de ser obras por encargo, comerciales, realizadas por gente con algún oficio, pero sin arte.

La parte más sólida de nuestra precaria tradición en el grabado la ocupa la litografía en manos de grabadores extranjeros. La xilografía, que comienza con Báez, es escasa, balbuceante: simples viñetas, alguna que otra ilustración, escudos heráldicos, etc., con poco oficio y poco arte. A partir de la muerte de Báez surge un pequeño grupo con algún mérito; pero en general con los mismos escasos valores de su iniciador.

No se le puede exigir al grabado, ni en lo artístico ni en lo utilitario, los mismos valores que, aunque pobres, tuvimos en la pintura y escultura; pero, sin embargo, no hay duda que el grabado, al menos, nos deja a modo de crónica social, un promedio rico de historia



La fiesta espléndida de la vida

HACIA UNA COMPRENSION TOTAL DEL XIX



POR CALVERT CASEY

¿Cómo reconstruir costumbres sin caer en el costumbrismo? ¿Cómo tratar de entender la vida de cada día durante todo el vasto siglo XIX cubano, que, sin embargo, es preciso reconstruir, puesto que lo consideramos trascendental?

Las pendientes fáciles de los Landaluce y los Mialhe están ahí, invitándonos a que nos dejemos rodar hacia la reconstrucción pintoresca. Los lugares comunes, los bailes de Tacón, los danzones escandalosos del Escauriza, el arco iris químico de los refrescos del Louvre, están ahí también más que gastados por el uso, por la cita periodística y por el relato pseudo-literario. Fatiga imaginar un solo paseo de brazo más por la Alameda de Paula. Casi no hay novela ni artículo de la época en que alguien no tome a alguien del brazo y lo pasee por la tarde junto al parapeto. Los relatos del veraneo en el Cerro, y de las grutas de la Colla de San Mus cuando Galiano tenía dos hileras de álamos y los malojeros esperaban el cañonazo de las ocho para entrar en la Plaza del Vapor, han acabado por agotarnos. Un siglo de maloja literaria con algún que otro grano perdido en la pajiza deben habernos curado para siempre del gusto a yerba.

Quedan los periódicos y revistas de la época para orientarse, además de la literatura, buena o mala. Ahora bien, ¿no estamos mintiendo de antemano por omisión al escribir una simple carta? ¿No mentimos cuando singularizamos un estado de ánimo o una situación excluyendo todo lo demás que ocurre en el mismo momento y haciendo que se suma en el eterno olvido? ¿Qué esperar entonces de la invención novelesca o de la crónica forzosamente parcial

Pero si excluimos todo eso, ¿qué nos queda? Con toda la repugnancia que uno pueda sentir por las definiciones, ¿no es preciso definir la literatura como un esfuerzo derrotado de antemano para explicarnos y para explicar nuestra circunstancia al que estamos condenados como Sísifo a su piedra? ¿Qué otra cosa es la literatura sino una gran expresión constantemente renovada de impotencia más el reconocimiento humilde de estar encadenados a ella porque lleva en sí la esperanza del hombre de llegar a reconocerse?

Queda la arquitectura, que no miente, como la gran sugeridora de lo que fue un estilo, pero que si da el marco a un modo de pensar y vivir, no da la vida que lo justifica. Y la posibilidad, tantas veces soñada, de cerrar los ojos en una esquina cualquiera de la ciudad y volver a abrirlos exactamente cien años antes para obtener la revelación total e imposible. El pasado puede ser tan seguro. O el viaje extraplanetario. De situarnos fuera de la constelación solar, la dimensión tiempo quedaría inmediatamente eliminada y sin valor. Pero ante la imposibilidad de tal desplazamiento estamos fatalmente sujetos al tiempo y obligados a tratar de comprender lo sucedido.

Y sólo nos queda recomenzar humildemente por los mismos caminos, sabiendo que Mialhe miente, que miente Landaluce, que mienten Villaverde y Meza y los dos Betancourt, que mintieron Heredia y Doña Tula y Hazard y Valdivia y Fornaris, cuando también mentían en tono mayor Flaubert, Dickens y la más talentosa de las Bronte. Mintieron todos al darnos una versión altamente parcializada de su circunstancia, pero al mismo tiempo dijeron la gran verdad a que los limitaba su visión particular. Sus mentiras y sus verdades, en otras palabras, su espléndido o su mediocre esfuerzo impotente son la gran clave para entender el pasado y la costumbre, y esa cosa más huidiza aún que se llama el estilo. Mienten en escala delirante los **croniqueurs** y nadie como ellos, sin embargo, para hacernos entender con sus mentiras, y con el aplastante poder de revelación que tiene la cursilería, la aspiración de una época.

Pero en un momento revolucionario, ¿por qué

Los desconocidos de siempre.



no ensayar un método revolucionario para entender el estilo y las costumbres del XIX., puesto que tan importante nos parece? Después de todo, fue en él que nos reconocimos luego del empujón que nos dió Humboldt. Valdría la pena cambiar el enfoque.

Si políticamente no significamos nada para el mundo y tuvimos que esperar a que avanzara mucho el XX para comunicar algo de importancia a la humanidad, alguien tendrá que hacer algún día el gran análisis político del siglo XIX cubano que explique gran parte de sus costumbres y de su estilo. Alguien también —algún Joyce por nacer o en proceso embrionario—, después de devorarse hasta la última crónica periodística y hasta el más oscuro de los literatuelos, formulará nuestro siglo XIX en un gran idioma incoherente y sinfónico capaz de expresar el primer siglo coherente de nuestra historia... si es que tal cosa tiene interés. Mejor sería quizás expresarlo como parte de la terrible incoherencia cubana que —se espera—, alguna vez llegará a transformarse en la coherencia suprema.

Mientras aparezcan uno y otro, hagamos nuestra pequeña tentativa para acercarnos a una comprensión más cabal de lo ocurrido. Se trata de contemplar la sociedad del XIX desde su base, de buscar nuevos asideros, de intuir la costumbre a través de la masa desconocida, de la que nadie habla o habla sólo de paso, de la gente que nunca salió en las crónicas de **La Habana Elegante** ni veraneó en La Seiba ni bailó en la Playa, la que la Condesa de Merlín nunca trató aunque fue servida por ella, de la masa anónima, o mejor aún, de las grandes masas de desconocidos que vinieron, o trajeron a la fuerza, a Cuba a conocerse.

Podemos reconstruir el ambiente en que vivió el Conde de Casa-Montalvo leyendo el informe que siguió a su viaje por Europa con Arango, siguiendo su vida y la de sus descendientes en las citas históricas y en los registros civiles; recrear el dilettantismo del Lugareño leyendo las descripciones que hace el otro Betancourt del salón de estudio de Ciego de Najasa. Landaluce salvó ciertos tipos del siglo al observarlos con ojo lleno de prejuicios y nos los entregó deformados, pero a poco que despojemos a los modelos de los prejuicios del pintor podemos entenderlos con exactitud. Sabemos que los domingos se llenaban las vallas, que en el verano emigraban a Cuabitas los que podían emigrar y que Plácido era admitido en las fiestas de Matanzas siempre que no se extralimitara. Sabemos también que al terminar la primavera se llenaban los caminos de La Habana de carruajes y que los poderosos emigraban a cafetales del muy mentado Jardín de Cuba, donde el verano transcurría en una furia de bailes y juego, pero desconocemos prácticamente el lado sórdido de la vida colonial, y menos aún el pan nuestro de cada día de los míseros, la pequeña vida, el poco más o menos de la vida cubana que se prolongaría hasta nuestros días. Admiramos la espléndida arquitectura, el habitat magnífico apoyado irónicamente sobre una pirámide de esclavos, que comenzaron a construirse los opulentos al devolver los ingleses La Habana e iniciarse realmente la cultura del azúcar, y que culmina en el momento supremamente inteligente de la creación arquitectónica en nuestro clima que es el Palacio de Aldama. Pero desconocemos lo que pensaban y hacían los que habitaban la calle de atrás, la gente de segunda o de ninguna categoría, los olvidados de la Condesa, los que Heredia no pudo ni mencionar, porque la vocación romántica se lo prohibía.

De Camagüey conocemos el momento arcádico de una sociedad que realiza de ventana a ventana trueques encantadores de panales por cascarilla, asentada sobre una tierra incalculablemente rica y casi vacía, llevada y traída por un mínimo de siervos e incapaz de llevar la cuenta de los novillos; sabemos que en las ferias de la Caridad el misticismo y la frivolidad de una extraña sociedad aislada tierra adentro sin comunicaciones, alcanza su máxima expresión, y que en los portales que conducían a la ermita se practicaba una vez al año la hospitalidad en un gran momento de convivencia, pero si un oscuro costumbrista no nos lo salva, los hábitos salvajes del sabanero de Puerto Príncipe hubieran pasado desapercibidos. Se nos dice que en domingos salía un tren alegre que llevaba a los ricos disfrazados de marineros a bailar al arenal desierto de Marianao, pero cuando el Conde Kostia hace la reseña cursi del paseo al día siguiente, no nos habla de los arrabales fétidos que el tren tuvo que bordear, el traspatio hediondo del Cerro que rezuma palúdicas.

La visión es terriblemente incompleta. Si renunciamos de antemano a la totalidad del conocimiento, queremos no obstante acercarnos lo más posible. Nadie habla de la gran infección que despide La Habana al iniciarse la Guerra de los Diez Años. Ningún costumbrista se acuerda de la fetidez y de la miseria que Humboldt ve desde su primera ojeada a la ciudad, cuando se asombra de que se tapen las furnias con maderas preciosas.

¿Por qué tan tercamente nos aferramos a la visión edénica? Villaverde la destruye y la reconstruye para volver a destruirla con los crímenes terribles de los Sitios, y quizás la suya sería la visión cierta y la sociedad colonial, con sus grandes abundancias y sus grandes hambrunas, quizás tendría mucho de edénica y mucho de infernal, según donde se la viviera. De los ventilados conciertos domingueros del Yrijoa, con jardín y fuentes para que refresquen el interior, nos llega la visión de la soprano que canta siempre un aria única, pero de los que escuchan de la calle no hay quien diga nada. ¿Y de los lagunatos de Colón bordeados de pobreza? ¿y de la inmundicia de la Marina de Santiago? Pan diario que se prefiere ignorar. Sólo Heredia al pasar llora "las miserias del físico mundo". De ahí que con un prodigioso esfuerzo de la imaginación tengamos que inferir el resto para tratar de llegar a una reconstrucción del pasado, tristemente faltos como estamos de un Gogol y de una Perspectiva Nevski.

Los ojos extranjeros, extrañamente libres de unos prejuicios y cargados de otros, nos observaban mejor algunas veces, no siempre. Gracias a una carta que un viajero debe entregar al señor Obispo, que presumiblemente veranea en el distante pueblo de Jesús del Monte, nos enteramos de detalles desconcertantes. El viaje es poco habitual para un turista y el cochero lo lleva por extraños sitios que al viajero le resultan repelentes y a nosotros nos ayudan a restaurar la realidad. "El viaje me hizo conocer la peor parte de La Habana, con largas líneas de chozas de madera y barro, de una sola planta, impropias para ser habitadas aún por negros. Abundaban los establecimientos de bebidas. Caballos, mulos, asnos, gallinas, niños y personas mayores, todos usan la misma puerta para entrar en las chozas; en los patios se ven montones de basuras. Los tipos de los hombres, los caballos atados a los postes, las mulas con sus serones de frutas y hojas que casi llegan al suelo, todo nos recuerda cuanto hemos leído acerca de la miseria española. Los niños negros van completamente desnudos, cual los cachorros. Pero esto es común en toda la ciudad." El cuadro comienza a precisarse en sus cortornos crudos; las romanzas de la Condesa junto al balcón del tío Montalvo suenan ahora muy débiles, no llegan a la miseria extrema ni a los fanguizales malolientes del Horcón, a la **misère noire** de los Cuatro Caminos. El romanticismo tuvo entre sus defectos el hacernos creer en un mundo sin moscas y sin peste; el gran impulso liberador e individualista del héroe romántico le hizo ver el cielo siempre purísimo o siempre envuelto en sombras cárdenas, y la visión que nos quedó del XIX es esencialmente romántica.

Ningún Zola nos precisó los verdaderos contornos sombríos del panorama del décimonono, los bajos fondos lívidos de Santiago y La Habana, la miseria que siguió al Zanjón, mucho más tenebrosa que las desacreditadas ceremonias ñáñigas, la otra cara sórdida del largo, interminable siglo, que no teñía nada que ver con los saraos de Samá. Nuestros modestos Zolas, muy tardíos, llegaron con la República por la lenta vía de Madrid y su producción difícilmente excede los más modestos límites de la literatura de provincia.

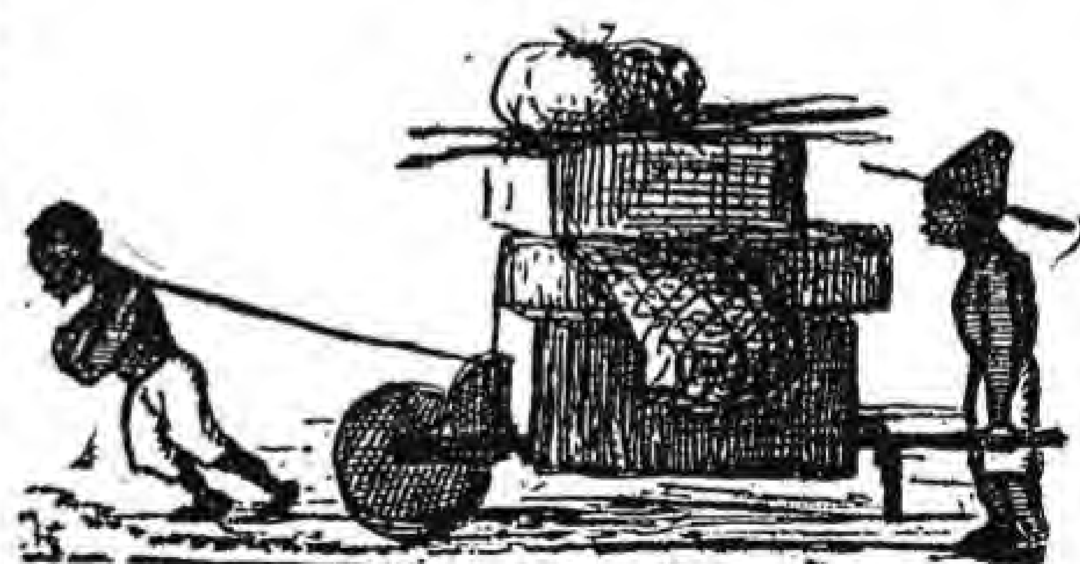
Meza, en cambio, nos prestó un modesto pero útil servicio. En las dos o tres obras que se salvan de la hojarasca general de su producción elimina todo falso brillo y hasta la más pequeña traza de tropicalismo y costumbrismo, y nos obsequia con la visión tan deseada y tan esquiva, la cara gris de la vida colonial. El futuro Conde Coveo llega a La Habana en traje de pana y alpargatas y sufre la burla de un joyero cruel, de unos mataperros crueles y de una ciudad cruel. Se vengará saqueándola. Por fin logramos la tan perseguida visión sórdida que nos compense de una vez por todas las falsas amabilidades de los cronistas, el retrato visto esta vez por la mirada a ras de tierra de los humildes. Comenzamos a entrever una Habana distinta, casi siniestra, capaz de la broma cruel de la víspera de Reyes contra el pobre gallego de Meza, que la turba desarrapada obliga a tañer una campana sobre el parapeto de la muralla, mientras recibe en la cara bolas de hediondo fango. Después de esto, las chirimoyas despiden un olor menos fragante. Meza, que cree hacer realismo, se está adelantando a todos los escritores de lengua española con estas raras páginas expresionistas perdidas en medio de una obra inmensamente mediocre o francamente mala. Y por esas páginas extraviadas en la inmensidad del siglo le debemos no poca gratitud.

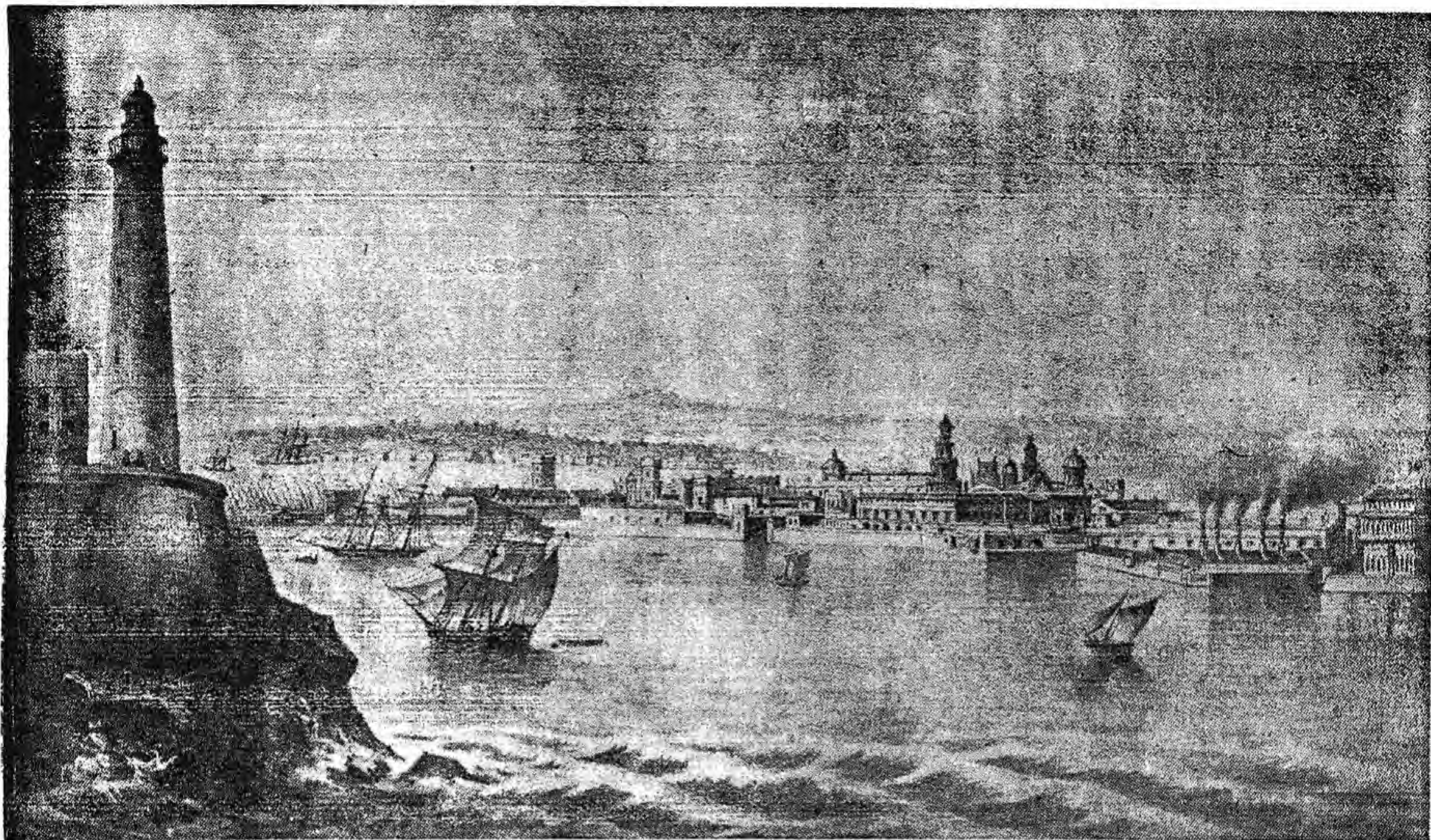
El lápiz hostil de Landaluce completa la visión con sus enanos billeteros, sus vecinas arruinadas y sus calambucos del Espíritu Santo. Si su visión cubana incluye señoras que se visitan de guante negro en días señalados en la prensa diaria, también comprende el estilo cruel que hace a los curiosos contemplar las moscas explorar los párpados de los ajusticiados, cuyas cabezas se exhiben en jaulas de alambre no lejos de la Esquina de Tejas.

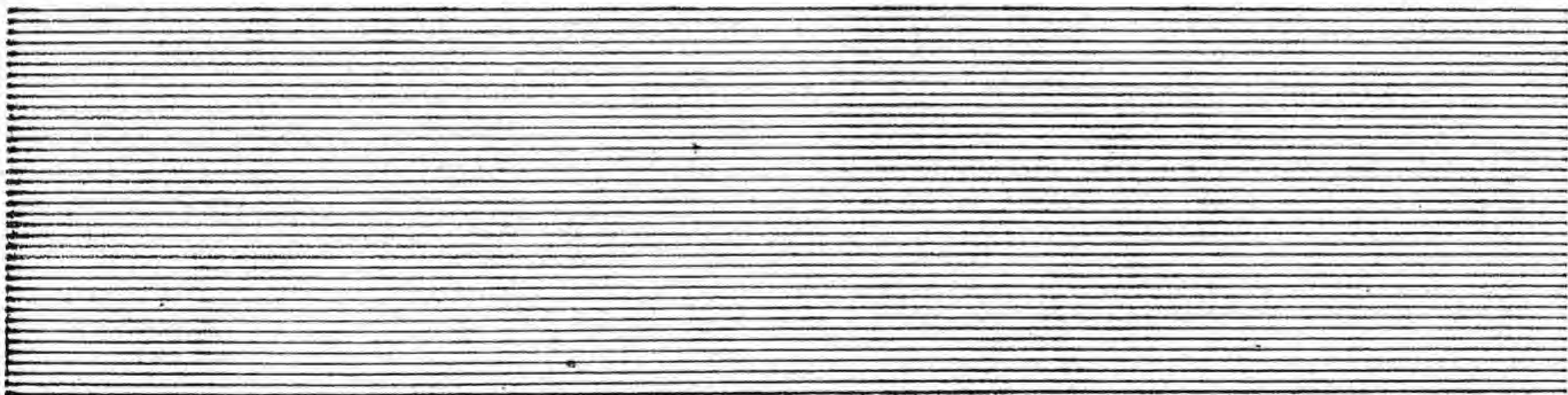
¿Cómo definir el estilo de un siglo que comienza ahorcando a cualquier veguero que se atreva a alzarse en el pueblo de Jesús del Monte y termina con el ingreso de la Isla en la dura mano del imperialismo económico moderno? ¿Cómoro caracterizar un siglo que comienza a lomo de buey y termina con Van Horne repitiendo en Cuba la hazaña del transcanadiense? Por mucho que queramos evitar el exotismo, es imposible eliminarlo totalmente del cuadro en un país donde en un solo año penetraron veinticinco mil chinos semiesclavos, sujetos a un régimen tan bárbaro que la Emperatriz se creyó en el augusto deber de protestar desde Pekín, y cien mil negros, por cuya suerte nadie protestó. Inútil no pensar en el fuerte olor de los alcaloides en los fumaderos. Y si en el sufrimiento humano hay exotismo, los que tal crean piensen que a pocos pasos del Prado y sus carreteras frenéticas, pero convenientemente oculto para no ofender el gusto, hubo un barracón para la venta de africanos a los que el ilustre Saco endilgó el sambenito de introducir el cólera en La Habana. Como si no bastara con lo negro de la suerte.

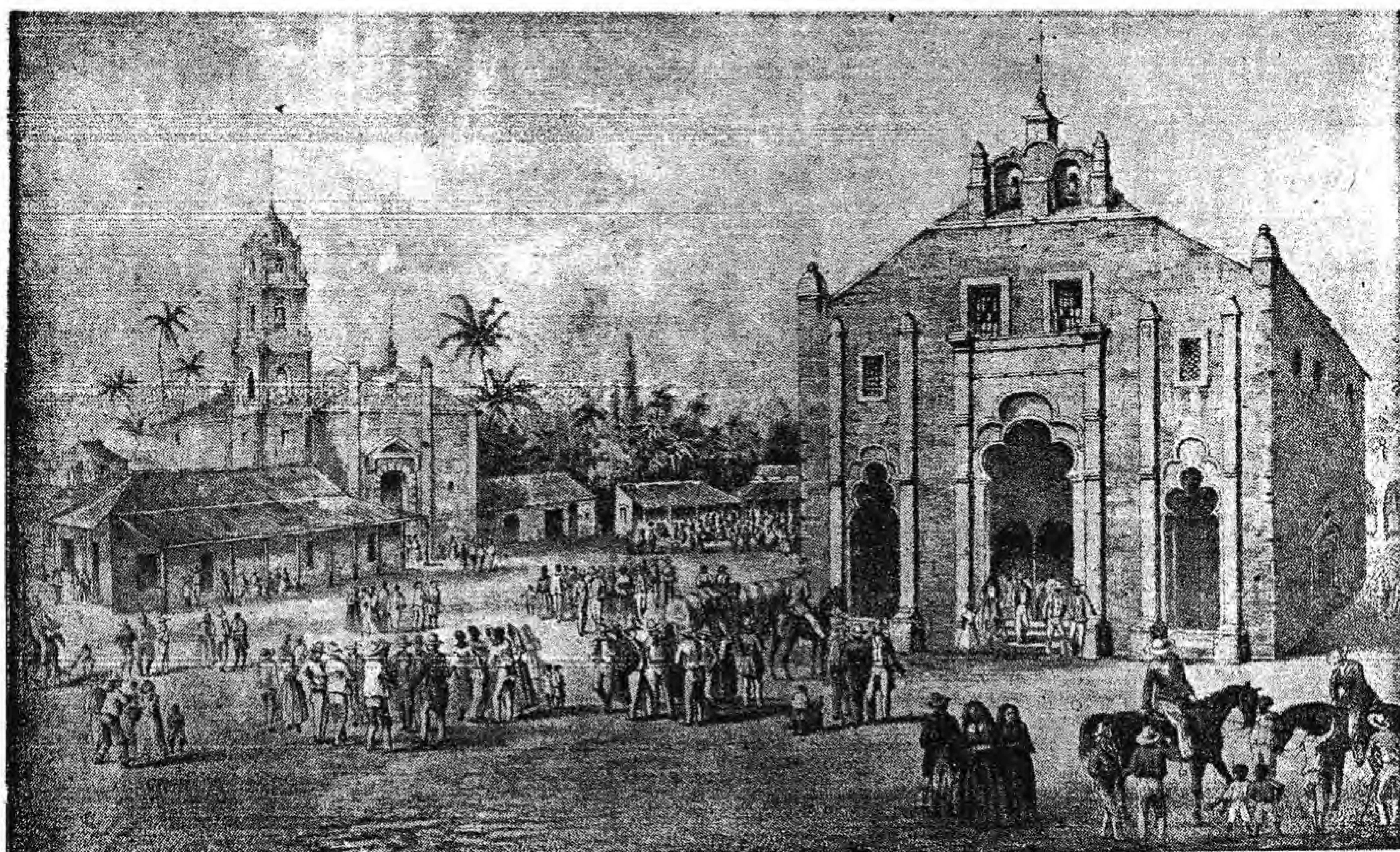
Ni los cómicos españoles del Coliseo, con el aire de escándalo que traen las cantatrices a la ciudad dormida, ni los bailes del Pilar, ni los agarrotamientos espectaculares de la Punta, ni las sombrías descargas de Santa Ifigenia y San Severino, ni las depredaciones de Manuel García, ni las guedejas rubias de la Infanta Eulalia, ni los veranos en Saratoga, logran salvar al largo siglo de un hálito de ramplonería y miseria y de increíble sufrimiento que los independentistas tratarán de resolver a la gran manera burguesa y positivista. La toma de conciencia como nación es lenta, se busca sobre todo salir del polvo que emana de los interminables expedientes españoles. De ahí el lento nacimiento de la idea de nación, que se produce heroicamente contra el desagüe incesante de la decadencia española.

Comprender el siglo sin el falso brillo a que nos habituaron, y a que nos habituamos con no poca complacencia, reducir la patriotería aristocratizante de muchos, eco de los movimientos suramericanos, a sus justos límites y entresacar de ella los dos o tres impulsos esenciales, mirar el lento decursar de cien años completos en la historia de un país desde las penas de los más y restando importancia a los goces de los menos, es casi un reto a la capacidad intelectual del que contempla. Pero el esfuerzo vale la pena si queremos arribar por fin a una visión despojada y nueva.



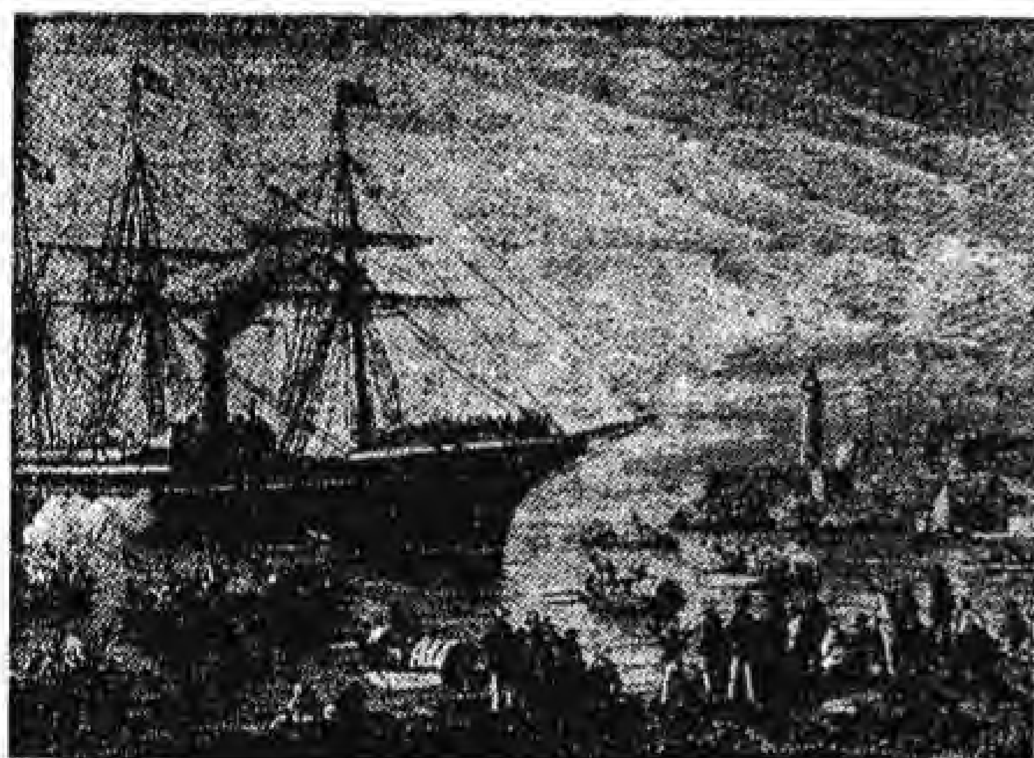






CARTA DE UN PATRIOTA

POR JOSE ANTONIO SACO



José Antonio Saco es ejemplo del rigor intelectual en el siglo XIX. Con un criterio científico, estudió los fenómenos fundamentales de la sociedad cubana. Si fue reformista, lo fue para preservar los valores positivos de la cultura española, que era después de todo la nuestra. En 1835, cuando Saco escribe este artículo, se explica el reformismo como una posible solución al problema del absolutismo español en Cuba. Pero Saco siempre vio con claridad los peligros del anexionismo: "La desmesurada ambición de los Estados Unidos... es y será un obstáculo inmenso a la verdadera independencia de Cuba, pues aun suponiendo que llegase a conseguirla, muy pronto podría perderla, porque sin fuerzas propias para defenderse, y privada del apoyo de su antigua metrópoli, víctima sería de la rapacidad americana, en cuyas garras perecerían sus tradiciones, su nacionalidad, y hasta el último vestigio de su lengua".

A pocos días de mi llegada a Madrid en enero de 1835, escribí el siguiente papel y movido de un sentimiento de delicadeza, ni lo firmé, contra mi costumbre, ni di a entender que fuese mío, pues supuse que su autor lo enviaba de Cuba a España para su impresión. Regía entonces el Estatuto Real y en las Cortes que a su sombra se juntaron, tuvo diputados en ellas. En tales circunstancias, creí que publicar ese papel bajo mi nombre, podría tacharse de presunción, figurándose algunos, o que yo trataba de indicar a los dignos representantes de Cuba el camino que debían seguir, o de reconvenirles por el silencio que guardaban.

España aún no gozaba en aquel tiempo de libertad de imprenta. Sometí por tanto mi papel a la censura, y después de haber recorrido uno por uno todos los censores de Madrid, ninguno se dignó de permitirme su publicación. Sacáronse entonces varias copias, más o menos infieles y al cabo de un año, a la sazón de hallarme yo en Francia, supe que una de ellas se había impreso en Cádiz. La edición que ahora hago, es la más conforme a mi primer manuscrito y en ella se advertirá, que a pesar de todos los agravios que me hizo el General Tacón, y de escribir yo cubierto con el anónimo, por las razones que he apuntado, fui tan imparcial y tan generoso que no reconociéndole bien todavía, creíle sometido al pernicioso influjo de algunas personas, y en vez de acriminarle, le juzgué, no como autor mal intencionado, sino como simple instrumento de los abusos y violencias que ya había cometido.

Gimiendo la isla de Cuba bajo de un despotismo desconocido aun en sus épocas más aciagas, arriesgada empresa sería el atreverse a presentar a la censura cubana aun la súplica más respetuosa, pidiendo algún lenitivo a los muchos y graves males que aquejan a esta tierra desventurada. Libre allí la prensa de las trabas ominosas que aquí la encadenan, usted, como buen patriota, procurará publicar esta franca expresión de nuestros sentimientos; y acogiéndola como si hubiese salido de su pluma, esperamos que no le rehusará su apoyo, ora defendiendo a todos, ora amplificando algunos de los puntos que abraza. De esta manera, no sólo oirían nuestros diputados el voto del pueblo a quien representan, sino que España, penetrada de la justicia de nuestras quejas, debe apresurarse a mejorar nuestra triste condición, y a darnos días de ventura y libertad.

CONTRIBUCIONES

Enorme es el peso de las que gravitan sobre nosotros, y ya faltan fuerzas para resistirlas. No hay quizás pueblo del mundo que en proporción a sus recursos y población, pague tanto como la isla de Cuba; ni pueblo quizás donde menos se cuide de emplear en su suelo alguna parte de sus inmensos sacrificios. Amenazados de rivales poderosos los frutos que constituyen su riqueza, abatido el precio en que se venden todos los mercados, muertas las esperanzas de verle subir a la altura de donde cayó y recargados extraordinariamente aun los artículos más necesarios para sustentar la vida, a punto están de cegarse las fuentes de la prosperidad pública, y de venir sobre nosotros las más fatales consecuencias. Incumbe, pues, a nuestros diputados, pedir una rebaja considerable de las contribuciones que pagamos, dejando solamente aquéllas que sean indispensables para sostener las cargas de la isla y para que quede un sobrante moderado, que por razones de justicia y de una política bien entendida debe emplearse todo o gran parte de él en las obras de utilidad pública de que tanta necesidad tiene Cuba, y de las que a ella resultará no menos ventaja que a España.

Si es verdad que los gobiernos representativos se han inventado para mejorar la suerte de los pueblos, llegado es el tiempo de que empecemos a sentir sus benéficos efectos; y que nos arranquen de los hombros la inmensa carga que nos echaron la injusticia de los tiempos y las pasiones de los hombres.

ARREGLO FORENSE

Deplorable es la condición en que se halla el ramo de la administración judicial; pero es forzoso reconocer, que sus abusos no se corregirán, mientras no se alteren las bases del sistema político que nos rige. ¿Qué importa aumentar o disminuir el número de magistrados para asegurar el acierto y la imparcialidad de las sentencias, si éstas han de ser pronunciadas por la ignorancia, por la avaricia, o por otras pasiones de que este pueblo es triste víctima? ¿De qué sirve publicar leyes contra los jueces culpables, si éstos siempre han de quedar impunes? ¿A qué conduce dictar reglas para proceder, si los ciudadanos pueden ser arrancados de la jurisdicción de sus jueces natos, entregados a una comisión militar, y condenados por las fórmulas violentas de un juicio en que desaparecen todas las garantías y se ahogan los derechos más sagrados? ¿De qué vale proclamar la independencia de los tribunales, si un Capitán General puede arrebatar los procesos, apropiarse cuando se le antoje el acontecimiento de las causas y armado de sus terribles facultades, someter a los golpes de su espada la dignidad y decoro de la magistratura? Pues todo esto sucede y sucederá en Cuba, mientras continuemos viviendo entre las cadenas que nos oprimen; y salir no podremos de tan lastimoso estado, si nuestros Procuradores no

claman entre otras cosas contra las facultades extraordinarias del actual Capitán General.

Que en un pueblo combatido por el torbellino revolucionario, que en un pueblo despedazado por facciones sangrientas, calle por algún tiempo la sagrada voz de la ley, ya lo entendemos muy bien; pero que se la obligue a enmudecer en un país profundamente tranquilo; en un país que lleva por timbre el dictado de siempre fidelísimo; en un país cuya sumisión traspasa (si de tal frase podemos valernos), hasta los límites de la obediencia, es cosa todavía más extraordinaria que las mismas facultades de que nos quejamos. Tan rica como interesante es la materia en graves reflexiones; pero siendo, incompatibles con los términos de este papel, nos contentamos con recomendarla a la consideración de nuestros diputados para que impidan un funesto porvenir, **porvenir que si no se cambia de sistema, quizás no estará muy lejos** (1) (1). Tan exacto fue este vaticinio, que de este sistema nació el anexionismo y todas sus consecuencias. (Las notas que aparecen en estos trabajos son del propio José Antonio Saco).

Nunca ha sido la condición política de esta isla tan lastimosa como hoy, ni nunca La Habana ha visto lo que en ella está sucediendo. Dolencias civiles nos aquejaban; enfermedades morales nos consumían; pero el despotismo político, el monstruo perseguidor que devoraba la península, para nosotros más bien existía en el nombre de las instituciones que en los golpes que nos descargaban. Todos leían, y todos hablaban, todos discurrían con más o menos franqueza y nunca sus opiniones fueron tenidas por crímenes de Estado. A tal punto llegaba la tolerancia, que muchos peninsulares, acosados por el despotismo europeo, vinieron a buscar un asilo a nuestras playas; y viviendo, no escondidos en las tinieblas sino en medio de la claridad del día, lejos de ser perseguidos, encontraron en este pueblo hospitalario, patria, pan y amigos. Así era entonces nuestra Cuba adorada; mas tan grata perspectiva ha desaparecido repentinamente de nuestros ojos. El bastón que antes empuñaban nuestros gobernantes, ha pasado a las manos de un Dictador: las débiles garantías y los vacilantes derechos de que gozábamos, han cesado de existir: el espionaje ha introducido su fatal veneno: la delación infame ha levantado su cabeza: sin pruebas, sin formación de causa, sin escribir un renglón siquiera, se fulminan destierros contra ciudadanos honrados: una sola palabra se refuta como crimen de Estado: una sospecha basta para condenar al hombre más inocente: y triunfando la calumnia de la justicia y la virtud, el terror se ha apoderado de todos los corazones.

Al expresarnos en este lenguaje, no se crea, ni por un momento, que somos enemigos del General Tacón. Tan francos, como imparciales, nos complacemos en hacer justicia a las cualidades que le adornan; y siempre dispuestos a rendir homenaje a la verdad, confesamos llenos de gratitud que ha dado algunos pasos buenos en la CARRERA CIVIL (1) (1). El General Tacón me desterró injusta y bárbaramente de La Habana en julio de 1834, pero en febrero de 1835 yo hablaba de él en ese lenguaje a pesar de hallarme fuera de sus garras y envuelto en el anónimo. ¡Qué contraste entre su conducta y la mía!

Lejos de acriminar la violencia de sus actos, nos sentimos inclinados a disculparle; y movidos de un espíritu generoso, no atribuimos a perversas intenciones los males que está causando en el orden político. Acostumbrado a mandar según el rigor de las leyes militares, no pudiendo percibir por la fuerza de sus hábitos la diferencia que hay entre los derechos del ciudadano y la ciega obediencia del marinero y del soldado; imbuido en fatales preocupaciones contra los naturales y aún contra muchos europeos que aquí residen: sin suficiente tacto político para distinguir las diversas circunstancias de los pueblos americanos: desconociendo absolutamente la índole de los cubanos y el idioma sencillo en que se explican: rodeado, en fin, de una GAVILLA de hombres que tan enemigos de Cuba como de España, sólo aspiran a su engrandecimiento personal, el General Tacón, pensando que hace servicios a su patria, le está causando los daños más enormes. No viendo por todas partes sino el espectro de la independencia, cuya mágica cabeza presentada por diestras manos le espanta a todas horas, se halla convertido en instrumento de ciertos hombres ambiciosos que se valen de su nombre y autoridad para hacerle cometer injusticias y tropelías (2) (2). Así lo creía yo, cuando escribí este párrafo, pero pronto me desengañé y conocí, que bajo del aspecto político, el General Tacón era una de las plagas más crueles que pudo caer sobre Cuba. Existe para mengua de nuestra patria, existe sí, esa GAVILLA de malvados, especuladores por esencia y serviles por interés, no quieren a Carlos ni a Isabel. Aspirando siempre a subyugar el pueblo, no reparan en los medios para conservar su dominación y destituídos de mérito y de virtud, saben que el primer día de libertad es el último de su poder. De aquí el temor que les inspiran las ideas de una reforma y de aquí el tenaz empeño con que procuran combatirlas. No pudiendo decir abiertamente que son contrarias a su interés, afectan el aire de patriotas, suponen peligros donde no los hay, pintan como revolucionarios e independientes a los que no piensan como ellos, se convierten en intérpretes de la opinión pública y calumniando al inocente pueblo y a los hombres de bien que merecen su confianza, engañan al Gobierno Supremo y se mantienen entronizados en medio de los clamores de la opinión y de las maldiciones de la patria. Estas son las armas que emplean, y cuyos filos jamás se embotarán, mientras nuestros diputados no traten de romper las cadenas de la Imprenta Cubana.

Cadenas decimos, porque aquí no sólo carecemos de las franquicias que España goza según los últimos reglamentos, sino que aún hemos perdido aquella tolerancia que se nos dejaba en tiempo de los gobernadores Vives y Ricafort. Entonces teníamos para escribir más latitud que los peninsulares en la Metrópoli; y aún de la prensa habanera salieron artículos, que a sólo juzgar por ellos, no se creyera que vivíamos bajo un gobierno despótico. Había, si así podemos expresarnos, una especie de convenio tácito entre los escritores y el gobierno. Aquéllos sabían hasta qué punto habían de llegar; y éste se hallaba convencido de que no serían traspasados los límites prescritos más bien por la prudencia que por la letra de la ley. Así era, que sometido un papel a los censores, éstos casi nunca se mostraban difíciles; y dándole el pase sin demora, se presentaba el gobierno, quien le afirmaba sin reparo. Esta conducta generosa, en vez de perjudicar al país, produjo entre otros beneficios el de alentar la juventud, estimulándola a escribir y a establecer periódicos literarios y científicos en que se discutían cuestiones importantes de la isla. Tal era entonces nuestra situación; y para que mejor se conozca cuál es hoy, convendrá exponer la organización que tiene la imprenta entre nosotros.

Hay dos censores, quienes siempre son abogados. Carecen de sueldos y pensiones y ambos son nombrados y depuestos al arbitrio del Capitán General. Existe además otro censor militar, creatura también de S. E., cuyo nombramiento recae en uno de sus ayudantes, o en otro oficial de los más adictos a su persona. Los manuscritos se presentan primero a uno de los censores que llamaremos civiles; y si obtienen el pase, después de un severo escrutinio, puesto que una sola palabra que desagrade al Capitán General los pone al furor de sus facultades extraordinarias, entonces se someten al censor militar, quien con absoluta omnipotencia altera, borra o niega el pase concedido por el censor civil. Finalmente, cuando después de tanto destrozo; aún le queda al mutilado papel algún resto de vida, se presenta el Capitán General, quien le lee, o no le lee o permite o niega la impresión. Que al pobre escritor le rehusasen el permiso de imprimir sería lo menos que pudiera sucederle pero casos tales ha habido en que mandándole comparecer ante el supremo jefe de la isla, éste le ha reconvenido severamente y aún amenazándole con calabozos y destierros.

Con semejante conducta todos han guardado sus plumas y la Revista Bimestre Cubana, periódico que nació en tiempos del General Vives y que creció durante el gobierno del general Ricafort, murió repentinamente a los pocos días de haber tomado el mando el General Tacón. A su llegada a la isla, ya estaban impresos con todos los requisitos de la censura, la mayor parte de los artículos del número que se debía publicar; pero como Su Excelencia empezó muy pronto a poner en práctica las facultades ultralegales, de que venía revestido, los autores de dichos artículos tomaron el prudente partido de recogerlos, pagando de su peculio los gastos de la impresión. No podemos omitir aquí una circunstancia muy digna de notarse y que por sí sola revela la espantosa tiranía que nos oprime. Entre esos artículos había uno destinado a servir de base a la representación que se había de elevar al Gobierno Supremo, impetrando gracias en favor de Cuba, por los quebrantos que acaba de sufrir con la epidemia de cólera: pues a pesar de la importancia del artículo, a pesar de que éste corrió todos los trámites de la censura bajo el gobierno del señor Ricafort; a pesar de que fue leído en el ayuntamiento de La Habana y aprobado después por unanimidad de votos; a pesar, en fin, de ser su autor uno de los regidores más distinguidos, y al mismo tiempo uno de los alcaldes de esta ciudad, tal fue el terror que inspiraron las violentas medidas del General Tacón, que el artículo corrió la misma suerte que el periódico (1) (1). El autor de este artículo tan interesante fue el aventajado habanero Don Anastasio Carrillo y Arango.

Si a la imprenta se ha dado ya algún ensanche en la Península, todavía aquí es mucho más necesario. Los frecuentes abusos del poder, la larga distancia a que se cometen y la grandísima dificultad de reparar los males a que dan origen, hacen indispensable una institución que sirva de freno para contener las demasías que tan a menudo cometen unos jefes olvidados de la noble misión que vienen a desempeñar. Porque a la verdad ¿cuál es el medio que tiene hoy el gobierno para conocer el estado de la isla de Cuba? ¿Acudirá al pueblo? Pero éste no puede hablar. ¿Pedirá informes a sus agentes? Pero autores o cómplices de los mismos desórdenes que se les imputan, ocultarán la verdad de los hechos; y aún acriminarán la conducta de los infelices que se hayan quejado. ¿Consultarán a las corporaciones? Pero éstas, viciosas en su institución, desvirtuadas con la maléfica influencia del despotismo, y comprimidas por la espalda del jefe que las preside serán un instrumento que sólo servirá para dar más fuerza y constancia a la tiranía que nos abruma. Franquicias a la imprenta, franquicias y sólo podrán llegar hasta el trono de Isabel los clamores de un pueblo esclavizado.

No se olvidarán tampoco nuestros diputados de pedir la reforma de los ayuntamientos de la isla. Si bien se cuentan en estas corporaciones individuos beneméritos, es menester confesar que su organización es contraria a los principios de un gobierno representativo y que en el estado en que se hallan no pueden corresponder a las necesidades de los pueblos de Cuba. Ora sólo se consideran como medios de promover la prosperidad pública, ora también se les convierta como hoy, en elemento electoral para nuestros procuradores a Cortes, su influencia siempre será de mucha trascendencia y por lo mismo indispensable el ponerlos en armonía con las nuevas instituciones. También tenemos derecho a esperar que adoptado el nuevo sistema para las futuras elecciones, las de Cuba se hagan con un año de anticipación, pues de este modo, las personas nombradas tendrán tiempo de prepararse y emprender su viaje sin exponernos a carecer de representantes en la Asamblea Nacional. Así se hizo en épocas pasadas y así también debe hacerse en la presente.

JUNTA PROVINCIAL O COLONIAL

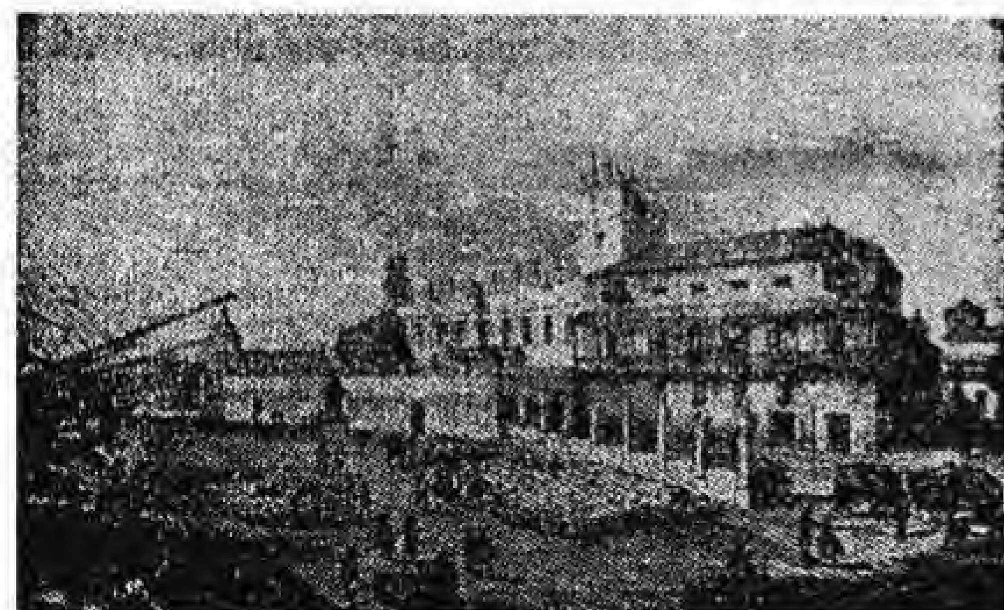
Una junta de esta especie, pues nada importa los nombres con tal que estemos bien gobernados, sería uno de los presentes más aceptables que nuestros diputados pudieran hacer a su patria. Esta junta, en cuya naturaleza no podemos entrar ahora, produciría ventajas incalculables, y siendo el intérprete más fiel entre Cuba y España, serviría para estrechar más y más los vínculos que deben unir a la madre con la hija.

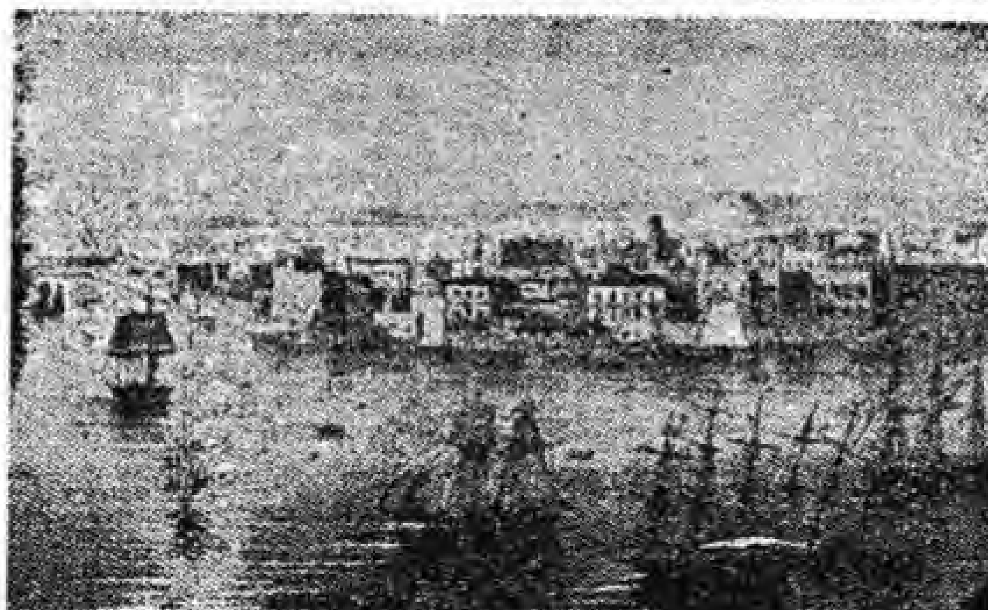
COMERCIO DE NEGROS

He aquí uno de los puntos capitales en que es preciso que nuestros procuradores manifiesten todo su celo y patriotismo. La humanidad, la religión, el clamor de la justicia, el cumplimiento de los tratados pendientes con Inglaterra, el interés mismo de España, su honor altamente comprometido y la salvación de Cuba, cuya existencia está amenazada de muerte, piden a gritos la pronta extinción del contrabando negro. Cuando median tan poderosos motivos, cualquiera pensaría que las autoridades de Cuba se empeñan en reprimirle; mas por desgracia sucede todo lo contrario. Ellas no ignoran el descaro con que se hace el más criminal de los contrabandos: ellas saben el día en que llegan y el paraje por donde se desembarcan los cargamentos de negros; ellas consienten aún dentro de los mismos pueblos los barracones o depósitos en que yacen amontonados centenares de víctimas africanas: ellas conocen a los autores de tan atroces crímenes; pero lejos de castigarlos, o de tomar alguna medida que los contenga, permiten que estos malhechores se paseen ufanos e insolentes, llegando hasta el extremo de que algunos se vean honrados con su aprecio y su confianza. Sin que se entienda que hacemos alusiones personales, ni menos que tomamos el carácter de acusadores, tiempo es ya de que todos sepan en España, lo que en Cuba de tan público y notorio como es, ha pasado a ser escandaloso. La avaricia y la inmoralidad han impuesto a cada negro, introducido en la isla la contribución de 10, 12 y aún 17 pesos, y este dinero derramado por torpes canales, es a un tiempo una de las causas que promueven el contrabando y el obstáculo más poderoso que se opone a su extinción. (1) (1). Si cuando yo escribí este papel, 17 pesos era el máximo de la contribución que se pagaba por cada negro furtivamente introducido, en tiempos posteriores subió a suma mucho mayor.

Imposible sería que reclamado la abolición del tráfico africano, dejásemos de abogar en favor de la colonización blanca. De ella depende el adelantamiento de la agricultura, la perfección de las artes, en una palabra, la prosperidad cubana en todos ramos, y la firme esperanza de que el vacilante edificio cuyas ruinas nos amenazan se afiance de una vez sobre bases sólidas e indestructibles.

Y la educación pública, la causa santa de la educación ¿no merecerá también de nuestros diputados un recuerdo consolatorio? Razón tenemos para esperar que no se levantarán de los asientos que ocupan, sin haberse esforzado en promover y difundir por toda la isla los establecimientos liberarios. De muchos carece Cuba; y las ventajas que de ellos sacará, son tan grandes y tan claras, que no perderemos el tiempo recomendándolas a nuestros dignos diputados. Aún pudiéramos extender nuestros clamores alargando el catálogo de nuestros males; pero bástanos haber hecho un bosquejo imperfecto de los más graves que nos afligen. Por él conocerá España, cuál es la situación en que se hallan estos hijos ultramarinos; y no retardando el remedio que la justicia y la política urgentemente reclaman, los saque del abatimiento en que yacen, les devuelva los derechos que heredaron de la naturaleza y de sus padres y convierta en risueña mansión de hombres libres, a esta isla privilegiada; a la isla que entre todas puede llamarse la perla de los mares.







REFLEXIONES SOBRE LA BALANZA MERCANTIL ENTRE CUBA, ESTADOS UNIDOS E INGLATERRA

POR DOMINGO DEL MONTE

(París, marzo de 1846)

Para nadie es un misterio hoy el espíritu invasor que anima a los norteamericanos. Herederos y partícipes de la actividad, la osadía y la educación política de Inglaterra, la fuerza de su expansión en el Nuevo Mundo no encuentra obstáculo ninguno, si se compara con la inexperiencia y la debilidad de los gobiernos hispano-americanos. En lo que va corrido de este siglo, hemos visto cómo han absorbido la Louisiana, las dos Floridas, el vasto y rico territorio de Tejas, parte del Oregón, y quizás la más septentrional de las Californias. Se dice que Yucatán acaba de desmembrarse de Méjico y ha reclamado la protección de Washington. Las Islas de Cuba y Puerto Rico están amenazadas también y quizás antes que Méjico, de correr la misma suerte que Tejas.

Es tanto mayor este riesgo para España, cuando más racionales y pacíficos son los móviles de la conquista norteamericana; que no son otros que los que ofrecen la marcha paulatina de la civilización. A las ventajas inmensas de su comercio, no menos provechoso para ellos que para los pueblos nacientes con quienes lo hacen, se une el espectáculo seductor de su maravillosa prosperidad y de sus libres instituciones. La Isla de Cuba les debe la introducción de los barcos de vapor, y en parte, la de los caminos de hierro, pues aunque el primero se hizo con un empréstito inglés de dos millones y medio de pesos, no hay duda que al ejemplo inmediato de los Estados Unidos se debe el desarrollo del espíritu de asociación que acometió la construcción de los demás ferrocarriles del país.

Pero, sobre todo, las relaciones mercantiles entre Cuba y la Unión norteamericana son tan estrechas y tan considerables, que de 25.056,231.00 pesos fuertes a que ascendió en 1844 la importación cubana, cerca de 10.000,000.00 vinieron de los Estados Unidos y de los 25.426,591.00 pesos que exportó, más de cinco millones se despacharon para los mismos Estados. Así fue que del total de 17 millones y pico a que ascendió en el mismo año el comercio de importación, puramente extranjero en Cuba, es claro que cerca de un tercio lo hicieron los norteamericanos, y nueve de los veintiún millones de exportación para puertos extranjeros, la mitad tocó a los mismos. Adviértase también que, en el cuadro del comercio anual extranjero, la mitad tocó a los mismos. Adviértase también que, en el cuadro del comercio anual extranjero de los Estados Unidos con los demás países del mundo, la Isla de Cuba figura, por sus altos guarismos, inmediatamente después de las dos naciones más ricas de Europa, Inglaterra y Francia. Estos datos los he sacado de fuentes oficiales: los pertenecientes a Cuba de la Balanza Mercantil de 1844, publicada por la Intendencia de La Habana en 1845; y los de los Estados Unidos del extracto del informe del Ministro de Hacienda (Secretary of the Treasury), publicado en el American Almanack, de Boston en 1846.

En el siglo positivo que alcanzamos serían ya de gran peso, por sí solas, para la unión de dos pueblos las ganancias recíprocas de un comercio tan lucrativo. Pero hay otro lazo social, aunque bastardo y vergonzoso, que une, por otra parte, entre sí a Cuba y los Estados Unidos. Este es el de la institución de la esclavitud de los negros. Según el último censo norteamericano de 1840, hay en aquella Confederación cerca de dos millones y medio de esclavos. La Isla de Cuba, según su censo de 1841, tiene cuatrocientos cincuenta mil. Pero los Estados Unidos cuentan, además, con diecisiete millones de gente blanca y libre, y Cuba apenas tendrá, de esta clase, quinientos mil.

Es decir, que la nación norteamericana no tiene los esclavos suficientes para temerlos; pero si para simpatizar, por causa de ellos, con la suerte de los países vecinos que por su debilidad política, podrían necesitar de su apoyo en caso de una colisión desgraciada entre las dos razas. Esta simpatía por comunidad de intereses ha llegado a enaltecer en tales términos a Cuba, que, cuando se corrió allí que Espartero había decretado, por instigaciones de los ingleses, la emancipación de los esclavos, los españoles peninsulares, aún de los más adictos a la

metrópoli, estaban firmemente decididos, si llegaba aquel caso, a separarse de España y agregar la Isla a la Unión Americana.

Refuerzan esta inclinación a los Estados Unidos otras causas que ejercen una acción constante y poderosa en la opinión pública cubana. Tal es, en primer lugar, la especie de divorcio político que se ha establecido entre España y Cuba desde 1837: a lo que se agrega el recargo más insoportable de las contribuciones, que por sí consumen, en pure perte para el país, más de quince millones sobre los cincuenta que son la producción bruta de la Isla. La consecuencia natural y necesaria de la primera causa ha sido aflojar, y aún casi disolver los lazos de parentesco nacional entre los habitantes de la colonia y de la madre patria. Desde que cesó la identidad constitucional de derechos entre los españoles de la península y los de la Isla, tanto monta para uno de éstos lo que pasa en España como si pasara en la luna, y mira con tal indiferencia sus asuntos políticos, que muy raro será el que sepa en La Habana otros nombres propios de los de la revolución española que los de los ministros reinantes, y cuando más, los de Espartero y Zumalacárregui. El correo de Cádiz lleva cada mes a aquellas playas como un pájaro de mal agüero, calamidades, y cargado siempre de nuevas exacciones fiscales y de una turba de empleados tan famélicos como ignorantes.

La libertad de comercio que gozaba la Isla desde fines del siglo pasado y sancionada por último como ley colonial por el gobierno español en 1818, va desapareciendo poco a poco desde la muerte de Fernando VII: con ella va desapareciendo también la riqueza y la prosperidad del país. Esto le sucede en las críticas circunstancias en que más necesita de las franquicias comerciales, pues tiene que luchar en los mercados de Europa con cien concurrentes en el azúcar que la amenazan de muerte. Se han recargado por el contrario, en general, en las aduanas de la Isla, casi todos los artículos de importación; unos con objeto de favorecer a los productos peninsulares, y otros por aumentar momentáneamente con recargo brutal las rentas públicas, con riesgo inminente de esterilizarlas con tal sistema para lo adelante. He aquí un resumen de las contribuciones que pagaba la Isla de Cuba en 1840, según un informe oficial que fue presentado al intendente Larrúa en noviembre de 1841, y que se publicó en "El Heraldo de Madrid", de 20 de enero de 1845:

Aduanas marítimas y terrestres	$11.606,302
Lotería	2.310,000
Correos	997,341
Diezmos	416,000
Renta obvencional	210,000
Papel sellado	250,000
Contribuciones Municipales de La Habana, Matanzas, Trinidad, Cuba y Puerto Príncipe	410,026
	$16.189,669

Así es que de los cincuenta millones que forman el valor de las producciones, más de quince millones, o sea, un treinta y tres por ciento, lo sacrifica a su dependencia de España. Y siendo la población blanca de 418,291 almas, toca pagar a cada una de contribución más de treinta y seis pesos, cuando cada habitante de Inglaterra no paga sino veinte, cada francés... y cada español, según Moreau de Jonnes, 2 y medio.

Ahora bien, recapacítese que Cuba gana anualmente, por sus relaciones con los Estados Unidos, más de quince millones de pesos; que pierde al mismo tiempo por sus relaciones con España, esos mismos quince millones; que con los Estados Unidos todo es ganancia neta; que con la península, además de perder el dinero y de aventurar a cada paso su existencia, pierde también su libertad política y mercantil, que es perderlo todo. No se necesita ser un estadista consumado para prever el destino futuro de Cuba, si se siguen, trabajándola, sin perturbación ninguna, las causas referidas en el mundo moral que está sujeto a leyes tan inexorables y fatales como las que rigen el mundo físico, y conocidas las causas es muy fácil adivinar los efectos.

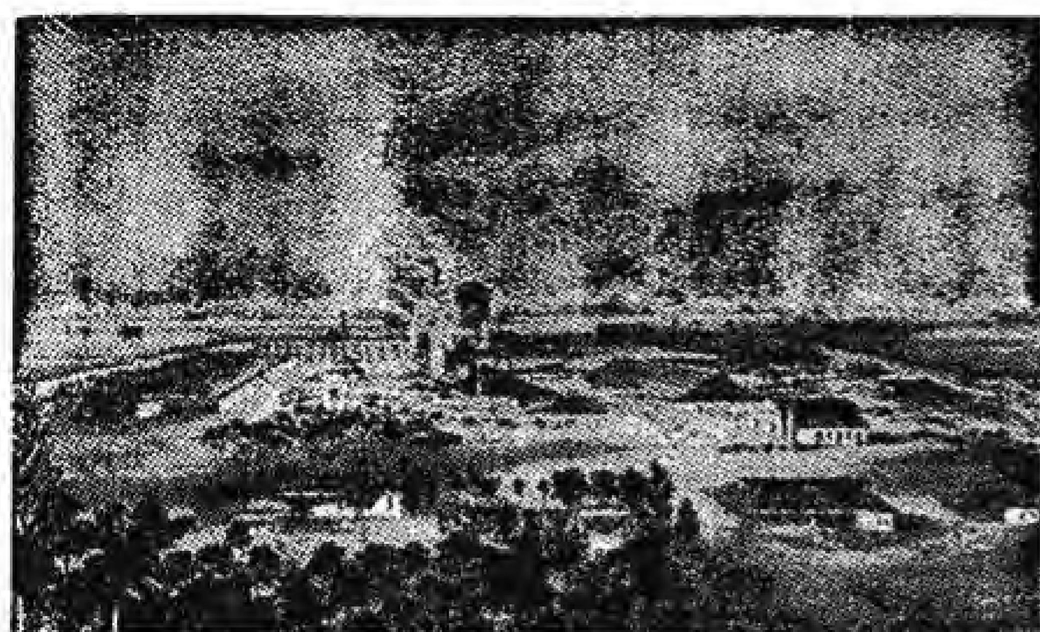
Dicho se está que España, para remediar males tan graves, pero no complicados ni desconocidos por su naturaleza, no tiene más que devolver a Cuba sus fueros mercantiles y concederle alguna garantía política en su administración provincial. Con tan simple providencia perderían de hecho los Estados Unidos mucha parte de su influencia material y moral en la Isla, y la perderían toda si otra nación más aventajada que ellos en industria y en riqueza pudiera rivalizarles en nuestro mercado: esta nación es Inglaterra.

No hay que negar que Inglaterra no cuenta con la simpatía de ningún español de la Isla de Cuba. Por su empeño en perseguir el tráfico de negros en nuestras posesiones ultramarinas y principalmente por la indiscreción del Cónsul Turnbull se la odia y se la teme como propagandista interesada y maquiavélica del abolicionismo: del gobierno inglés se cree allí todo lo malo que imaginarse pueda.

A pesar de estas antipatías, tal es la virtud conciliadora y pacífica del comercio, que se reciben allí de Inglaterra, dándoles la preferencia sobre los Estados Unidos, todos los artículos de herrería, de lienzos y lana que necesitamos: nuestras compañías de caminos de hierro, en sus apuros, imitando a la Real Junta de Fomento, a Londres ocurren en solicitud de capitales que nunca se les niegan; y a Inglaterra, en fin, debemos la restauración de nuestra industria minera estancada lastimosamente desde principios del siglo XVII. Gracias a esta industria, que después de la del azúcar es hoy la primera de la Isla, la exportación para puertos ingleses subió ya en 1840 a cerca de siete millones de pesos, cuando la que se hizo para los Estados Unidos fue de cinco y medio millones. Hoy no dudo que las fábricas de Mánchester y Liverpool vendan en las islas de Cuba y Puerto Rico por valor de más de nueve millones de pesos.

Estos guarismos no son despreciables ni aun para la opulenta Gran Bretaña: pues bien, es seguro que se doblarían y aun triplicarían si el gobierno inglés accediese por último francamente a la admisión de nuestros azúcares en su mercado. Este decreto bienhechor, que salvaría aquella colonia de la bancarrota que la amenaza, sería recibido en todo el país como una ganancia del cielo; destruiría por sí todas las preocupaciones hostiles contra la Gran Bretaña, estrechando relaciones con esta noble nación, que siempre gana en aprecio, cuando es tratada de cerca. El inconveniente que Sir Roberto Peel y sus amigos encuentran en esta determinación de que no servirá más que para fomentar el tráfico de esclavos, se desvanece tomando Inglaterra una precaución muy sencilla: no habría más que añadir al tratado que se celebrase con España al efecto, la condición de que, en tanto durará la rebaja de los derechos del azúcar cubano en Inglaterra, en cuanto se observe en Cuba el tratado supresivo del tráfico de esclavos. Por esta condición, que pone en armonía el interés y el deber de los cubanos, aun los hacendados más recalcitrantes y ciegos en favor de aquel tráfico infame, serán los centinelas más vigilantes para el cumplimiento de la ley. El gobierno inglés, cumpliendo entonces las miras elevadas y generosas, que hoy forman la esencia de su política, haría con esa sola providencia un triple beneficio. Haría un gran favor a España, su amiga y su aliada más natural, contribuyendo poderosamente a conservarle próspera y feliz su mejor colonia; haría un gran favor a la Isla de Cuba, haciéndola partícipe de las ventajas del comercio libre, que se abre en Inglaterra para el mundo entero y del cual se veía odiosamente exceptuada, y por último, haría un gran favor a la nación inglesa, arrebatando hábilmente casi de las manos de los Estados Unidos, la Isla de Cuba, esta otra rica presa que se prepara absorber en su ambición de agregaciones, el más terrible rival de la Gran Bretaña en el Nuevo Mundo.

Yo no dudo que si nuestro ilustre amigo, mi querido amigo Salustiano Olózaga llega a convencerse de la exactitud de estas observaciones, hará todo lo que pueda para dar esta nueva prueba de estimación a nuestra España. Al menos, yo espero mucho de su alta capacidad y de sus generosos sentimientos. Cuba, como hija de España, tiene también derecho a la simpatía de Lord Clárendon.



Podríamos llamar a Francisco de Frías, Conde de Pozos Dulces, un buen burgués. Pero un burgués con ideas muy originales para su época y su clase, si se piensa que la fortuna de su familia transformó una inmensa finca en el Vedado de hoy.

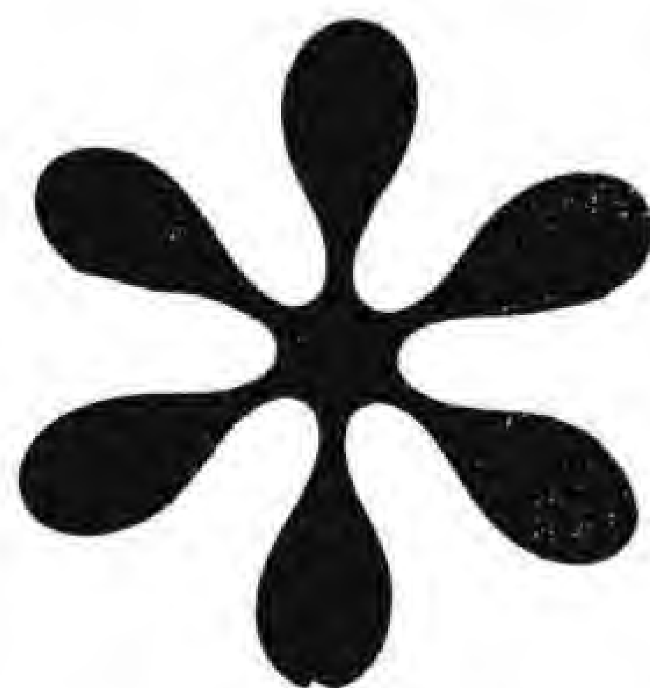
A pesar de que nunca se decidió a ser un revolucionario, la Cuba modesta autosuficiente, de agricultura diversificada que el Conde proponía no tenía nada que ver con la enorme productora de azúcar que sus compañeros de fortuna —para los que Pepe Frías resultaba demasiado huraño— estaban fomentando ya. Su característica constante y más positiva fue un genuino apego a la tierra.

Cuando Frías insistió en separar el cultivo de la caña de la industria, cuando propuso constituir la pequeña propiedad agrícola, salvar las riquezas naturales de Cuba, ¿no era un precursor, timorato si se quiere, de la Reforma Agraria?

"La indiferencia en materia agrícola es la ruina de la sociedad", escribió. La trágica situación del agro en ciertos países de la América del Sur ¿no nos indica que "Pancho" Frías no andaba tan errado como sus contemporáneos lo creyeron?

De que modo pueden consolidarse la riqueza y prosperidad de la Agricultura Cubana

POR FRANCISCO DE FRIAS Y JACOTT (Conde de Pozos Dulces)



París 30 de octubre de 1857

Mi estimado amigo: Los mejores años de mi juventud se pasaron en los hermosos campos de la Isla de Cuba. Amé sus bosques y sus praderas, sus arroyos, sus pájaros y collados, con todo el fervor de la entusiasta poesía. Más tarde sucedió a esa admiración la codicia del propietario, y yo también derribé los gigantes árboles y apliqué la tea encendida a sus despojos esparcidos. Y vi cómo se siembra la caña, y cómo se esprime el jugo, y de qué manera cristaliza el azúcar.

Yo también cultivé los cafetos y pasé horas enteras recogiendo sus rojas cerezas. Nadie madrugó más que yo por ver, al despuntar del alba, la tendida vega, y, cómo se refracta en mil prismáticos colores el naciente sol en sus gotas de rocío! ¡Cuántas veces contemplé en silenciosa admiración doblegados los frondosos platanales con el peso de sus apiñados racimos! Y vi agrietarse y abrirse las tierras al empuje de la yuca o del ñame feculentos que se desarrollan en sus entrañas encerrados. Paso a paso seguí a la yunta atrojada cuando abría el surco, y mil veces arrojé en éste el grano reproductor del millo o del arroz. También aprendí del rústico guajiro cuándo se corta el bejuco de buniato, y le enseñé a mi turno por qué se le quitan las hojas antes de sembrarlo. Y lo que él cree y piensa y ejecuta lo sé yo, que no me contenté nunca con mirar solamente, sino que puse la mano al arado y afrenté intrépido los rigores del sol tropical.

Ahora bien, si esto lo saco a plaza, no es por hacer alarde de tan variada y múltiple esperiencia, que nada tiene por cierto de meritoria ni de fenomenal, sino que llamado hoy por otras circunstancias a ocuparme, lejos del país, en materias referentes a nuestra agricultura, quisiera prevenir la objeción que alguno intentara suscitar a mi práctica local. Tantas veces oí a la rutina invocar la tacha de teóricos contra sus adversarios, que no me pesa en estas circunstancias el poner mi propaganda al abrigo de esa banal argumentación.

Estudié, pues, primero en los campos que en los libros, y antes en mi patria que en estas apartadas tierras, llegando por fin a la conclusión de que en ninguna parte del mundo pudiera ser más rica, más próspera y duradera la agricultura que en nuestra Isla, si a ella se aplicasen todos los resortes y conocimientos que a tanta altura pusieron la industria rural de otros países menos favorecidos.

Al hablar así debo explicar cómo entiendo yo esos calificativos, puesto que no faltaría quien quisiese redargüir con que nuestra producción agraria llena hoy cumplidamente todos los requisitos que pudieran apetecer. Yo no llamo ni rica, ni próspera, ni duradera nuestra agricultura actual por muchas razones. ¿Cómo puede ser ella rica, cuando hace siglos se viene practicando sin que le fuera posible hasta ahora pocos años pagar salarios a sus trabajadores? ¿Cómo será rica ni próspera, cuando para sostenerse tiene hoy que recurrir a la contratación de los brazos más baratos que se encuentran por el mundo, aunque traigan aparejados muchos inconvenientes y peligros? ¿Cómo ha de ser buena ni duradera cuando es migratoria y trashumante, cuando esquilma y esteriliza por dondequiera que pasa? ¿Y puede llamarse útil, ni beneficiosa, ni envidiable una agricultura que necesita de razas determinadas para ejercerla, y que entre todas excluye precisamente a la que tiene a su favor la inteligencia, el saber y la civilización? ¿Será ni siquiera agricultura la que no puebla el país, sino que recluta estrañas legiones para desolarlo?

Vea usted, amigo mío, por qué no de-

ben confundirse las especies ni prodigarse títulos inmerecidos. Siempre que se quiera investigar el fondo de las cosas, se verá que no pertenece a nuestro sistema agrícola ninguno de los caractéres con que hemos acostumbrado a engalanarlo, y que es real y urgente la necesidad de variar de rumbo en nuestros métodos agrarios, como no queramos permanecer siempre contentándonos con apariencias y usurpando dictados que no nos corresponden.

He dicho que de la experiencia y de la comparación pueden deducirse la posibilidad de ser nuestra Cuba el país más rico y próspero de la tierra, considerado bajo el punto de vista de sus aptitudes naturales y de la escelencia de los frutos sobre que trabaja su agricultura. Esto mismo dicen y repiten cuantos conocen el país, no siendo nuestros hacendados los menos afirmativos en este órden de apreciaciones y de elogios. Pero véales usted á a la obra y se desengañará de que en el fondo creen y piensan otra cosa. Creen que el clima de su país es mortal para los trabajadores, y así es que se afanan por elegir entre las razas existentes de la humanidad las que más robustas aparecen y más refractarias al clima de los trópicos. Aseguran que la caña de azúcar no puede cultivarse sin las fuerzas musculares de los africanos, ó las de los otros pueblos que más se les acercan en rusticidad y vigor. Sin duda están convencidos de que el terreno no vale gran cosa, como no sea el que se acaba de descuajar, cuando se van recorriendo, hacha en mano, toda la superficie de la Isla para asentar temporalmente sus nómadas penates. Y tan poco se fian, aun así, de la celebrada fecundidad de nuestras tierras, que lo mismo para el azúcar, como para el café y el tabaco, no se conforman con la estensión que en todo otro país constituiría la gran propiedad agrícula, sino que no llaman verdaderas haciendas á las que no cuentan las **caballerías** por decenas y centenas.

Esa misma unidad agraria de **caballería** que prevalece en nuestra aritmética rural, esta pintando el crédito que nos merece la riqueza limitada de nuestros terrenos. Hábleles usted, por otra parte, de yuca, de plátanos, de maíz, arroz y otros frutos tropicales, y ya verá usted el caso que hacen de esos ponderados tesoros de nuestro repertorio agrícula. Extienda usted la vista por todo el país; examine usted los terrenos que hay eriales o abandonados; preste usted oídos á las conversaciones y á los rumores de la pública opinión; vea usted a nuestra juventud apiñada en las ciudades y solicitando puestos o empleos en todas las demás carreras, y conocerá entonces que la excelencia y los primores de la agricultura cubana no pasan de ser una leyenda que hemos recibido de la tradición, y que repetimos como artículo de fe sin ajustar nunca nuestra conducta a sus dictados.

Pero la leyenda tiene razón, y los que carecen de ella son los que se empeñan en desmentirla con su práctica y con sus usanzas. Ninguna otra comarca del mundo posee tierras más feraces, ni producciones más variadas y remuneradoras; en ninguna otra parte rinde más el esfuerzo de un solo hombre, ni encuentra más numerosos auxiliares. Allí sobran poco terreno y poco trabajo para producir mucho, con lo que se refuta el sistema esclusivo de las grandes propiedades y la exageración de las fuerzas esplotadoras. Con tantos elementos, más se necesita de la inteligencia del blanco que de la fuerza muscular del hombre de color; más de la industria y del saber que de la acción de los grandes capitales y la robustez corporal. Cuba debiera ser por excelencia la patria de la pequeña propiedad y de los cultivos en escala menor. Allí hay seguro refugio y tranquilo puerto para la preponderante población de algunas regiones europeas. Hasta las mujeres y los niños encontrarían en sus campos fácil y asegurada remuneración. Sin esceptuar toda la caña de azúcar, todas sus labranzas convidan al trabajo y á la inmigración.

Pero todas estas ventajas é incentivos permanecen estériles é improductivos, porque nuestros sistemas y nuestros hábitos tienen levantado un valladar á sus útiles y posibles efectos; porque persistimos en mantener indivisa la principal industrial agrícola del país, compuesta de dos grangerías que aunadas son inasequibles á la pequeña propiedad y repugnan al trabajo de nuestra raza; porque estamos siempre demostrando con nuestro egemplo que solo á fuerza de brazos, de terreno, de capitales y del más ímprobo trabajo se puede medrar en la agricultura del país; porque lo decimos entre nosotros y publicamos en el estranjero, que nuestro sol mata al hombre de los climas templados é imposibilita la labor de los campos por colonos de nuestra estirpe; porque léjos de abrazar nosotros mismos una carrera que en el lenguaje habitual colmamos de elogios y de celebraciones, la tenemos abandonada y entregada en brazos de la ignorancia y de la fuerza brutal; porque, en fin, la hemos degradado, envilecido y desprestigiado, confiándola esclusivamente a razas estrañas y antipáticas á nuestros hábitos y á nuestra cultura.

En nombre de la práctica y de la teoría debemos pronunciarnos contra semejantes usos y creencias. En nombre del patriotismo alzemos la voz contra la perpetuidad de un órden de cosas tan contrario á los verdaderos intereses del país. En nombre de la civilización á que nos jactamos de pertenecer, apelemos de semejantes máximas y tendencias que acabarían por sumirnos en un abismo de males sin cuento. Haga lo que le parezca la agricultura constituída; que para ello, le sobran el derecho y desgraciadamente también el poder; pero suscitémosle un concurrente y un rival, un émulo y un vencedor en la nueva agricultura que venimos proponiendo, la agricultura de nuestra raza y de la pequeña propiedad, la de la inteligencia y el saber la que nos dará pobladores verdaderos y verdadera riqueza y la perenne prosperidad del país.

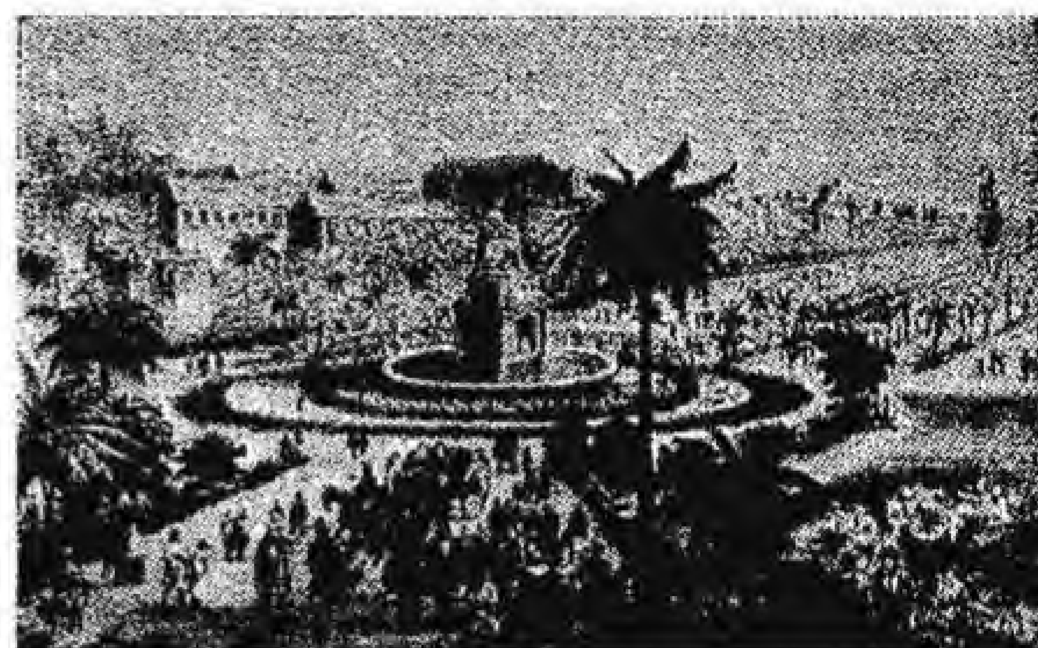
Constituyamos la pequeña propiedad agrícola, demostremos con el ejemplo que la caña, el maíz, el tabaco, el plátano, la yuca pueden cultivarse en escala menor con grande utilidad para los que concentren en pequeño espacio los trabajos que hoy se prodigan en aniquilar las riquezas naturales del país; probemos que con ese sistema lejos de agotarse la feracidad de la tierra, cada dia irá en aumento, cada año producirá más pingües resultados, y que cada nueva generación encontrará disminuído su trabajo y acrecido el atractivo que fije y consolide su dedicación a nuestros campos, y regenerará con su ardimiento y su superior saber la agricultura despreciada y envilecida que hoy poseemos.

¿Pero por qué se me deja á mi solo en esta propaganda y predicación? ¿Por qué no encuentra en la prensa cubana colaboradores más elocuentes y autorizados? ¿Será acaso que esté yo abogando por el error ó proponiendo una utopia? En ese caso ¿por qué no se me contradice? ¿por qué no se inicia la discusión y se decide la materia? ¿Por qué no se fijan de una vez la verdadera teoria y la mejor práctica de nuestra agricultura?

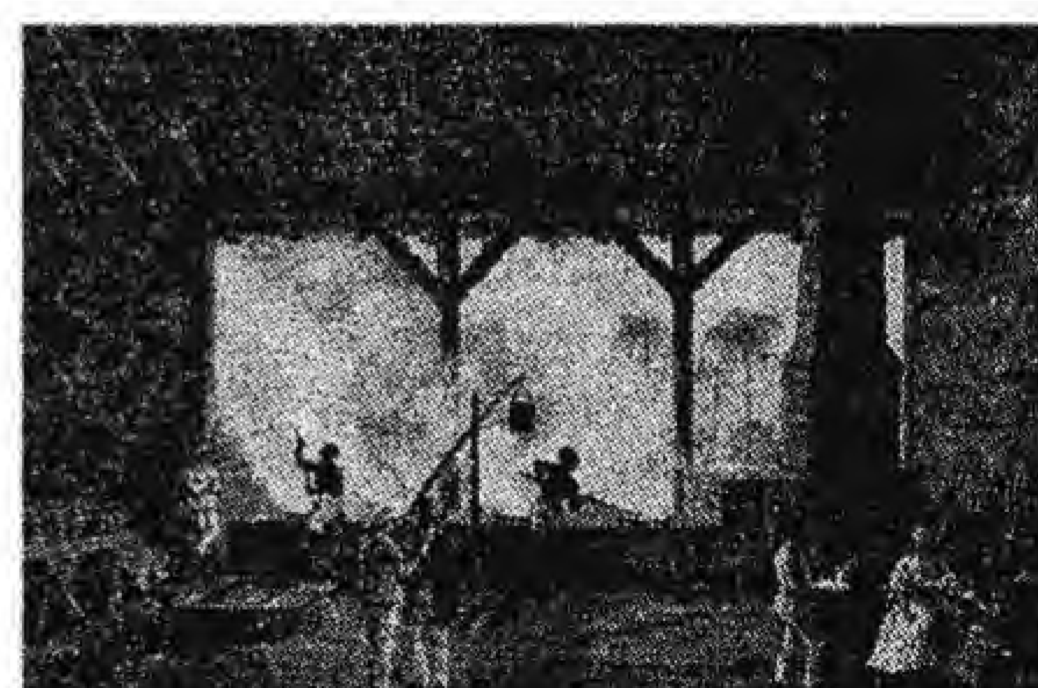
Dios quiera, amigo mio, que ese silencio y ese abandono no sean síntomas todavía más perniciosos y temibles, los de la indeferencia, que en materias agrícolas, como en otras más grandes, es la ruina de las sociedades. En ese caso me quedará el consuelo de no haber pertenecido al partido de los mudos, y de haber dejado consignada mi protesta.

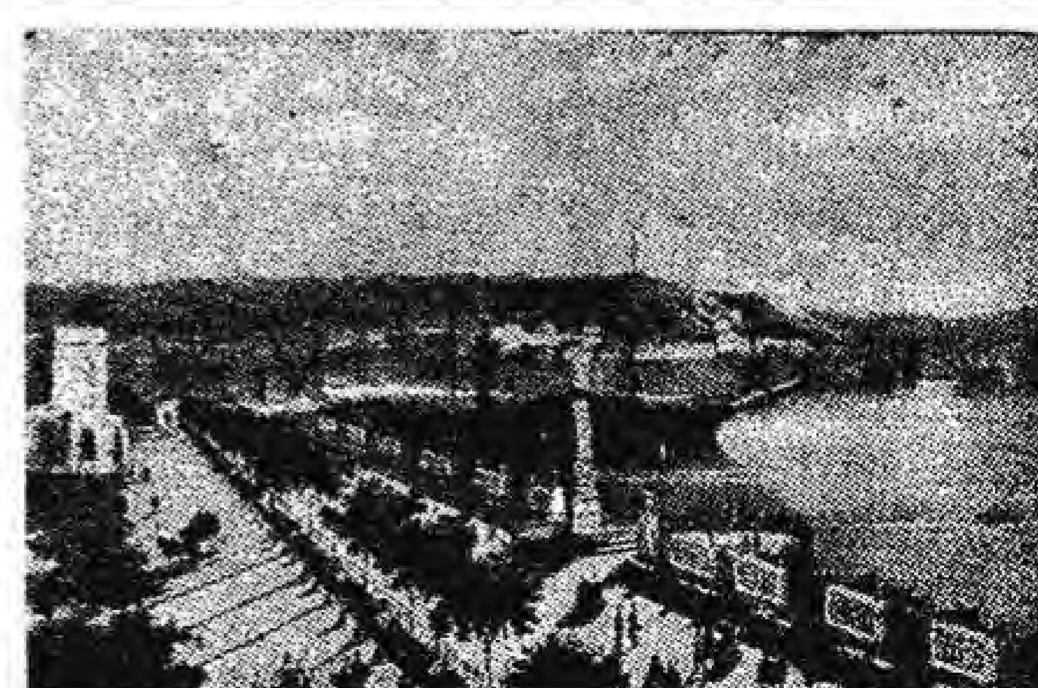
Con la de mi invariable amistad se despide de usted por hoy su afectísimo.













El presbítero Félix Varela introdujo en la educación cubana el espíritu de libre análisis. Hijo de un militar, prefirió dedicar su vida a la carrera eclesiástica y al estudio de las humanidades. Fue elegido diputado a Cortes, pero ante la intransigencia de España, concluyó que la independencia era inevitable. Sus dos características fundamentales —querer la felicidad de su patria y considerar el análisis libre indispensable a todo conocimiento— le convierten en el fundador del pensamiento cubano. Partiendo de esas bases los cubanos llegarían a la independencia.



PATRIOTISMO

FELIX VARELA

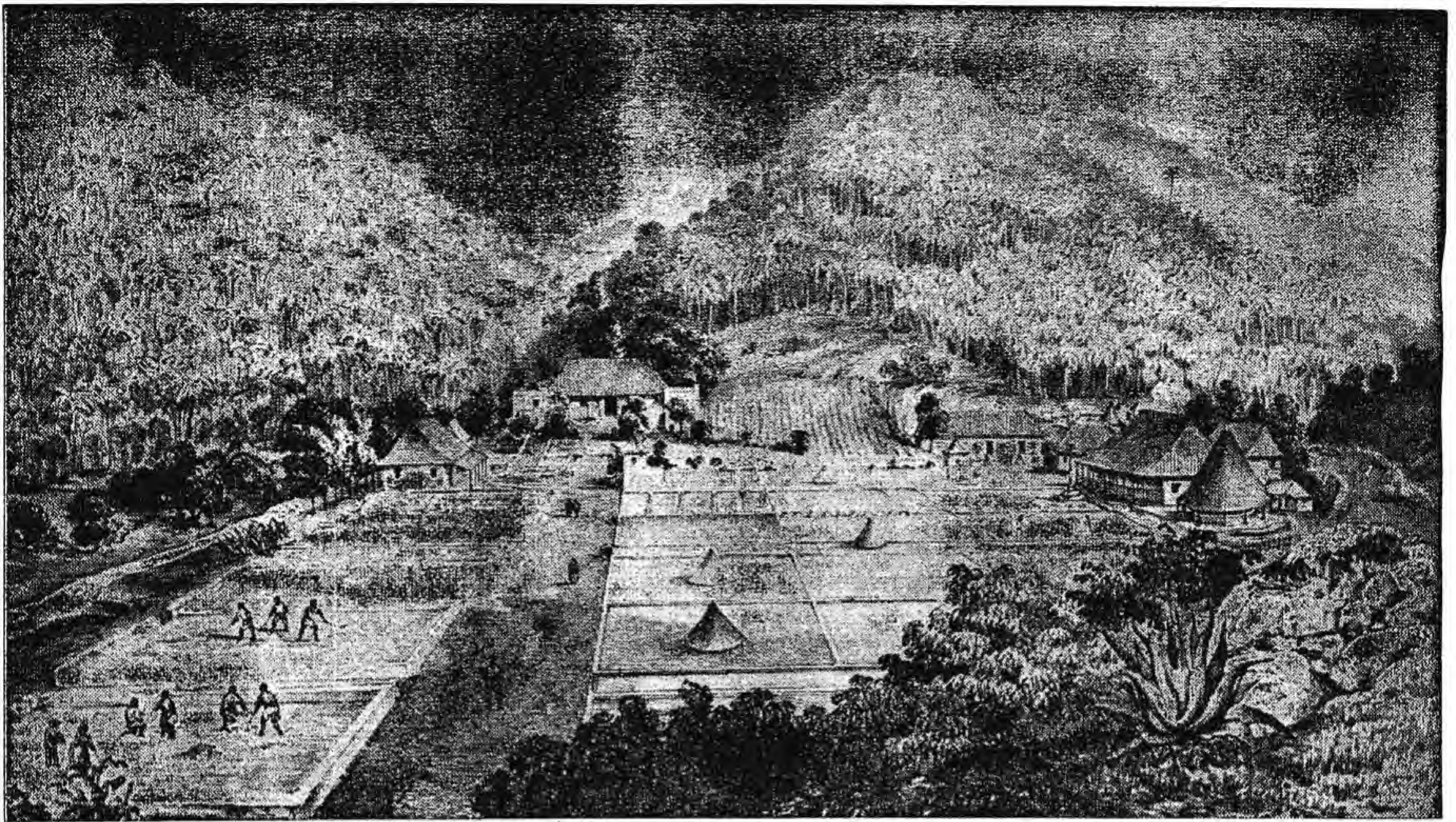
Al amor que tiene todo hombre al país en que ha nacido, y al interés que toma en su prosperidad le llamamos patriotismo. La consideración del lugar en que por primera vez aparecimos, que son las de la infancia, por la novedad que tienen para nosotros todos los objetos, y por la serenidad con que los contemplamos, cuando ningún pesar funesto agita nuestro espíritu; impresiones cuya memoria siempre nos recrea: la multitud de objetos a que estamos unidos por vínculos sagrados, de naturaleza, de gratitud y amistad: todo esto nos inspira una irresistible inclinación y un amor indeleble hacia nuestra patria. En cierto modo nos identificamos con ella, considerándola como nuestra madre, y nos resentimos de lo que pueda perjudicarla. Como el hombre no se desprecia a sí mismo, tampoco desprecia, ni sufre que se desprecie a su patria que reputa, si puedo valerme de esa expresión, como parte suya. De aquí procede el empeño en defender todo lo que la pertenece, ponderar sus perfecciones y disimular sus defectos.

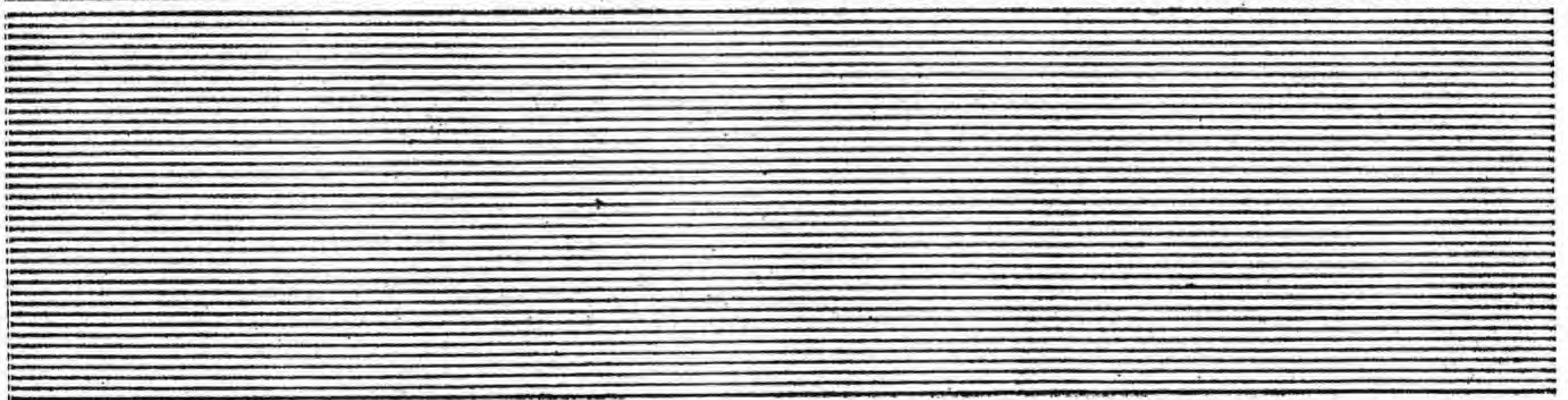
Aunque establecidas las grandes sociedades, la voz patria no significa un pueblo, una ciudad ni una provincia, sin embargo los jóvenes dan siempre una preferencia a los objetos más cercanos, o por mejor decir, más ligados con sus intereses individuales, y son muy pocos los que perciben las relaciones generales de la sociedad, y mucho menos los que por ella sacrifican las utilidades inmediatas o que les son más privativas. De aquí procede lo que suele llamarse provincialismo, esto es el afecto hacia la provincia en que cada uno nace, llevado a un término contrario a la razón y a la justicia. Sólo en ese sentido podré admitir que el provincialismo sea reprensible, pues a la verdad nunca será excusable un amor patrio que conduzca a la injusticia; mas cuando se ha pretendido que el hombre porque pertenece a una nación toma igual interés por todos los puntos de ella, y no prefiera el suelo en que ha nacido o a que tiene ligados sus intereses individuales, no se ha consultado el corazón del hombre, y se habla por meras teorías, que no serían capaces de observar los mismos que las establecen. Para mí el provincialismo racional que no infringe los derechos de ningún país, ni los generales de la nación, es la principal de las virtudes cívicas. Su contraria, esto es, la pretendida indiferencia civil o política, es un crimen de ingratitud que no se comete sino por intereses rastreros, por ser personalísimos o por un estoicismo político, el más ridículo y despreciable.

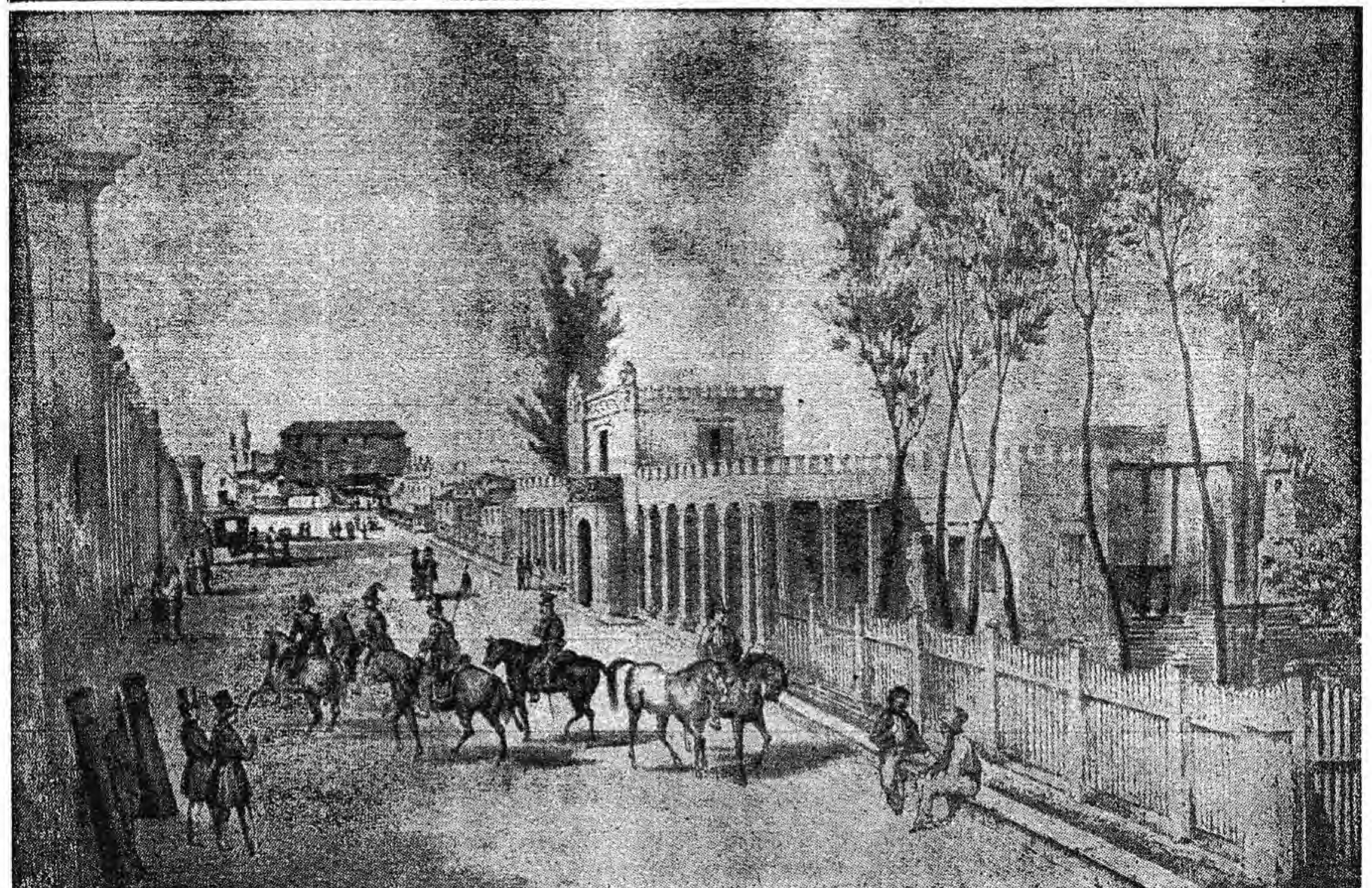
El hombre todo lo refiere a sí mismo y lo aprecia según las utilidades que le produce. Después que está ligado a un pueblo teniendo en él todos sus intereses, ama a los otros por el bien que puede producir el suyo, y los tendría por enemigos si se opusiesen a la felicidad de éste donde él tiene todos sus goces. Pensar de otra suerte es quererse engañar voluntariamente. Suele, sin embargo, el desarreglo de este amor tan justo conducir a gravísimos males en la sociedad, aún respecto de aquel misticismo político, que no es menos funesto que el religioso y los hombres muchas veces, con miras al parecer las más patrióticas, destruyen sus patria, encendiendo en ella la discordia civil por aspirar a injustas prerrogativas. En nada debe emplear más el filósofo todo el tino que sugiere la recta Ideología que en examinar las verdaderas relaciones de estos objetos, considerar los resultados de las operaciones, y refrenar los impulsos de una pasión que a veces conduce a un término diametralmente contrario al que apetecemos.

Muchos hacen del patriotismo un mero título de especulación, quiero decir, un instrumento aparente para obtener empleos y otras ventajas de la sociedad. Patriotas hay (de nombre) que no cesan de pedir la paga de su patriotismo que le vociferan por todas partes y dejan de ser patriotas cuando dejan de ser pagados. ¡Ojalá no hubiera yo tenido tantas ocasiones de observar a estos indecentes traficantes de patriotismo! ¡Cuánto cuidado debe poner para no confundirlos con los verdaderos patriotas! El patriotismo es una virtud cívica que a semejanza de las morales, suele no tenerla el que dice que la tiene, y hay una hipocresía política mucho más baja que la religiosa. Nadie opera sin interés, todo patriota quiere merecer de su patria, pero cuando el interés se contrae a la persona en términos que ésta no le encuentre en el bien general de su patria, se convierte en depravación e infamia. Patriotas hay que venderían su patria si les dieran más de lo que reciben de ella. La juventud es muy fácil de alucinarse con estos cambia-colores y de ser conducida a muchos desaciertos. No es patriota el que no sabe hacer sacrificios en favor de su patria, o el que pide por éstos una paga, que acaso cuesta mayor sacrificio que el que se ha hecho para obtenerla, cuando no para merecerla. El deseo de conseguir el aura popular, es el móvil de muchos que se tienen por patriotas, y efectivamente no hay placer para un verdadero hijo de la patria como el de hacerse acreedor a la consideración de sus conciudadanos por sus servicios a la sociedad; mas cuando el bien de ésta exige la pérdida de esa aura popular, he aquí el sacrificio más noble, y más digno de un hombre de bien, y he aquí el que desgraciadamente es muy raro. Pocos hay que sufran perder el nombre de patriotas en obsequio de la misma patria, y a veces una chusma indecente logra con sus ridículos aplausos convertir en asesinos de la patria los que podrían ser sus más fuertes apoyos. ¡Honor eterno a las almas grandes que saben hacerse superiorees al vano temor y a la ridícula alabanza! El extremo opuesto no es menos perjudicial, quiero decir el empeño temerario de muchas personas en contrariar siempre la opinión de la multitud. El pueblo tiene cierto tacto que pocas veces se equivoca y conviene empezar siempre por creer o a lo meno por sospechar que tiene razón. ¡Cuántas opiniones han sido contrariadas por hombres de bastante mérito, pero sumamente preocupados en esta materia, sólo por ser como suelen decir las de la plebe! Entra después el orgullo a sostener lo que hizo la imprudencia, y la patria entre tanto recibe ataques los más sensibles por provenirle de muchos de sus más distinguidos hijos.

Otro de los obstáculos que presenta al bien público el falso patriotismo, consiste en que muchas personas, las más ineptas, y a veces las más inmorales se escudan con él, disimulando el espíritu de especulación, y el vano deseo de figurar. No puede haber un mal más grave en el cuerpo político y en nada debe ponerse mayor empeño que en conocer y despreciar estos especuladores. Los verdaderos patriotas desean contribuir con sus luces y todos sus recursos al bien de la patria, pero siendo éste su verdadero objeto, no tienen la ridícula pretensión de ocupar puestos que no puedan desempeñar. Con todo, aún los mejores patriotas, suelen incurrir en un defecto que causa muchos males, y es figurarse que nada está bien dirigido cuando no está conforme a su opinión. Este sentimiento es casi natural al hombre, pero debe corregirse no perdiendo de vista que el juicio en estas materias depende de una multitud de datos que no siempre tenemos, y la opinión general cuando es abiertamente absurda, produce siempre mejor efecto que la particular aunque ésta sea más fundada. El deseo de encontrar lo mejor nos hace a veces perder todo lo bueno.





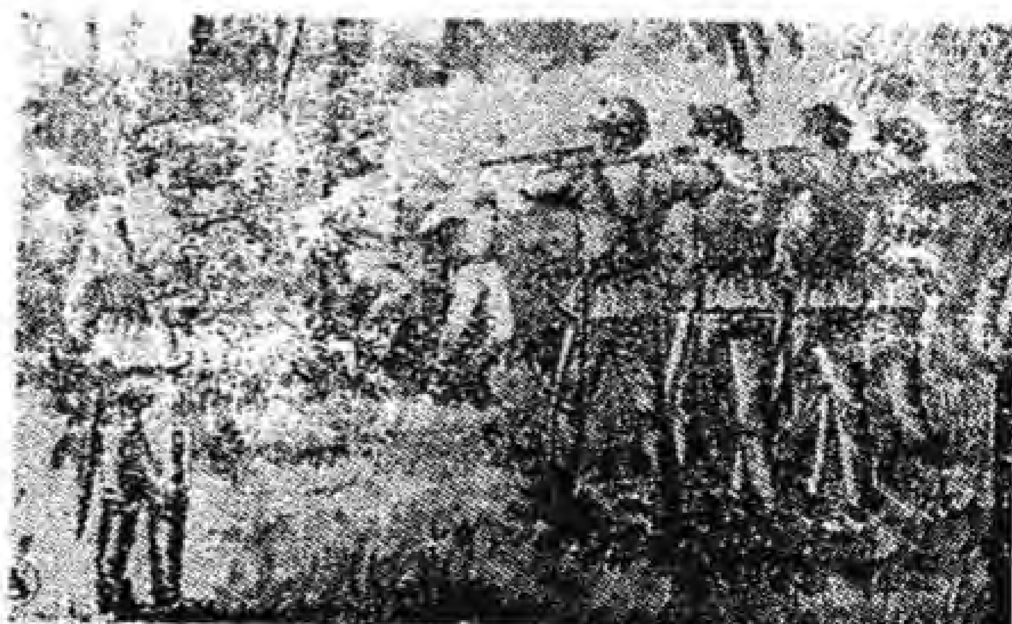




UN SIGLO DE LUZ Y DE BARBARIE PARA RECONSTRUIRLO NOS QUEDA LA VISION DE MUCHOS... ...Y LAS MEMORIAS DE UNOS POCOS











LOS ESTUDIANTES del 71 y su EPOCA